



25  
UCI



PQ2325  
.P5  
S6

CC  
L217pi



1020026624



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



®

a



RICARDO COVARRUBIAS

# EL PICAPEDRERO

DE

## SAINT-POINT



Núm. Clas. CC  
Núm. Autor L217pi  
Núm. Adg. 30400  
Procedencia 5  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Custodió cy  
Catalogó \_\_\_\_\_

OBRAS DE LAMARTINE

En tomos en 12.º de esmerada impresión, con el retrato del autor y encuadernados en tela con adornos dorados.

*Graciela*, traducción de don M. de Toro y Gómez.

*Rafael*, traducción del mismo.

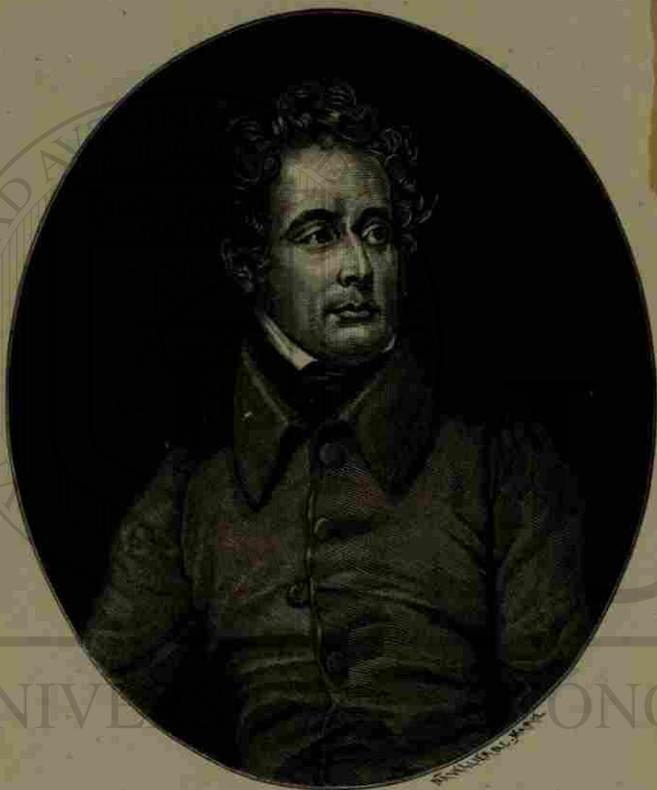
*Fior d'Aliza*, traducción de don E. Zerolo.

*El picapedrero de Saint-Point*, traducción del mismo.

*Confidencias*, traducción de don J. Díaz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A. DE LAMARTINE.

A. DE LAMARTINE

# EL PICAPEDRERO

DE

## SAINT-POINT

NARRACION LUGAREÑA

VERSION DE E. ZEROLO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1988-1989 MONTERREY, NUEVO LEON

PARIS

LIBRERIA DE GARNIER HERMANOS

1880

099513

30409

A. DE LAMARTINE

# EL PICAPEDRERO

DE

## SAINT-POINT

NARRACIÓN LUOGAREÑA

VERSIÓN DE E. ZEROLO

PARÍS

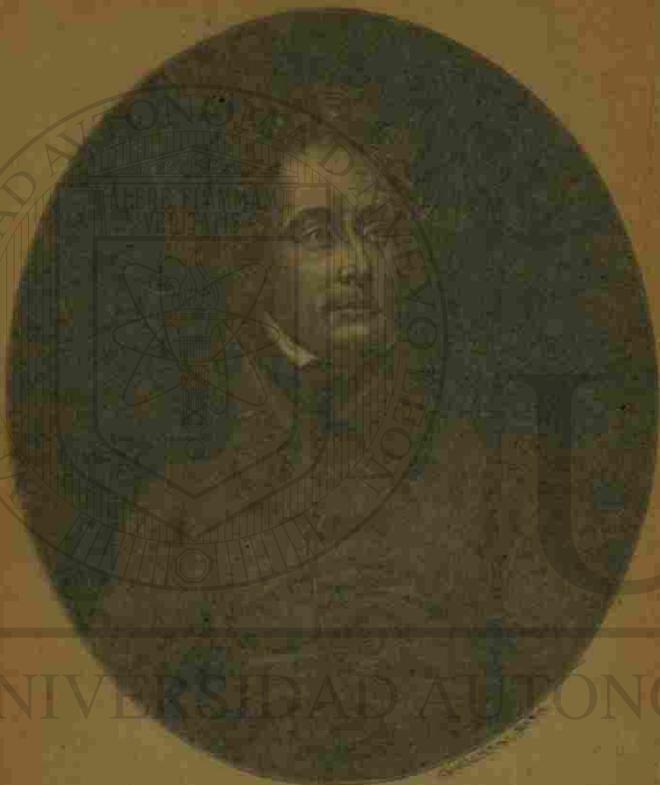
LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

6 - CALLE DES SAINTS-PÈRES - 6

1886

099513

30400



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843

Li.

PQ2325

P5

56



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

# EL PICAPEDRERO

DE

SAINT-POINT

## CAPÍTULO PRIMERO

I

Cuando se sale del bonito lugar de Macón, dirigiéndose del lado de las montañas por donde el sol se pone, síguese primeramente durante algunas horas un gran camino por entre viñas, que sube y baja con las ondulaciones del suelo como la ruta de un buque en una mar tranquila y de anchas olas. Numerosos caserios, con sus techos de rojas tejas y sus paredes blanqueadas con cal y tapizadas con pámpanos en lo alto de las puertas, se levantan en los declives de todos

los ribazos y humean en el fondo de todas las gargantas. Rodéanles prados; el cauce sinuoso de los arroyuelos que riegan estos prados, se ve marcado por largas hileras de sauces que recorta el podón cada tres años. Su cabellera, flexible al más ligero viento que mueva las hojas y que parece platearlas, es bastante larga y espesa para dar un poco de sombra á los muchachos que guardan vacas, y para dar un asilo, con frecuencia descubierto, á los nidos de los ruiseñores y martin-pescadores. Pesados campanarios de piedra, manchados por la humedad y cubiertos del musgo parduzco de los siglos, dominan estos lugares en forma de pirámide alargada. La vista del viajero pasa continuamente de uno de estos campanarios á otro, como si contase á derecha y á izquierda, los mojones de una via romana en el camino de esta región. Á la sombra de estas pirámides, desde las cuales suena para cada habitante, al agitarse la campana, la voz del nacimiento ó de la muerte, se ven crecer las malvas de los cementerios.

Allí reposan los laboriosos viñadores de estos ribazos, después de haber cambiado por espacio de sesenta ú ochenta años su sudor en vino, para alimentar á sus mujeres y á sus hijos. Cierta alegría tranquila se extiende con los rayos del

sol, con las cintas ondeantes de los arroyos, con los reflejos blancos de las cabañas, con los cantares de las mujeres y con el tañido de las campanas, sobre toda esta comarca. El cielo es sereno, la tierra sonríe y el caminante dice: « ¡ Quisiera vivir aquí ! » y se entristece sin saber por qué, al dejarse atrás este paisaje lleno de luz y de encanto.

## II

Según se va llegando al pie de las montañas la viña cesa y los lugares van siendo más raros; concluyen por diseminarse en pequeños caserios desunidos, ó en grupos de dos ó tres chozas, á grandes trechos, en las pendientes escarpadas de los prados y de las rocas tapizadas de bojes. Cuando se llega á la cumbre de la montaña llamada del *Bois-Clair*, parece que el sol de la mañana, saliendo por detrás del Jura y del monte Blanco, ilumina sin duda con sus primeros rayos las altas ramas de su bosque de encinas; y se vuelve la vista sin pensarlo, para echar una última mirada á la inmensa escena sobre la que va á caer la negra cortina de la montaña: el Maconés amarillento por sus pámpanos, el Saona

deslizándose como una larga culebra plateada por entre sus verdes prados; el Bresse afelpado por sus mieses y sus sauces; el negro Jura; los Alpes de oro; y se baja después en rápida pendiente hacia la antigua ciudad claustral de Cluny, abrigada como un nido de buhos bajo las flechas bronceadas y mudas de los campanarios de la abadía. Pero, al pie de la bajada del Bois-Clair, el camino se bifurca: uno de sus ramales conduce á Cluny al través de las praderas fértiles y monótonas como el lujo monacal que poseía en otro tiempo estos pastos y bosques; el otro ramal lleva á las montañas del Charolais, todas llenas de bosques, de estanques, de pastos abundantes y de mugidores rebaños.

## III

Por algúntiempo se sigue este camino ya pastoril, en el que se encuentran algunos muchachos andrajosos guardando cabras ó apacentando sus bueyes á lo largo de los chaparrales. De pronto los escarpes del Bois-Clair se suavizan á la izquierda para dar paso á un arroyuelo llamado el Vallouze, que nace de una verde garganta á vuestros pies. Parece, por su centelleo y por su

balbuceo sobre los guijarros, bajo los sauces, que invita á penetrar en esta garganta y á visitar el misterioso valle á que da vuelta y del cual es la primera revelación. Piénsase: « ¿ De dónde vienen estas aguas y cómo tan estrecha garganta tiene tan murmuradora corriente? ¿ Se ensancha? ¿ Es acaso profunda? ¿ Tiene á sus márgenes altos bosques y rocas con depósitos cuyas aguas lo alimentan? ¿ Quién sabe? ¿ Acaso oculta también en sus rodeos alguna ancha planicie en la que las praderas se despliegan, en la que los bosques toman forma, en que los montículos se ensanchan ó en que los peñascos sostienen una iglesia, una aldea, un esqueleto descarnado de antiguo castillo? Entremos. »

Y se vuelve, con una inflexión de la mano izquierda, la cabeza y el paso del caballo hacia el sendero arenoso que corre á la orilla del Vallouze y que entra en el valle de Saint-Point.

## IV

Lo que está velado es lo más hermoso que hay en la belleza de las formas, en la belleza moral de los caracteres y en la belleza material de la creación. Los misterios del cuerpo, del cora-

zón ó de la naturaleza, son los arrobamientos de la inteligencia, del alma ó de los ojos. Parece que Dios ha puesto una sombra sobre lo que ha hecho más delicado y más divino, para provocar el deseo por el secreto y para moderar su brillo á nuestras miradas, como ha puesto las pestañas en nuestros ojos para atemperar la impresión de la luz, como ha puesto la noche sobre las estrellas para provocarnos á seguir las con la vista en su océano aéreo, á medir la potencia y magnitud de estos clavos de fuego que sus dedos al tocar la bóveda del cielo dejaron por sello en el firmamento. Los valles son los misterios de los paisajes. Se penetra en ellos con tanto más gusto cuanto más tratan de encorvarse, esconderse y abrigarse. Tal es la impresión que produce el valle de Saint-Point á cada paso que el viajero da para descubrirle. Cuanto más se le descubre parece que huye más.

## V

El valle de Saint-Point no es sino una ancha hendidura, que las aguas de algún diluvio ó los hundimientos del suelo ó los desgarrones de algunas sacudidas del globo han podido hacer

entre dos montañas que debían antiguamente tocarse. Con el trabajo de los siglos, las laderas opuestas de estas dos montañas que corren de Sur á Norte, se han cubierto de arena, llevada allí por no sé qué océanos ya secos, de tierras raras y fértiles, continuamente reproducidas por la vegetación de las hierbas y por la caída anual de las hojas arrastradas por su propio peso, por las nieves ó por las lluvias de un invierno, al fondo del torrente. En la actualidad, bosques y prados de fina hierba como el vellón verde de la tierra, cubren las osamentas de las dos montañas paralelas. Pero en los ángulos entrantes ó salientes de los picos ó cabos, cuyos salientes de un lado, parecen corresponder geoméricamente al vacío del otro, se cree reconocer en un costado del valle, lo que al otro costado le falta.

Estas dos montañas, semejantes á dos largas murallas de fortaleza avanzada, sostenidas y flanqueadas solamente por sus bastiones, no dejan al Levante ni al Poniente paso á ningún valle transversal. Aun hacia el Mediodía está cerrado completamente por una meseta muy elevada del suelo, que no deja ver por encima del horizonte sino los conos y las cúpulas sombrías de las crestas lejanas del Forez. Empiézase por caminar á orilla de prados estrechos, por donde el arro-

yo se desliza apenas bajo los alisos y avellanos. Respirase la fresca humedad de las barrancas cerradas al aire del ambiente en las grandes aberturas. No se tiene á la izquierda sino derrumbamientos arenosos de granito rosa, podrido y pulverizado por el tiempo; á la derecha se ve el ramaje de los árboles acuáticos, donde los mirlos desplegan sus alas, levantándose al ruido de los pasos del caballo delante de uno, y las sinuosidades del sendero cada vez más reducido y que parece no saberse donde nos llevan; como una serpiente que busca, arrastrándose entre las hierbas, su camino hacia el sol, se pliega á todas las sinuosidades y ondulaciones del terreno.

## VI

No tarda, sin embargo, en respirarse más aire; se siente la impresión de mayor luz en la vista y se mide un pedazo de cielo más entre las cimas de las dos cadenas de colinas; los prados se extienden, las pendientes se suavizan, el valle se abre y sus dos costados se ahondan, como los costados de una ánfora antigua, para contener más espacio de luz y de vegetación. Se atraviesa

un pequeño caserío oculto bajo los sauces, llamado *Bourg-Vilain*, del nombre de su antigua servidumbre. En su origen, no era éste más que un grupo de establos en que los boyeros y los cabreros del cantón recogían sus ganados cuando la nieve cubría las praderas. Poco á poco los establos se fueron convirtiendo en chozas y las chozas en casitas; una iglesia rústica, coronada por una grosera torre cuadrada y hecha de bloques de granito regularmente colocados unos sobre otros, ha venido á dominarlas. En la actualidad, pequeños huertos rodeados de un seto de mimbres frescos, reverdean alrededor de estas chozas; la cal viva, blanquea las paredes; la vidriera de cristal, reemplaza á la hoja de la ventana de madera negra ó al bastidor de papel y brilla en las pequeñas ventanas entre los tallos de oro de los alelies. Á la derecha del lugar y á alguna distancia, un montículo de arena roja, se levanta al lado del agua en medio de las praderas. La industria del molinero ha aprovechado este obstáculo natural para oponer un dique al arroyo y construir una esclusa. El molino ha tomado por sí mismo una forma, aun más original que la que le hubiera dado el pincel caprichoso de un Salvator Rosa. La naturaleza es un grande artista cuando se la deja conformar por sí misma sus

medios á su objeto. La prueba de ello es este molino.

No paso nunca por este lugar, sin admirar esta combinación irreflexiva, que hace de una construcción hija del azar, un modelo de paisaje. Así, como en el invierno el río se desborda y anega los prados, ha sido necesario levantar la casa más alta que estos desbordamientos; se ha asentado por necesidad sobre la roca, desde donde ve y donde es vista. Se necesitaba que la corriente de la esclusa cayese sobre las paletas de la rueda del molino, para que diera movimiento á la muela: la casa debió volver uno de sus costados al arroyo, para tender su rueda al agua; la esclusa de costado, el agua que se escapa de ella haciendo cascada contra las paredes, el musgo verdoso que se adhiere y que da á los cimientos la apariencia del verde antiguo; los murmullos y el ruido que hace la caída del arroyo impaciente por salir de la esclusa, los centelleos de sus gotas espumosas al través de las ramas y sobre las hojas mojadas de los alisos; las cortinas de álamos y de plátanos que han retoñado con sus troncos en el arroyo, entrecruzando sus ramas de diversos tintes sobre el techo de tejas rojas como un segundo techo; la cavidad en el costado de la casa en donde el cubo

sostiene la rueda en la esclusa y que parece una gruta oscura velada de bruma; el palomar añadido en seguida del molino, para que los pichones recojan el grano que se cae; la torre cuadrada que hubo que levantar un piso por encima de la casa para que las palomas torcaces reconociesen de lejos su retiro por encima de los árboles; el sendero tortuoso que hubo que trazar con el azadón en los costados del collado, en la arena amarillenta, para que los asnos y los carros de las aldeas inmediatas trepan sin dificultad con sus sacos; el polvo del trigo molido que sale por la ventana; el humo azulado que se extiende por el techo entre las cimas de los álamos; las cabras que ramonean, con las patas apoyadas en el muro que da al Norte tan verde de vegetación como un prado; el revolotear de las palomas que bajan al corral y que disputan el grano á los gallos y á las gallinas; el asno que sube ó que baja por la escalera hecha en las rocas; la molinera asomada en la ventana, con la cabeza bañada por un rayo de sol poniente, reflejado por las vidrieras iluminadas de su cuarto alto; los muchachos que trepan riendo hacia ella por la escalera verdosa de hiedra, cuya enrejado cierra el cuadro de esta abertura por encima de las aguas; toda esta arquitectura, hija de la casualidad ó de

la profesión, agua, paredes, árboles, rocas, aire, sendero, cascada, galerías suspendidas, torre culminante, líneas armoniosas, sombras y luces distribuidas como por la combinación más estudiada, se agrupan á la sola indicación de la vida rural y se destacan en las diversas horas del día, con colores diversos, del fondo oscuro ó iluminado de la montaña que les sirve de lienzo; toda esta fábrica, desafiaría á la imaginación de un poeta ó de un pintor á que la igualase en gracia y en rusticidad.

Apodérase de la imaginación por los ojos y del alma por la tranquilidad. Es un pensamiento de Teócrito construido sobre las rocas en medio de las praderas; un verso de Virgilio murmurando suspiros á la orilla de la corriente. Un lienzo de Claudio de Lorena inundado de serenidad y palpitante de vida. Es el arte supremo de este arquitecto que no conoce el arte, esfuerzo de lo bello: es el molino de Saint-Point. Veo desde aquí el resplandor del sol naciente sobre sus tejas; desde aquí oigo el ruido cadencioso de su rueda, corazón de la casa, ¡pulso del molino!

## VII

Después de este molino, forma el valle una cuenca que precisa para atravesarse como un cuarto de hora próximamente: en medio se levanta una colina, baja, dominada en su cima por un antiguo castillo, flanqueado por torres compactas, y por la flecha dentada de un campanario romano. Al pie de la colina se extienden las praderas, rodeadas de abedules, de cerezos y de grandes nogales. Al través de los troncos de los árboles se divisan las paredes, los techos y el puente rústico de un lugar, levantado á la sombra del castillo, y compuesto de quince ó veinte casitas de labradores, de quinteros ó de comerciantes al por menor de géneros rústicos, casi siempre agrupadas alrededor de la iglesia de los caseríos. Estas antiguas torres, minadas en su base por el tiempo, que les ha hecho resquebrajarse bajo su peso, decapitadas en sus cúspides de la flecha que en otro tiempo elevaban al cielo, y no sirviendo hoy más que para flanquear un pesado y macizo cuadrado de piedra bruta, horadadas por una escalera de caracol y por algunas habitaciones abovedadas, són mi morada.

He sembrado césped, he trazado calles enarenadas en los bosques de avellanos que las rodean; he encerrado en una cerca de paredes algunas fanegas de tierra y de prados que siguen las ondulaciones y los caprichos de la colina; he preservado del podón ó del hacha del leñador algunos grandes árboles, cuyas ramas me lo han agradecido, extendiéndose sobre el césped. He abierto algunas puertas y algunas ventanas en las paredes, de cinco pies de espesor, de la vieja morada; he añadido á la fachada principal una galería maciza, esculpida por el modelo de las antiguas balaustradas góticas de Oxford; en esta galería se pasean los huéspedes de la casa por la mañana á la salida del sol, ó se sientan por la tarde á la sombra inmensa de las torres.

Cuelgan en ella de clavos las jaulas de los pájaros; los perros se echan también allí á nuestros pies sobre las tibias losas; los pavos reales domesticados que pueblan los jardines, y á los que desmigajábamos pan cuando pequeños y que se acuerdan de ello, están subidos, noche y día en el parapeto de la balaustrada, con su cola que brilla al sol y flota al viento. Desde allí adornan como una fila de cariátides vivas, esta pesada galería de piedra, como las cigüeñas forman

almenas vivas, con su blanco plumaje, en los techos de las asiáticos caseríos.

## VIII

Desde allí la vista se extiende, ya bajando ya subiendo por la más hermosa parte del valle de Saint-Point. La vista se desliza primero por prados en rápida pendiente, que van á morir en una pradera nivelada por las aguas. Esta pradera está atravesada por el arroyo Vallouze. Grandes nogales de follaje de bronce, inmóviles como hojas de metal; álamos blancos, de tronco retorcido por las ráfagas y de follaje más cabelludo y blanco que la cabeza de un anciano, chopos, cipreces de Europa, abedules, alisos librados por mí desde hace veinticinco años, de la segur del podador, que cuelgan á los dos lados del arroyo sobre el agua que ellos aman y que les ama, forman, entrelazándose con su corriente, una bóveda elevada, flotante, caprichosa de follaje de todos matices, verdadero mosaico de vegetación. El menor soplo de viento del estio valancea toda esta cortina movable y hace salir de sus ondulaciones, álitos, ondas de follaje, bandadas de pájaros y perfumes vegetales que alegran la vista,

que varían el aspecto y que suben hasta la galería en ligeras emanaciones y en fugitivos olores.

## IX

Así que la vista se ha extasiado en el arroyo y la pradera, comienza á remontarse por los flancos abultados de la alta cadena de colinas que separa el valle de Saint-Point del horizonte del Maconés, de la Bresse, del Jura y de los Alpes. Lo primero que se ve son grandes tierras rojizas, de suelo profundo, opulentas de vegetación, fuerte como las habas en flor, beterragas con grandes hojas barnizadas, frondosas pivetas en las cuales flotan, al salir el sol, algunas gotas de rocío; después se ven algunos huertos, rodeados de setos de ciruelos silvestres, bajo las cuales rumian hermosas vacas manchadas de negro y blanco, cuyos mugidos melancólicos se oyen repetidos de colina en colina.

Dos ó tres pequeños caserios, recostados en lo alto de estas tierras y de estas huertas humean por encima de los árboles. La vista traspasa este humo y sigue más allá por pendientes más rápidas, hasta los profundos torrentes abiertos en la roja arena; de trecho en trecho se ven carros

cargados de estiércol y tirados pesadamente por vacas blancas, que un campesino conduce á los terrenos superiores, para abonar un poco sus avenas flojas ó sus cebadas tardías. Otros bajan cargados de ramas de haya y de castaños destinadas á calentar los hornos en que se cuece el pan. Las hojas que arrastran por detrás de los carros, barren estos torrentes como barre el reluciente suelo de la casa la escoba de retama de la casera.

Semejantes estos caminos bajos á las aberturas de las grutas, se hunden y se pierden á la vista detrás de las revueltas de los collados, en la masa misma de la montaña ó bajo la sombra de los bosques de castaños. No se conoce su dirección sino por las voces lejanas de los boyeros, que animan á sus animales á subir. Estas voces aumentadas por la copa de los castaños y repetidas de tronco en tronco, mezcladas á los relinchos de los potros en la pradera, á los mugidos de los bueyes echados en las altas hierbas, á los balidos de las ovejas y á los de los machos cabrios; al cloqueo de las gallinas, á los cantos de los pájaros en los zarzales, al chirrido de los ejes de los carros, á la caída de agua de las esclusas de los molinos; á los tañidos de la campana que toca el *Angelus* de la mañana, del me-

dio día y de la tarde; á los labradores y á los pastores que trabajan; llenan esta cuenca sonora, entre las dos cadenas, con un murmullo semejante al de los caracoles de mar cuando se les aproxima al oído para escuchar el eterno retumbar de los mares.

Más arriba en fin, los grupos de castaños y de hayas, entrecortados por campos de brezos violados y de retamas de flores amarillas, erizan los collados superiores; después la vegetación se va empobreciendo al sople demasiado fresco de las regiones frías, y adquiere la esterilidad de la roca. Las crestas casi desnudas, ó sólo con algunos troncos de acebos y con algunos arbustos espinosos, se pierden en el azul del cielo ó en las brumas flotantes de las altas cumbres. Estas brumas, velando continuamente los límites inciertos de la tierra y del cielo, hacen presumir á la vista elevaciones infinitas en que el pensamiento gusta de extraviarse. La bruma es á las montañas lo que la ilusión es al sentimiento: las aumenta. Éste es el misterio que se cierne sobre todo lo de aquí abajo, y que solemniza todo, á los ojos como al corazón.

## X

Tal es la vista que se presenta desde la galería de Saint-Point en las horas de la mañana. Por la tarde se ven menos inclinadas las pendientes, las entradas y salidas de la colina más suaves, los lugares más cerca y más asentados en las planicies de verdes prados, bosques más uniformes y más sombríos extendidos en declives más suaves, que las grandes sombras que se despliegan á la hora de ponerse el sol, hacen aun más velados á la vista. El carácter salvaje ha dejado el lugar al carácter selvático y pastoril de los más frescos valles de los Alpes.

Cuando se quiere admirar, rezar, soñar, se mira á las montañas en las horas de la mañana; cuando se quiere esperar, desear, gozar, recogerse en las imágenes de una vida campestre, se mira á las montañas en la hora de la tarde. Las unas son un cuadro de felicidad sobre la tierra, las otras una escala de aspiración infinita hacia el cielo; ambas uno de los más hermosos lienzos de la decoración del drama de la vida, en el cual se ha esmerado el pincel del Creador.

## XI

En esta casa habito desde mi infancia, cuando el flujo de la vida, que se agota y se renueva de vez en cuando en mí, me deja y me atrae á esta primer orilla de mi existencia laboriosa y agitada. Bendigo las primaveras, los veranos, los otoños y hasta los pocos inviernos que he podido pasar allí desde hace veinte años, entre los recuerdos y los consuelos del hogar. ¡Ah! ya no vengo á estos sitios, desde estos últimos años, sino para pasear algunas horas con pasos apresurados por los recuerdos, para medir con una mirada rápida lo que han crecido los árboles que yo he plantado, para envolverme en su sombra cuyas hojas caen al paso de los extraños, y para rezar un momento sobre dos tumbas.

## XII

Una mañana de 1846, de vuelta de un largo viaje al otro lado de los Alpes, fui allí solo en el mes de mayo, para ver de pasada si el tiempo había estropeado algo este nido de familia, y

para disponer algunas composiciones; lo mismo que el marino, ocioso durante algunas semanas en el puerto, va de vez en cuando á bordo de su buque varado, visita su casco y su quilla, manda poner una plancha aquí, un perno allí, un tabique en otro lado, á fin de encontrar su casa flotante en buen estado el día en que el armador le dé la orden de hacerse á la mar.

## XIII

Paseándome por el jardín, después de almorzar, con el viejo quintero que me vió nacer y á quien actualmente conservo ocioso en un rincón de su granja, como un antepasado del dominio y de la casa, vi que las ramas de los cedros, de los alerces y de los abetos, al crecer, se habían extendido como brazos al otro lado de una pared que separa mi finca de un camino de pastores. El viento, agitándolas sobre el caballete de la pared había concluído por desmochar las piedras, por desunir la argamasa y por abrir brechas en el cerco por donde los chiquillos podían trepar á coger los nidos. Yo tengo los árboles para los pájaros tanto como para mí. Los pájaros son la poesía de los cantos, el himno del aire. ¿Si se

les mata, quién cantará en la creación? No conozco nada más triste que encontrar bajo la torre de la iglesia, bajo el alero del techo de la casa, ó sobre la arena del jardín, bajo el árbol, el nido destruído de una golondrina, de un pinzón ó de un ruiseñor, con los cascarrones de sus huevecillos grises esparcidos por tierra al lado del plumón que para sus pequeñuelos habían tejido, el padre y la madre, durante una primavera.

## XIV

En vista del estado del muro dije al padre Litaud, que tal es el nombre del venerable anciano de rostro homérico y de cabellos plateados como la espuma, por tanto tiempo azotados por el viento de estas colinas: « Padre » porque tengo para él esa especie de parentesco filial, que el hijo de la casa contrae con los viejos servidores más antiguos que él en el hogar de su familia; díjele pues: « Padre, hay que componer este muro estropeado, levantar estas piedras, rellenar de argamasa estas hendiduras, y para impedir que los árboles las renueven con el frote de sus ramas, hay que reemplazar esta mezcla y este cordón de tejas, que defienden mal el ca-

ballete, por una hilada de piedras labradas que coronarán la pared como un parapeto de un puente. Los árboles apoyarán en ella sus brazos torcidos sin dificultad, y las ramas moviéndose libremente sobre las piedras planas no harán sino pulirlas como el agua corriente pule la roca. Pero hay que hacerlo pronto, pues los vientos del equinoccio que llegarán con setiembre, darán fuertes sacudidas á estas largas ramas y se llevarán el resto de las tejas y de la argamasa. Haga usted que venga pronto el picapedrero del pueblo, á quien he visto trabajar el otro día en el fondo de una cantera atravesando á caballo el caserío retirado y extraviado de la Fée. Yo tomaré las dimensiones, daré el precio y se comenzará la obra en la cantera que está por debajo del jardín, y los pájaros anidarán en paz en estas lilas el año que viene.

— Si, señor, me respondió con cierto acento de incredulidad y duda, el padre Litaud; pero vi en su fisonomía, en su mirada que parecía distraída, y en la actitud de su cabeza que se inclinaba como para buscar algo en la hierba, que el viejo no creía mucho en el sí que me había dado precipitadamente.

— ¿Acaso no hay un picapedrero en el pueblo?, repuse para asegurar que se haría la composición.

— Sí, señor, hay uno, contestó el viejo; buen obrero y muy servicial, añadió; pero no estoy muy seguro si consentirá en bajar y en venir á trabajar para la casa.

— ¿Y por qué? le repliqué con extrañeza. ¿Acaso mi dinero no vale tanto como el de los demás? ¿Temerá que no le pague la losa de piedra labrada al mismo precio y aun más cara, en vista de la urgencia, que los campesinos del lugar? ¿Por qué no ha de venir si le hace usted llamar en mi nombre?

— Es que este picapedrero no trabaja por dinero.

— Pues bien; le daré grano, trigo, patatas, aceite de nueces, cestas de manzanas ó de ciruelas, lo que quiera en fin.

— Sí, pero tampoco trabaja por géneros como los demás.

— ¿Y por qué trabaja entonces?

— Por Dios, señor, y para las pobres. Nada que no sea por Él, nada que no sea para ellos: y como el señor es rico, dueño de bosques, prados y del castillo, temo que este hombre, que es bondadoso, pero que al mismo tiempo es duro como la piedra en sus ideas, no se diga: «El señor tiene medios para que su obra la hagan obreros á jornal ó á destajo con buen salario: si yo acepto

el trabajar para él, faltaré á los pobres que tendrán una puerta ó una ventana que labrar, y después como el señor querrá pagarme un precio superior al que tomo por mi jornal, que representa justamente mi alimento, no sabré como rehusar su dinero y si lo acepto faltaré á mi método de vida.» En una palabra, señor, lo repito, temo que ese hombre no quiera venir.

— No, no; dije yo, no podrá negarse á venir. Pondrá el precio él mismo, puesto que es tan justo. Y si mi dinero que tan bien habrá ganado le pesa sobre su conciencia de hombre caritativo, puede darlo á otros más desgraciados que él, y en paz. Envíe usted esta tarde uno de los pastores á rogarle que baje. Mañana le esperaré aquí al medio día. Aun cuando no me entendiera con él, deseo conocer á un hombre que rehusa el oro en un país como estas montañas, en que el amor al lucro es tan grande, que una moneda de cobre perdida ó ganada, parece el fin del hombre entre tan buenos cristianos. Será para mí como un manantial de agua, que brotara de la roca en medio de esta arena que absorberían las nubes del cielo.

— Pues bien, señor, voy á obedecer á usted, y á invitarle á bajar. Pero iré yo mismo, pues

no hará caso del pastor. Yo le convenceré mejor que un muchacho.

Hablando así, el padre Litoud atravesó con paso aun ligero y vigoroso el sendero de su granja para ir á quitarse sus zuecos, abotonar sus polainas y tomar su cayado de punta de hierro que se clava en la montaña arenosa.

Entréme yo en casa, cagi mi escopeta y fuime al bosque de la montaña del poniente seguido de mis perros.

## CAPÍTULO II

### I

Mediaba el día siguiente, cuando al volver de caza oí en el patio el ladrido de los perros. Bajé: eran el viejo Litoud y el picapedrero.

— Aquí tiene usted Claudio Des Huttes, me dijo el viejo quintero con acento de satisfacción, que revelaba en su voz el goce interior que sentía por haber obtenido mejor resultado que lo que él pensaba la vispera, en su negociación. Consciente, añadió, en venir á hacer la obra que el señor quiere y en trabajar para el castillo, porque la señora es buena para los pobres.

— Pues bien, vamos á ver la pared y á medir el número y el tamaño de las losas necesarias para el caballete, dije á los dos campesinos.

Y nos dirigimos hacia los cedros.

Conforme iba marchando, miraba á hurtadillas al picapedrero, porque este hombre me inspiró desde el principio cierto respeto. Aunque de hu-

milde y tímida actitud, se veía que no se sentía subyugado por el ascendiente de mi traje y prestigio de mi casa, mayor que las del pueblo; pero que daba cuenta de cada uno de sus pasos y de cada una de sus impresiones, á alguno mayor y más elevado que yo. Su recogimiento llevaba á Dios en él. La calle de árboles que da vuelta al jardín era larga, desde el umbral de la casa á la brecha de los cedros: tuve, pues, tiempo de grabar bien en mis recuerdos su fisonomía.

## II

Era Claudio Des Huttes un hombre como de treinta y seis á cuarenta años, de talle mediano, cuerpo algo delgado y un poco encorvado hacia adelante, como acostumbrado á doblarse bajo el peso de cosas pesadas. Sus corvas no tenían el vigor elástico y los músculos duros de los cazadores de ciervos de nuestros Alpes y se inclinaban hacia adelante como los del obrero que se arrodilla frecuentemente para trabajar. Uno de sus hombros era mucho más elevado, nudoso y fuerte que el otro: era aquel de donde salía el brazo derecho que levanta y baja sin cesar el martillo. Sus brazos eran delgados, y las mangas no los

cubrían más que hasta la mitad dejando ver sus venas, sus tendones y músculos muy marcados; sus manos eran largas, macizas, de articulaciones nudosas, llenas de callos: dos tenazas. El hábito de remover, de volver, de labrar las grandes piedras, había desarrollado y endurecido en él esta primer herramienta del hombre, la mano. Las dejaba colgar como dos balancines inertes, que le molestaban visiblemente cuando no llevaban nada. Sus pies descalzos y anchos, cuyos grandes dedos parecía como que mordían el suelo, se imprimían delante de mí sobre la húmeda arena del paseo, como los clavos de las herraduras de mi caballo en la hierba del prado, después del rocío. Llevaba su gorro de lana en la mano. Sus cabellos negros, espesos, salpicados de algunos granos de polvo de mármol, caían sobre su cuello cortados á escuadra con sus mismas tijeras y con grandes entradas, de manera que sobresaliesen solamente como una orla negra entre la nuca y el cuello para proteger éste contra la lluvia y la nieve. No tenía por todo traje sino una camisa de hilo crudo, abierta por el cuello, abotonada en el pecho con dos clavos de latón, de los cuales el uno le servía de alfiler, y el otro, encorvado en círculo alrededor del primero, formaba una especie de lazo de cobre que sujetaba

la tela y la aplastaba sobre el pecho. Llevaba la chaqueta sobre el hombro izquierdo. Esto para él no era evidentemente sino un signo de respeto, una muestra de deferencia, una condecoración honorífica que llevaba por mí y no por él. Un pantalón de lana blanca, de la misma tela que la chaqueta, estaba ajustado á la cintura por una fuerte correa de cuero, con bolsillos cerrados por un lazo también de cuero, de donde salían la mitad de las patas de su compás y los mangos de sus tres martillos. El pantalón no pasaba de los tobillos. Un mandil de piel de cabra flotaba y sonaba á cada paso sobre sus rodillas. Marchaba con la cadencia lenta y mesurada de un hombre que piensa cuando va andando, y al que la simetría interior, ese balancín del péndulo humano, regula instintivamente los movimientos del cuerpo. Tal era el exterior del picapedrero.

### III

Mas bajo este tosco exterior, y bajo este traje rústico, resplandecía, sin embargo, en la frente desnuda de este hombre un sello, no diré solamente de dignidad, sino de divinidad de rostro humano, que imponía á la vista y que hacía aca-

llar toda idea de vulgaridad y de desdén en el alma. La línea de su frente era tan elevada y recta, limpia de inflexiones y de depresiones innobles como las líneas de la frente de Platón en sus bustos relucientes al sol del Ática. Los músculos delgados, profundos, palpantes de las órbitas de sus ojos, sienes, mejillas, labios y barba, tenían á la vez la tranquilidad y la impresionabilidad de una joven convaleciente de alguna larga enfermedad ó de algún secreto dolor. Los párpados, limitados por largas pestañas, se levantaban sobre el globo azul claro y muy abierto de las pupilas, como los párpados del hombre acostumbrado á mirar de abajo arriba y á fijarse en las cosas elevadas. Las pestañas echaban una sombra llena de misterio entre los bordes de sus párpados y el ojo. La meditación y la plegaria podían abrigarse en ellos sin interrumpir la mirada. Su nariz, recta y ligeramente encorvada en el centro por la red de las venas que se clareaban bajo una piel fina, se unía á los labios por el tabique de las narices, transparente al sol que brillaba detrás de él. Los pliegues de su boca eran suaves, sin contracción ni rigidez, y se doblaban un poco hacia los bordes bajo el peso de una tristeza involuntaria, levantándose luego por el resorte de una firmeza reflexiva. Su tez tenía

la blancura mate y sana del mármol expuesto al aire; la oscura sombra de sus cabellos negros flotando sobre sus mejillas, con algunas gotas de sudor, hacían más notable la palidez. Inclínaba su rostro un poco hacia adelante, por el poder habitual de la reflexión más bien que por la costumbre del oficio. Marchando así cerca de este hombre, visto del lado en que la luz del sol que él me ocultaba le inundaba, con su aureola de rayos, se conocía que se marchaba al lado de un alma. Todo pensaba, todo sentía, todo aspiraba, todo se elevaba en esta cabeza destacada del cuerpo rústico que la sostenía. Creíase ver el perfil de un pensamiento destacarse al sol de la mañana, sobre el fondo azul y luminoso del firmamento. No me atrevía á dirigirle la palabra, temiendo perturbar el recogimiento de sus ideas. Su voz, cuando respondía brevemente al viejo quintero, era de timbre claro, profundo y grave como el sonido de una losa de mármol adelgazada y sin quebradura cuando la golpea el martillo del pulimentador; su acento no hablaba, cantaba. Hubiérase dicho que todo, hasta el sí y el no, era himno en su pecho.

## IV

De cuando en cuando me dirigía el padre Litaud algunas miradas de inteligencia á hurtadillas, como para decirme: « Vea usted si el picapedrero no es como le he dicho. » Después sacudía sus blancos cabellos, como para decirse á sí mismo: « Dudo que el señor le haga énter en razón. »

Llegamos á los cedros. Enseñé la pared rota al picapedrero. Desplegó su medida doblada en forma de abanico y dividida en pies, pulgadas y líneas, para ver el número y el tamaño de las losas que le pedía.

— Son tantas toesas, me dijo aproximándose.

— Bien, hágamelas usted lo más pronto posible. He allí la cantera, á dos pasos de aquí y de ella podrá usted sacar las losas. Pero antes dígame usted cuanto quiere por pie cuadrado.

— No lo sé, respondió con cierta turbación visible y conmovedora.

— ¿Y quién lo sabrá, le dije, sino usted? ¿He de ser yo el que lo diga?

— No señor, replicó con una timidez aun más perpleja, que hizo hinchar sus venas y colorear

ligeramente la piel de su inclinada frente. Ni usted, ni yo; será Dios.

— ¡Cómo, Dios! exclamé.

— Si, añadió, sólo él sabe cuanto tiempo tardaré en sacar las piedras de la cantera, en cortarlas y labrarlas. Cuando estén concluidas, verá lo que necesito justamente para alimentarme; nada quiero por mi trabajo, señor; porque el trabajo, no es el hombre sino Dios quien lo impone y paga. Usted en su habitación, á caballo ó con sus libros, bajo la sombra de los árboles, acaso tendrá más trabajo que yo.

Estas palabras dichas sin afectación y saliendo naturalmente de sus labios como la respiración, con un acento nada altanero, de superioridad ó de insolencia, sino con el de la sencillez y aun de la compasión, me conmovieron. No traté de contrariarle resistiendo, ni de entablar prematuramente con él una conversación de la que habria podido desconfiar. No mostré en mi semblante ni extrañeza, ni sentimiento.

— Pues bien, dije al padre Litaud, llévele usted á la cantera y que ponga manos á la obra.

Volví á entrar en casa. Media hora después, oí desde mi ventana los golpes retumbantes del pico, y la caída sorda de los pedazos de piedra

que rodaban desde lo alto de la cantera al fondo. Por la noche salí de Saint-Point.

## V

Volví para pasar con la familia el resto del verano tres semanas después. Cuando me desperté al día siguiente de mi llegada, no oí golpes de martillo, ni de pico en la cantera. Fui allá y á nadie encontré. Sólo vi en el fondo un montoncillo de piedras grises recientemente arrancadas y dos ó tres losas bosquejadas sobre el canto. En seguida me dirigí al padre Litaud para preguntarle la razón de estar abandonada aquella obra que tanta prisa corria y que ya estaba contratada.

— Nada sé, me dijo; Claudio Des Huttes ha trabajado algunos días, y desde una mañana no le he vuelto á ver. Se le habrá ocurrido otra cosa. Bien le decía á usted, señor; no hay que fiarse de estos santos. Hacen tratos con Dios que impiden sus tratos con los hombres. Tal vez se habrá dicho: « Yo soy obrero de los pobres; si trabajo para los ricos, los pobres no tendrán quien trabaje para ellos; vendrá el invierno, no se habrán reparado las granjas, el grano sufrirá,

los establos no estarán cerrados, el ganado perecerá, los niños tiritarán de frío en las cabañas. Todo por culpa mía, de que Dios me pedirá cuentas. En el castillo encontrarán fácilmente obreros que trabajen por dinero; la obra del dueño del jardín no corre prisa, las piedras se desunen, pero no se estropean. Vámonos pues». Ó algo parecido, ¿qué se yo? No se puede oír lo que un hombre se dice à sí mismo ¿no es verdad? Y se habrá marchado con sus herramientas. Si usted quiere, volveré otra vez allá arriba para hablarle y rogarle que baje de nuevo.

— No, dije al anciano, iré yo mismo; indíqueme usted su vivienda. Es todo lo que necesito.

El anciano extendió la mano levantando el brazo hacia la cumbre más elevada de la cadena de montañas del levante, me indicó casi al extremo de la cumbre, à la derecha de un grupo de ocho ó diez grandes castaños y à la izquierda de una roca gris que humeaba con una ligera bruma como el fondo de una cascada, dos ó tres puntos blancos entre las doradas retamas, y

— Esas son sus cabras, señor, me dijo; la casa no está lejos, pero no puede usted verla desde aquí. El techo queda oculto por el ángulo de este collado y por las ramas de los avellanos

que son más altos que la pared y que se extienden sobre la choza. Sólo el humo se ve en invierno, cuando quema algún haz de brezos para calentar sus cabritos.

— Está bien, le dije; conozco la montaña y no necesito sendero para guiarme. ¿No he guardado yo cabras también cuando era pequeño?

## CAPÍTULO III

## I

Me ajusté mis polainas de cuero sobre los claveteados zapatos; quité los cascabeles á mi perro para que corriendo delante de mí no espantase á las cabras y advirtiese á Claudio; tomé mi escopeta, ese bastón, genio familiar del cazador; atravesé los prados del valle haciendo levantar los tordos, y principié á subir lentamente, al través de los campos, las laderas, primero suaves y después escarpadas, de la montaña. Era la mañana de un domingo; no encontré á nadie en el campo; tenía mucho tiempo por delante y me volvía y me sentaba de vez en cuando en las raíces de los castaños para echar una larga mirada á la cuenca que se ahondaba de etapa en etapa ante mi vista.

El sol había traspasado ya la mitad del pedazo de cielo que parece medir sobre el valle y se inclinaba un poco hacia la montaña opuesta, cuando

llegué á la aldea arruinada de Huttes, de donde sin duda el picapedrero tomaba su nombre. Yo no había subido allí desde la edad de once años, en que mi madre me había retirado de la sociedad de los cabrerillos del país para ponerme en el molde común del colegio, en la sociedad de los pasantes, de los escolares y de los libros. Allí subía una ó dos veces cada año, en aquella feliz época de mi infancia, con los criados de la casa á comprar cabritos en primavera y castañas mondadas en el otoño, en las dos ó tres cabañas que componían la aldea en aquella época.

## II

Perfectamente reconocí los árboles, los manantiales sombreados por los berros y vinca-pervincas, y hasta el musgo sobre las anchas piedras grises que salen como hosamentas de la tierra del lecho de las retamas; pero las cabañas ya no existían. No divisé á lo lejos en su lugar sino dos montones de piedras, sobre los que se extendían algunos escaramujos de negros frutos. Un viejo saúco que se llama *soyar* en el país, árbol doméstico que se adhiere por sí mismo á la morada del hombre, como la malva y la ortiga se adhie-

ren á la tumba en los cementerios, sembraba su flor sobre las tejas quebradas. Un magnífico acebo se agarraba con sus torcidos brazos á los restos de una pared horadada por una ventana, árbol vigoroso é inmortal, cuya savia sube con la nieve, y cuya corteza siempre verde y sus hojas barnizadas como el charol, parecen sobrevivir á los siglos y apiadarse de las fugitivas generaciones humanas que pasan y mueren á sus pies.

Este espectáculo me entristeció; pero estoy acostumbrado á él. Busqué con la vista el sendero que por el fondo de la barranca, junto á un hilo de agua sudada por el granito, conducía en otro tiempo á la tercer cabaña. Le descubrí bajo las hojas secas del último invierno, que los vientos templados de la primavera habian echado sobre las pendientes de la barranca, y marché por él algún tiempo oyendo el rumor del agua más bien goteando que precipitada por la cascada.

### III

La barranca, húmeda y oscura, serpenteaba, unas veces estrecha otras ancha, entre dos paredes de granito descompuesto que se reducía á

arena de diferentes colores, roja, amarilla-gris, y verdosa como esos guijarros de verde antiguo que se encuentran en las arenas del mar de Siria. Troncos de cerezos silvestres, de plátanos dentados y de alerces, árboles resistentes al frio, se inclinaban unos hacia otros de los dos lados superiores de la garganta, y formaban, entrelazándose por encima, una alta bóveda de inmóvil follaje. Los pasos resonaban allí como bajo la nave de una catedral. Un dulce escalofrío corría por el cuerpo, como si se marchara por el camino de un misterio. Sólo algunos mirlos negros como asustados atravesaban con vuelo rápido la barranca. Pero en breve se iluminaba, como si se encendiera una lámpara por encima de las hojas transparentes. Divisábanse algunos pedazos de cielo azul al través de las hojas, como adornos de un cielo raso. Los árboles se separaban, el sendero subía á la derecha hacia el extremo de la garganta y hacia la salida por una pendiente rápida. Dejé á mi izquierda algunos charcos de agua verde en el fondo de lo que se llama un *abismo* en la lengua de las montañas y, cuando llegué al nivel del suelo, tenía la vivienda del picapedrero delante de mí.

30400

## IV

Era una casucha informe de piedra seca sin argamasa, apoyada en una gran roca gris cuadrada, sobre la cual se veían aun en pie, pero sin puerta, sin ventana y sin techo, las paredes de la tercera choza de la aldea de Huttes, que yo había visitado en otras ocasiones. La plataforma de esta roca, que había servido de pedestal á dicha choza de cabrero, estaba cubierta de tejas pulverizadas por los pies de los animales, de pedazos de vigas de los que un extremo aun estaba sobre la pared, mientras que el otro colgaba sin apoyo hacia el suelo, y por restos de bálagos arrancados del techo y que el viento sacudía. El negro hollín en un lienzo de ladrillos en otro tiempo blanqueado, indicaba aun el sitio del hogar en que una familia de montañeses había vivido, amado, muerto. Detrás de estas caídas paredes, la roca, ahuecada en forma de barranco por la corriente de las aguas del manantial y de las lluvias, formaba una especie de canal natural desde el cual la pequeña cascada caía con muy poco ruido en el torrente. Hacia este lado se abría en otro tiempo la ventana baja de la cabaña, que

miraba al norte. Una inmensa hiedra, cuyas raíces tocaban en el agua, rodeaba ya en mi tiempo esta ventana y cubría la pared. En la actualidad llenaba la abertura entera un haz espeso de hojas y racimos negros, como si hubiera dado frutos de luto sobre las ruinas de la casa que había alimentado. Agarrábase á las vigas, á las jambas de la chimenea, á los maderos de la puerta; herizábase formando cornisas que sobresalían por el caballete de cada pedazo de pared y por los rebordes de la roca, como un perro acostado sobre su amo muerto, que le estrecha con sus patas, que le cubre con su cuerpo, y que parece desafiar á los hombres á que se lleven los despojos de aquél que le amó.

## V

Claudio no había tratado de levantar otra vez la derruida casa de su familia, y de construirse un asilo para sí mismo. Nada le habría sido más fácil, cuando la piedra, la madera y las tejas aun estaban sanas. ¿Por qué había preferido vivir al pie de la roca, bajo una especie de concavidad que antiguamente servía para establo de las cabras y acostarse allí como un mendigo en

el umbral de una puerta? Dios sabe. Sin duda había sido por alguna superstición secreta del corazón hacia el techo bajo el cual había vivido y amado ó por el horror de verse solo, y de sentir el vacío después de haberle visto lleno. Pues no sucedía esto por pereza: todas las semanas hacía gratis más trabajo del que hubiera necesitado para levantar y conservar la sólida cabaña de su madre.



## VI

Como quiera que sea, su cabaña, ó mejor su gruta, no consistía sino en una especie de cueva labrada ó por las aguas ó por el desprendimiento de una de las paredes en el costado mismo de la roca. Como esta cavidad era poco profunda, la había añadido dos pequeñas paredes de piedras informes y la mayor parte triangulares de granito rodado. Estaban colocadas sin arte estas piedras, unas sobre otras, de manera sin embargo que los ángulos salientes de unas encajasen en los ángulos entrantes de las otras, como los muros ciclópeos que se ven en la Etruria, que no se sabe quien los ha hecho, si la naturaleza ó el hombre. Las dos paredes partían de la roca, se

adelantaban algunos pasos por pedregosa pendiente, entre algunos bojes; otra pared semejante á éstas las unía. Estaba agujereada, en la parte que miraba al valle, por una puerta baja y por un tragaluz al costado cerrado por un manojo de retamas aun en flor. La puerta, hecha de tres pedazos de madera carcomida, evidentemente cogidos de los restos de la cabaña superior, no tenía otra cerradura que una aldaba de madera que se levantaba por medio de una cuerda, que durante el día colgaba por fuera y que de noche se entraba en el interior de la choza por un agujerito hecho por encima de ella. La parte del techo que se unía á la roca y que sobresalía sólo algunas toesas estaba cubierta, en vez de bálago, de manojos de retama fuertemente atados unos á otros con gruesas cuerdas de paja de avena torcida, sobre los cuales escurría la lluvia y crecían montones de parietarias. La roca misma servía de techo natural al fondo de la cabaña. Aun se veía en este reborde prominente de la roca, los restos de una galería sostenida por una antigua viga y adornada por un resto de balaustrada y por uno ó dos peldaños de escalera que en otro tiempo eran el pórtico rústico de la casa. Las hiedras abundantes de que he hablado, que en la actualidad invadían toda la antigua vivienda, se des-

bordaban de esta galería en ruinas hasta el techo de la nueva choza. Un retoreido membrillero, algunos enebros con perlas negras, un inmenso retoño de oxiacanto, y vegetaciones saxiliares habían arraigado en una cornisa natural de la roca. Desde allí colgaban con sus ramas, muérdagos, frutos y flores sobre el techo. Cubriánle casi enteramente de hojas muertas, de hojas verdes y de oxiacanto blanco y oloroso. Me admiró ver entre estas ramas dos ó tres nidos de pajarillos de las alturas, que incubaban sus huevos mirándome desde el fondo de la sombra de las hojas, y no se movieron al acercarme, como si tuviesen por instinto el sentimiento de una confiada seguridad. Los lagartos de la pared tampoco huían.

## VII

Tiré de la cuerda de la aldaba de madera y entré en la cabaña llamando á Claudio Des Huttes. La cabaña estaba vacía. Eché una rápida mirada para juzgar de los hábitos y de las costumbres del hombre por el aspecto de su habitación. De una mirada comprendí la vida de este pobre solitario. El fondo de la choza estaba algunos pies más elevado que el piso. Era una especie de lecho

de piedra del tamaño de un hombre, ahuecado á cincel en la roca viva. El cielo de este lecho lo formaba la roca abovedada; en lugar de colchón, paja de avena mezclada con finas hierbas de las montañas, y un haz de retamas le servía de almohada. Tres ó cuatro pieles negras de carnero, arrolladas al pie de esta cama, hacían de cobertor en el invierno. Al lado de este agujero, un traje de mujer, adornado con tiras de terciopelo en las costuras, colgaba de un clavo con una pequeña cruz de oro ó de latón sobre el pecho; este traje era el único adorno de la cabaña: en la apariencia los lares de la casa.

Algo más lejos, contra la pared, de piedra, se se veía un pequeño hogar cubierto por blancas cenizas de retama. El humo que había ennegrecido en este sitio las piedras parduscas, se escapaba por el intersticio de dos bloques de granito dispuestos para este uso por la casualidad, y que se cerraba, cuando el hogar estaba apagado con un tapón de hierbas secas. El resto del piso de la cabaña estaba cubierto de una espesa capa de brezos y helechos verdes, en los cuales estaban marcados los sitios que los perros, cabras y cabritos habían hundido con su peso durante la noche.

Por toda provisión, se veían colgando de una

viga del techo mazorcas de dorado maíz, de la cosecha anterior, que los campesinos de estas montañas asan entre la ceniza; castañas mondadas ó secas en el horno, quese cuecen con leche, algunos pequeños quesos de cabra, duros como guijarros, cuya forma tienen, y un gran pan de centeno decentado, al que las manchas del moho comenzaban á cubrir de una pelusa blanca. Un cuchillo, una olla de barro para cocer las patatas y una bolsa de cuero lustroso sujeta á un mango de hierro, para sacar agua de la fuente y beber, eran el único mobiliario y los únicos utensilios de la cabaña. Miré por la puerta mi casa que brillaba en el horizonte, bañada por el sol del valle, con sus vastos muros, sus techos, sus torres, sus grandes habitaciones llenas de muebles útiles ó fútiles, con todos los servidores y todas las necesidades de una civilización insaciable en la satisfacción de deseos artificiales; y volviendo la vista al mobiliario de Claudio Des Huttes, salí diciendo:

— « ¡He aquí el resumen de las necesidades de un hombre! »

## VIII

Cerré la puerta y llamé por fuera; pero sólo la cavidad de la roca repitió el nombre de su habitante. Encaminéme entonces más á lo alto, á diferentes sitios, para descubrir al hombre y las cabras. Una senda imperceptible á cualquier otra mirada que la de un cazador, trazada por una ligera inflexión del césped bajo los pasos, y por algunos helechos de los que una ó dos frondas habían sido recientemente cortadas por el cuerno de las cabras, me guió á la vuelta de un collado rodeado de piedras grises, á unos cien pasos próximamente por encima de la cascada. Una enorme roca, parecida á la que sostuvo la antigua casa, salía de tierra como una torre gigantesca en medio de dicho collado; y hierba fina como terciopelo de seda, crecía alrededor. Di lentamente la vuelta á esta roca, cuyo vértice me parecía inabordable sin escala; luego hallé una especie de quebradura entre sus paredes, y escalones naturales y desiguales que facilitaban el acceso. Trepé por ellos para descubrir desde esta elevación todo lo que podía habitar estas cumbres y estas gargantas, en que la tierra, la piedra y

el agua parece que se esconden bajo los multiplicados pliegues del suelo. Al llegar á la cima, una pendiente suave me condujo hacia el lado del mediodía, al pie de la roca que yo creía por todas partes inaccesible. Había en esta parte un pequeño recinto de florida hierba, cercado de piedras cubiertas de musgo y colocadas unas encima de otras, á la manera de parte de jardín preservado por la casualidad en el derrumbamiento de un antiguo edificio. Al poner el pie en este recinto y recorrerlo con la vista, vi todo lo que buscaba.

## IX

Esta especie de planicie tenia la pendiente de un techo de choza para deslizar las nieves del invierno y correr las aguas de la lluvia; el sol del medio día, que la inundaba de plano, reverberaba en los prismas arenosos de las rocas graníticas de que estaba como cerrada por todas partes y esparcía desde allí sus rayos y su tibio calor, tan raro en las grandes alturas que coronan los valles. Allí se respiraba la primavera. Una nube de insectos flotaban y zumbaban en los rayos, que hacían, por decirlo así, palpables.

Conociase que otros huéspedes además del hombre habían descubierto este abrigo. Las plantas pululaban también allí al pie de las rocas: claveles rojos habían arraigado y flotaban como cerezas entreabiertas por el pico de los pájaros, sobre el musgo del muro. Agabanzos tapizaban el recinto con profusión; sus retoños alargados y flexibles, lanzaban millares de parábolas vegetales, á cuyo extremo se abría una estrella de rosas de cinco hojas que llovían sobre el césped. La hierba, aunque inculta, parecía peinada por el rastrillo. El cazador, al descubrir esta soledad en medio de la soledad, radiante y recogida, cercada y florida, quedábase en la duda de si el pedazo de tierra que tenia ante sus ojos, era un vergel, un jardín ó un santuario de muerte de una aldea abandonada adornado de flores por la piedad. Ó más bien, si era en realidad alguna cosa que participaba de las dos naturalezas; una especie de jardín fúnebre en que la vida disputaba el suelo á la muerte, ó en que viendo todo á la vez, hierba, flores, animales paciendo, pájaros cantando, y los montoncillos cubiertos de césped que parecen los pliegues del cobertor que envuelve al hombre en su último lecho, se duda entre la alegría y el placer, y se permanece contemplando en silencio sin saber si se debe gozar ó entristecerse. Tal fué la

primera impresión que produjo en mi este encantador asilo de sol, de silencio y de reposo.

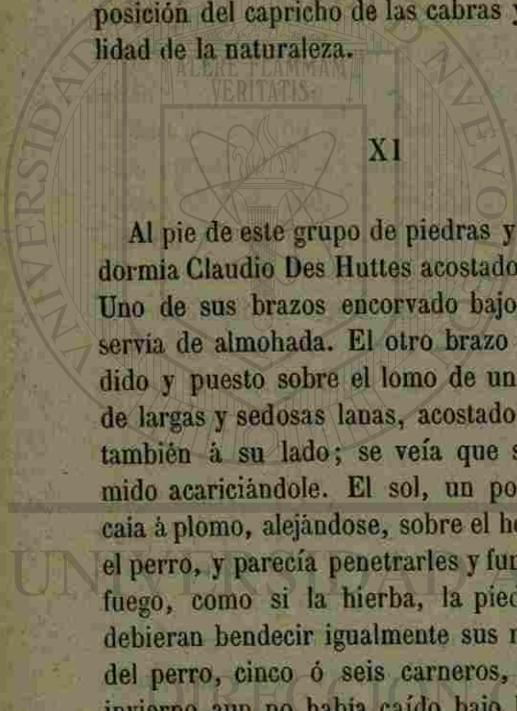
## X

Apenas había puesto el pie sobre esta hierba en flor para dar la vuelta, cuando un extraño é inexplicable espectáculo atrajo mi atención y suspendió mi comenzado paso. Á veinte ó treinta pasos de mí, tres grandes piedras de granito gris se dibujaban en la cumbre de la planicie sobre el azul del cielo: una salía de tierra como el tronco en pie de una pilastra demolida, otra estaba colocada al través y en equilibrio sobre este tronco, y la tercera puesta como un dado encima y en medio del segundo pedrusco transversal; formaban así, ya sea por azar de la naturaleza, ya por intención del constructor, una cruz maciza y rebajada, cuyas dimensiones y pesadez parecían exceder á las fuerzas del hombre. Uno de los brazos de piedra de esta cruz colgaba hacia la izquierda con tal inclinación, que parecía atestiguar en este monumento semidruídico, un juego irregular é inhábil de los elementos, más bien que una combinación de la voluntad. ¿Era esta cruz salvaje la que había atraído la atención y

agrupado á su alrededor las siete ú ocho tumbas de las chozas? ¿Eran los habitantes los que habían arrastrado en otro tiempo estos bloques para hacer con ellos la enseña de su muerte y el signo de su inmortalidad? Era imposible decirlo. Las pequeñas escamas blancas y grises de los líquenes, las manchas oscuras de la lluvia, los musgos verdes de la primavera, las germinaciones accidentales que el viento siembra con el polvo de la tierra y las plantas en las grandes rocas, tapizaban estas tres piedras de granito de toda clase de vegetaciones saxiliares y de terciopelo fino y diversamente coloreado. Unos pies de violados brezos colgaban con las flores vueltas de los brazos de la cruz; una hiedra trepadora y de ramas vigorosas se enlazaba por todas partes al tronco principal y formaba en la cúspide su coronamiento de hojas amontonadas, de ramas entrelazadas, de flores, de racimos y de espinas que recordaba la corona simbólica del suplicio sobre a frente justa del Crucificado. Dos cabras blancas como la nieve, por ese instinto que lleva á estos animales á los sitios escarpados, estaban echadas una delante de otra sobre cada uno de los brazos transversales de esta cruz; sus patas delanteras recogidas bajo el vientre y sus barbudas cabezas

se dibujaban como una cornisa antigua sobre el azul del cielo.

Recogi el cordón de mi perro contra mí, y le hice señas con la mano para que se estuviese quieto y no descompusiera esta admirable disposición del capricho de las cabras y de la casualidad de la naturaleza.


 XI

Al pie de este grupo de piedras y de animales, dormía Claudio Des Huttes acostado en la hierba. Uno de sus brazos encorvado bajo su cabeza le servía de almohada. El otro brazo estaba extendido y puesto sobre el lomo de un perro negro de largas y sedosas lanas, acostado y durmiendo también á su lado; se veía que se había dormido acariciándole. El sol, un poco templado, caía á plomo, alejándose, sobre el hombre y sobre el perro, y parecía penetrarles y fundirles con su fuego, como si la hierba, la piedra y la carne debieran bendecir igualmente sus rayos. Al lado del perro, cinco ó seis carneros, cuya lana de invierno aun no había caído bajo las tijeras del esquilador, estaban en círculo con las cabezas bajas y pegadas unas contra otras, como los

rayos de la rueda hacia el cubo, para darse recíprocamente la sombra de sus cuerpos. Una hermosa cabra manchada de blanco y negro con la ubre llena y redonda como un odre de leche, estaba echada á los pies de Claudio en actitud de reposo, de bienestar y de completa seguridad. Apoyaba perezosamente su hermosa cabeza, adornada de dos largos y lucientes cuernos, sobre el pescuezo de una tercera cabrita blanca y sin cuernos echada entre sus patas.

Las pesuñas de estos bonitos animales, lustrosas por la hierba, brillaban como guijarros negros pulimentados por el agua de un arroyo. Al ver los grandes ojos de la madre, vagos, inquietos y meditabundos como los ojos de la gacela y del gamo, parecía que pensaba. Tan pronto pasaban de su amo á su pequeñuela, del perro á los carneros, como de las rocas á la hierba. Parecía que recopilaba voluptuosamente en su mirada todo este cuadro de paz de que hacía parte. Algunos conejos ramoneaban el serpol de la planicie al lado del perro, de las cabras y del hombre, sin asustarse ni aun de mis pasos. Conocíase que Claudio había enseñado á su perro á mirarles como del rebaño. Siete ú ocho ciruelos y dos cerezos de troncos delgados y encorvados por el viento crecían á algunos pasos de allí, al abrigo de una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

hilada de pedruscos de granito más altos que el resto del recinto. Sus flores tardías, que comenzaban sin embargo á caer, llovían como copos á cada sacudimiento insensible del aire. Hacían flotar sobre el césped una sombra ligera entremezclada de claridad.

Bien sabe la naturaleza cuán frías y azotadas por los vientos son las cimas de las montañas, y no hace crecer en ellas sino arbustos de escaso follaje, cuya sombra ligera y movable no es más que un abanico estrecho y transparente sobre la haz de la tierra. Esta sombra de los ciruelos y de los cerezos en flor, no alcanzaba ni aun los pies del dormido picapedrero.

Contra los pedruscos, detrás de los citados árboles, se veían siete colmenas con un pequeño techo puntiagudo de paja, colocadas sobre otras tantas piedras que les servían de pedestal para preservarlas de la humedad durante las lluvias. Estas colmenas, llenas de abejas, zumbaban sordamente como el fuego en un bosque verde; las abejas, calentadas por el sol, salían y entraban en tumulto, volando alrededor del hombre, y hasta se posaban en sus brazos y en su frente sin picarle, pues conocían, como los animales domésticos, la mano que las alimentaba. Un enorme hormiguero se elevaba muy cerca de la cabeza

del campesino. Nunca había querido demolerle con su garrote para no destruir una ciudad laboriosamente edificada por estos pequeños arquitectos de Dios, como me lo dijo después. Legiones de lagartijas domesticadas mostraban sus bonitas cabezas entre las junturas de las piedras, ó se perseguían en la hierba escasa sin temor de pasar bajo los pies, sobre las manos y hasta por encima de los cabellos negros del hombre y sobre las patas del perro. Hubiérase dicho que un genio de dulzura y de amistad había llevado la confianza y la paz á todas las cosas y á todos los seres de esta pequeña colonia de la montaña.

## XII

Inmóvil quedé contemplando cuadro tan original. Temía ya perturbar todo aquello despertando á Claudio para interrogarle. Si hubiera podido retirarme en silencio y sin ser notado, me habría vuelto sobre mis pasos. Pero en el momento en que me volvía para ir á esperar á la puerta de su cabaña que despertara y volviera á ella el picapedrero, su perro olfateó al mío, se enderezó sobre sus patas traseras mirando al lado donde yo estaba y levantando su hocico hacia el cielo como hacen los perros de muestra ó sorprendidos

por un objeto inesperado, lanzó un ladrido de angustia y de espanto para despertar á su amo. Claudio se levantó, miró hacia mí, me reconoció y dió algunos pasos para acercarse, con visible turbación. Adelantéme yo sonriendo para tranquilizarle, y cogiéndole la mano le dije :

— Ya lo veo, Claudio; conoce usted la falta que conmigo ha cometido, y teme que venga á quejarme por haber abandonado mi cantera. Tranquilícese usted, tranquilícese en medio de su familia de cabras, corderos, lagartos, abejas y perro. Todo esto es de la misma familia que nosotros. ¿No es verdad? Yo los comprendo y amo como usted. Puesto que Dios no se ha creído demasiado grande para crearlos, nosotros no debemos creernos demasiado grandes para frecuentar su compañía.

Echóse el perro, la cabra no se levantó de su sitio en la hierba, los corderos continuaron baltando con la cabeza entre sus patas, las lagartijas corriendo y las abejas zumbando. Nos sentamos al sol uno en frente de otro, él en su montículo, yo en el mío, la cabeza al aire libre, los pies en la hierba de algún surco de tumba cerrada y olvidada bajo este verde sudario de musgo embalsamado de flores, y hablamos como yo deseaba.

## CAPÍTULO IV

Yo. — Dígame usted, Claudio, ¿por qué dejó mi trabajo? ¿Ha estado usted enfermo, ó se le han roto las herramientas, ó ha encontrado la cantera demasiado áspera y las losas muy friables al martillo?

Él. — No señor, no he estado enfermo ni he rotó mis herramientas; la cantera es buena y la piedra sana; no obstante, no me atrevo á decir á usted por qué me he marchado de tan mala manera, como un ladrón, sin dar las gracias, sin avisar, sin pedir mi cuenta, puesto que conozco mi falta y nunca podría encontrar razones para disculparla. Pero usted me perdonará si le he causado molestia: no era ésta mi voluntad. Al contrario, yo hubiera querido hacer á usted algún servicio si de ello era capaz; porque á su madre de usted se la quería mucho en la montaña, y en las veladas aun se habla de ella.

Yo. — Pues bien: en nombre de mi madre,

le pregunto por qué no quiere trabajar para mí. Veamos, tenga usted valor; las almas de los hombres son campanas de un mismo timbre. En lo alto ó al pie de las montañas suenan de la misma manera. Lo que es justo para usted lo será para mí. Hábleme usted como hablaría á Dios. ¿Qué razón ha tenido usted para marcharse dejándome la obra sin hacer?

ÉL. — Pues bien, señor, hela aquí. Yo me he dicho: «Claudio, tú no quieres trabajar por dinero; éste es tu secreto, éste es tu ideal; nadie tiene que ver con eso, ¿no es verdad? Tú trabajas para los pobres cuando no tienen quien les haga sus obras. En este momento no hay pobres que te llamen para prestarles tus servicios; trabaja para el señor del castillo, no tomarás de él más que la comida; está bien.» Y he trabajado alegremente durante cinco días; las piedras están al borde de la cantera, puede usted verlas. Pero á pesar de esto, no me encontraba con el espíritu tranquilo al hacer la obra; alguna cosa me reprochaba á mí mismo; no sabía qué, cuando al sexto día, desayunándome sentado sobre mi piedra, se me ocurrió de pronto una idea y me dije: «Tú haces la obra barata para esta casa que es rica: muy bien para ella y para ti que no tienes sino tu perro que mantener; pero hay en la comarca,

en las aldeas del otro lado de la montaña, picapedreros que tienen padre, madre, mujer é hijos á quien dar casa, calentar, vestir, alimentar y criar con el importe de sus jornales. ¿Quién los emplea? los ricos. Luego si tú trabajas sin salario para los ricos, ¿quién dará trabajo á los pobres obreros de tu oficio, hijos ó padres de familia? Y si no trabajan, ¿quién alimentará á sus hijos? Creyendo obrar bien eres un ladrón del pan y de la vida de tus camaradas.» Esta idea me hirió como una piedra que me hubieran lanzado á la cabeza. Arroqué mi pedazo de pan, puse mi *pico*, *piqueta* y *cincel* en mi saco y huí de la casa como si hubiera cometido una mala acción. ¿He hecho mal, señor, en pensar en mis pobres camaradas casados? ¿No era su pan el que yo comía?

Yo. — No, Claudio, no ha hecho usted mal; razona usted con rectitud; es usted justo y yo le perdono de muy buena gana. Pero dígame usted, ¿qué es lo que ha iluminado tanto su razón y ha hecho su conciencia tan delicada, que sus deberes de justicia y de caridad hacia el prójimo le obligan en su interés hacia los demás á pensar antes en ellos que en usted?

ÉL. — No lo sé, señor; creo que es Dios el que me ha hecho así.

Yo. — ¿Ha estudiado usted en su infancia y

aprendido su religión con algún cura de las inmediaciones, pariente de su familia, ó en algún seminario, y por lo cual esas ideas sobre Dios, sobre el prójimo y sobre la perfección cristiana han quedado en el fondo de su alma para desenvolverse en prácticas de caridad?

ÉL. — No señor, no he estudiado nunca ni con un cura ni en un seminario. Mi padre y mi madre eran demasiado pobres para eso. Por otra parte, cuando yo estaba en edad de aprender, no había ni curas en las parroquias de estos alrededores ni campanas en los campanarios. No he aprendido más religión que las tres ó cuatro oraciones que mi madre sabía de memoria y que nos hacía repetir al lado de ella cuando se apagaba el fuego en nuestra cabaña. Ni siquiera sé leer ni escribir, y hago mis cuentas con pedazos de paja ó chinitas.

Yo. — Pero entonces, ¿cómo se han formado solos esos sentimientos de usted?

ÉL. — ¿Acaso se está solo, señor, cuando se tiene á Dios siempre presente, por encima de sí y delante de sí? Yo no me he sentido jamás solo en mi vida.

Yo. — Tiene usted razón. Pero ¿cómo se ha educado usted á si mismo y se ha acostumbrado á esa presencia de Dios, que puebla para usted

el desierto, y conversa con él como con un amigo invisible?

ÉL. — No lo sé tampoco, señor; creo que es una bondad que ha tenido conmigo, viendo que estaba destinado á vivir tan alto, aquí, sin mujer, ni hijos, sin padre ni madre, el venir á visitarme con más frecuencia y más de cerca que á otros para consolarme y para impedir que me aburra de la vida.

Yo. — ¿No se fastidia usted en este retiro en medio de las nieblas, de las nieves y de los grandes vientos, del silencio y de la soledad?

ÉL. — ¡Oh! no señor; nunca me fastidio. ¿Puede uno fastidiarse en la compañía de aquel que lo sabe todo, que lo dice todo, que escucha todo lo que tenemos que decirle, y que nunca se cansa de oírnos y de respondernos en el corazón?

Yo. — No; pero se necesita una gran concentración de espíritu unida á una gran elevación de alma para no distraerse en esta conversación interior con Dios, para no ensordecirse con los ruidos del mundo y verse arrastrado en una corriente de pensamientos menos elevados. En una palabra, hay que estar dotado de un sentido particular, de un sentido que es particular á todos los hombres, pero que no se desenvuelve en todos con igual medida; de un sentido más intelectual

y más divino que los demás sentidos, el sentido del infinito, el sentido de Dios mejor dicho, mi pobre Claudio. Parece que usted tiene en un grado superior este sentido de Dios, el don de los dones, la soberana inteligencia en el sabio ó en el ignorante, la soberana riqueza en el rico ó en el pobre, la soberana felicidad en el hombre feliz ó en el hombre desgraciado. Me lo figuraba al ver á usted y al oír hablar de usted el otro día. Yo parezco al mundo más instruido y más grande que usted; pero yo respeto á usted, le envidio y le admiro, y por escuchar ese sentido superior en boca de un artesano, me he dicho: «Subamos allá arriba; Dios se revela en ocasiones en las breñas; encuéntrase siempre más paz, más luz y más serenidad á medida que se separa uno de los valles en que hormiguean los hombres y se eleva á las alturas donde cesa ese ruido.»

ÉL. — ¡Ah, señor, está usted equivocado! yo no tengo ni una sola palabra en mi lengua. Algunas veces, bien al contrario, permanezco una semana entera sin decir nada; Dios habría hecho muy bien haciéndome mudo, porque excepto para llamar á mis cabras, á mis corderos y á mi perro por sus nombres, jamás he sentido deseos de hablar.

Yo. — Hay almas tan llenas de pensamientos

y de sentimientos que no pueden divulgarlos. Acaso la de usted sea así.

ÉL. — ¡Oh! no lo creo, señor; no digo nada, porque nada tengo que decir. Por esto también no bajo á vivir con los demás allá abajo. Yo me digo: «¿qué vas tú á hacer allá abajo? No sabes responder, ni aun cuando los muchachos te miran trabajar y te preguntan el nombre de tus herramientas.»

Yo. — Pero entonces ¿alguna cosa habla en usted cuando guarda ese silencio? Pues Dios ha dado á toda alma el deseo de comunicarse, el deseo de escuchar ó de responder, como ha dado al aire, al agua, á la llama, el deseo de alimentarse y de esparcirse, á menos de extinguirse ó de perecer.

ÉL. — Es verdad, señor; hay aquí alguno que respira, que se mueve, que corre, que bulle, que conversa sin darme cuenta, constantemente conmigo. Lo siento, lo oigo muy bien, y algunas veces le respondo con el corazón. Pero es una palabra sin voz, que se comprende sin haber ido á la escuela, y que se lee sin haber aprendido á leer en los libros. Es sorda y confusa como el ruido del agua profunda, que se oye desde aquí sin verla, en el pozo del abismo, y por consiguiente esto acompaña y consuela como una mu-

jer ó como un amigo en la noche y en el rincón del hogar. Sin esta conversación, ¿no habría yo muerto ya desde hace tantos años que...?

Detúvose Claudio y suspiró, dirigiendo involuntariamente una mirada hacia uno de aquellos montículos verdes que habian llamado mi atención á la entrada en el recinto. Comprendí que allí había un pensamiento bajo la hierba y que Claudio temía tocar á él delante de mí. No quise violentar su misterio desde el primer día, y afecté no haber notado su interrupción ni sorprendido su suspiro.

Yo. — ¿Y de qué le habla á usted ordinariamente ese murmullo que le conversa cuando está solo?

ÉL. — Hablamos de todo lo que veo en la tierra, señor, y allá arriba, añadió mostrando con un gesto el campo de estrellas sobre nuestras cabezas; hablamos sobre todo de él.

Yo. — ¿Quién es él?

ÉL. — Dios, señor.

Yo. — Pero si jamás ha ido usted á la escuela ni á la doctrina, ni le han enseñado á usted nada en su infancia, ni ha leído nada en los libros que hablan de Dios, ¿cómo sabe usted que existe un Dios solo?

ÉL. — ¡Ah, señor! en primer lugar, mi ma-

dre me lo dijo muchas veces y después, cuando he sido mayor, he conocido á buenas almas que me han llevado á las casas de oración en las cuales se reúnen para adorarle y servirle en común, y para oír las palabras que ha encargado á los santos revelen á los hombres en su nombre. Pero aun cuando mi madre no me hubiera dicho nada de él, y aun cuando yo no hubiera oído jamás al catecismo enseñado en las parroquias, al dar la vuelta por Francia, ¿acaso no hay un catecismo en todo lo que nos rodea, que enseña á los ojos y al alma de los más ignorantes? ¿Por ventura necesita su nombre de las letras del alfabeto para ser leído? ¿Acaso su idea no entra en nuestros ojos con el primer rayo de luz, en nuestro espíritu con nuestra primera reflexión, en nuestro corazón con el primer latido? No sé como estarán hechos los demás hombres, señor, pero en cuanto á mí, no podría ver, no digo una estrella, sino una hormiga, una hoja, un grano de arena sin decirle: «¿quién es el que te ha hecho?»

Yo. — Y se responde usted: «Dios.»

ÉL. — Naturalmente, señor; esto no se puede hacer por sí solo, porque antes de hacer una cosa es necesario existir; ¿no es verdad? Y antes de existir, esto no existía; luego no se puede

hacer. Esto no tiene más fin que éste. Al menos, de este modo es como yo me he explicado estas cosas; usted sabrá otras maneras más científicas para darse de ellas cuenta.

Yo. — No, todas las maneras de expresarlo coinciden con la de usted. Se puede decir con más palabras, pero no con más sentido. Efectos sin causa; una cadena inmensa que subiría y bajaría hasta el infinito, de las elevaciones á las profundidades del espacio, que llevaría mundos y mundos suspendidos en todos sentidos de sus innumerables anillos, y que no tuviera primer eslabón. He aquí los mundos sin Dios, mi pobre Claudio. Una oscuridad que no querría usted para su perro temiendo agitar el instinto de un animal, ¿no es así? Los que no ven á Dios no me han parecido nunca hombres. Son á mis ojos, seres de otra especie, nacidos para contradecir la creación; para decir no, donde la naturaleza entera dice sí; sombras intelectuales que Dios ha creado en la forma humana, para hacer resaltar mejor el esplendor de su evidencia por el absurdo general de esos seres. No me escandalizan, me entristecen; no les odio, les compadezco; son ciegos del alma; Dios les volverá la vista.

ÉL. — Pero ¿hay hombres como esos?

Yo. — Eso se dice; yo nunca lo he creído.

Sin embargo, ¿no ha oído usted hablar nunca de hombres que viven, cuya piel está muerta; que ni sienten el calor, ni el frío, ni el agua, ni el fuego, ni las mil impresiones del aire, que hacen tiritar ó dilatarse la piel en nosotros?

ÉL. — Sí, los desgraciados que se llaman *ladres* (leprosos) en nuestras montañas.

Yo. — Pues bien, puesto que hay de estos hombres que no han recibido el sentido del tacto en el exterior, hay que creer que habrá también quien no haya recibido el sentido del razonamiento y del sentimiento en el interior. Los que no vean á Dios, si existen, serán los *ladres* del espíritu.

ÉL. — Dios es demasiado bueno para dejarles en ese estado.

Yo. — ¿Cómo sabe usted que Dios es bueno?

ÉL. — Porque nosotros amamos lo que es bueno, y porque si Dios no fuera bueno, no podríamos evitar el aborrecerle. Dígame usted, señor, que lo entiende mejor que yo: ¿qué sería una creación en que la criatura no pudiera evitar el aborrecer á su creador? Sería un contrasentido. La criatura amaría por naturaleza lo bueno, y el creador, que la había hecho para subir hasta él y para amarle, sería el mal. Ve usted perfectamente que esto sería el mundo puesto del re-

vés y las ideas enredadas en la cabeza. No se detiene uno aquí ciertamente, excepto en algún momento, cuando se sufre demasiado, cuando se pierde la justicia y la esperanza en él. Pero entonces es un grito que se escapa de los labios, detrás del cual el alma corre veloz para volverle á recoger antes que le haya oído Dios.

Y luego, señor, el que es inmenso en todo ¿no es la justicia y la bondad inmensas por naturaleza? ¿Y ya que ha puesto en nosotros, que salimos de él y que no somos sino sus lejanas y oscuras imágenes, la justicia y la bondad como cosas que queremos á pesar nuestro, no es esto prueba de que él las posee en sí mismo en grado inconmesurable? ¿No es una necesidad que sea infinitamente bueno, pues que quiere ser infinitamente amado por todo lo que sale de sus manos. He aquí, al menos, lo que yo me digo algunas veces, cuando la vida es dura y estoy triste. Pero no tengo con frecuencia necesidad de razonar así; le veo muy bien, le siento perfectamente bien, le toco, sí, me atrevo á decir, demasiado cerca en mi corazón, para hacerle el ultraje y la ingratitud de creerle malo. Piense usted un poco, señor, lo que sería, si yo, vil gusano de la tierra, fuese bueno y Dios fuese malo. ¡El reflejo sería de fuego y el sol sería de

hielo! Verdaderamente me avergüenzo de algunos compañeros que me han dicho en ocasiones estas tonterías.

Yo. — De modo que siente usted en sí un amor inmenso y agradecido hacia Dios.

ÉL. — ¡Ah! señor, no tanto como yo quisiera, ni tanto como debiera. No tengo instrucción para comprender las perfecciones de este padre invisible y para sumergirme en las profundidades de sus bondades. Lo veo todo buena-mente como una de esas piedras toscas y negras que se caldean al sol, mientras los rayos de éste caen sobre ellas. Si yo fuera uno de esos espejos que he visto brillar en el fondo de las habitaciones del castillo de usted, me enardecería por más tiempo, es decir, amaría mucho más. El amor debe ser en proporción al genio. Yo soy un pobre hombre y no puedo admirarme como un sabio.

Yo. — ¿Y cómo así?

ÉL. — Él me ha creado.

Yo. — ¿Pero eso no le ha costado nada?

ÉL. — Le ha costado desearlo. ¡Desearlo Dios, señor! ¿Hemos pensado nunca en esto? En cuanto á mi, he reflexionado en ello á menudo y me vuelvo orgulloso como un dios en mi humildad y grande como el mundo en mi pequeñez.

¡Una idea de Dios! Pero esto vale tanto como si me hubiera dado todo el universo. Porque, en fin, señor, aunque soy muy poca cosa, para crearme ha necesitado primero pensar en mí, que no existía aún; que me viese de lejos, que me diese á luz, que me reservase mi pequeño espacio, mi pequeño momento, mi pequeño peso, mi pequeño papel, mi nacimiento, mi vida, mi muerte, y lo conozco señor, mi inmortalidad. ¡Qué! ¿No es nada esto, señor? ¿Haber ocupado el pensamiento de Dios y haberle ocupado bastante para que se dignase crearnos?... ¡Ah! Lo repito, nada como esto, señor, nada como esto; cuando pienso en ello me confundo en el amor de Dios.

Detúvose como fatigado de entusiasmo y descansó la cabeza entre sus dos grandes manos para reflexionar. Sus ojos estaban húmedos cuando los abrió. Yo mismo estaba confundido escuchándole, viendo que un pensamiento fuerte y justo, aunque tan sencillo, daba expresiones á un ignorante, que yo, hombre de palabra ejercitada, habría tenido gran trabajo en encontrar más expresivas y conmovedoras.

Yo. — ¿Pero qué idea tiene usted de ese Dios que ama tanto, mi pobre Claudio?

Él. — ¡Ah, señor! pienso en él, pienso en

él y pienso desde que estoy en el mundo, y nunca he podido satisfacerme con la menor sombra de idea. Mi débil imaginación se ha ensanchado en mi cabeza, como queriendo quebrar las murallas de mi frente para salir de su prisión y para extenderse en la medida de los mundos enteros, pero á nada he arivado. Todo esto no mide ni un grano de polvo de su grandeza, ni un minuto de su duración, ni una gota de agua del mar de sus perfecciones; pesa como cien mil montañas de este granito sobre el ala de uno de esos mosquitos; da vértigo al alma de un pobre hombre; lo daría á las almas reunidas de todas las criaturas que han vivido, que viven ó que vivirán en la eternidad.

No hay que pensar solamente en formarse una idea, señor. Una idea de Dios; si la tuviéramos seríamos Dios mismo. Una imagen, no digo que no; yo me he formado algunas veces millares de imágenes, tan pronto unas como otras, que me contentan durante un pequeño momento y que me consuelan el alma como una tabla que alivia por un instante á un hombre que se ahoga en el Océano; pero esto no sostiene largo tiempo, se hunde como todo lo demás y el alma se ahoga eternamente en esta contemplación.

Yo. — ¿Y qué imágenes se le presentan á usted con más frecuencia, Claudio?

ÉL. — ¡Bah! señor, más fácilmente se contarían los granos de polvo que mi martillo hace saltar, durante todo un día de verano, de la piedra, y que el viento me lanza hacia los ojos. Unas veces le veo, como un cielo sin fin, sembrado de ojos por todas partes, que envuelve los mundos y que ensanchándose á proporción que se le mira más, parece constantemente vacío, aunque siempre lleno. Otras veces, le veo como un mar sin orillas, de donde salen una infinidad de islas y tierras. En ocasiones, como un gigante que se carga montañas, mares, soles, mundos amontonados unos sobre otros y que no siente su peso. Ora como un cuadrante marcado con cifras de soles en el cielo y cuya manecilla sin fin se prolonga, se prolonga, se prolonga siempre en vano hacia los extremos de este cuadrante sin encontrarlos jamás. Á veces le veo, como un ojo infinito, como usted dice, abierto más ancho que el cielo sobre sus obras, que mira ensanchándose para abarcarlas á medida que las crea. Otras, como una mano desmesurada que nos lleva á todos y que nos aproxima á su mirada para alumbrarnos, y á su aliento para calentarnos. Otras, como un corazón que late en todas sus obras desde la más

grande hasta la más pequeña. En fin, ¿qué diré á usted, señor? Aun cuando yo contase estas tonterías de la ignorancia de un pobre hombre hasta el fin de nuestras vidas, serían siempre, no serían más que tonterías como la sombra del ala de un pájaro en el sol, como el fuego de los gusanos de luz en la noche. Esto no es decir nada, lo siento como usted. Así no me detengo en ello más que un minuto. No hay más que una cosa que me contenta un poco, y es tan tonta, que no me atrevo á decirsela á usted.

Yo. — Continúe usted, mi pobre Claudio, no tenemos más talento unos que otros ante lo imposible de concebir y ante lo imposible de expresar.

ÉL. — Pues bien, señor, diré á usted. Me acuesto en verano á medio día, en la hierba ó en la arena, de espaldas, con los ojos á medio cerrar, vueltos hacia los rayos que caen del cielo sobre mi rostro; y me bañan así los ojos y como el alma, al través de los párpados, con su deslumbramiento de rayos rosados como las hojas del agabanzo. Este deslumbramiento corre, ilumina, calienta hasta el fondo del corazón, como si se estuviera sumergido en un lago de luz que penetrase en los miembros, en las venas y hasta en el espíritu. Entonces, ~~señor~~ me figuro que

BIBLIOTECA UNIV. DE MONTERREY

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

estos rayos, este deslumbramiento, estos calores, son el mar de Dios, en el cual nado y por el que soy deliciosamente llevado al través del espacio, ligero y transparente como el aire, hasta no sé dónde... Me disgusta siempre, cuando abro los ojos y no veo sino el sol. Creo que esto era él y tengo deseos de llorar por haber perdido su sentimiento. Pero voy á hacer reír á usted, señor. ¿Qué quiere usted? Somos todos niños cuando buscamos á nuestro padre. Ocúltase demasiado alto para nuestras manos y para nuestra vista. Todos balbuceamos llamándole y buscándole, y nunca abrazamos sino su fantasma. No importa, continuó, dirigiendo una mirada hacia el verde montículo en el cual estaba yo sentado; engañarse aun es amar, ¿no es verdad?

Yo. — Si, Claudio. Nosotros no podemos alcanzar sino hasta donde llegan nuestras manos; no podemos comprender sino en la medida de nuestra inteligencia. Dios quiere que usted y yo no conozcamos la distancia, que nada puede medir, que hay entre él y nosotros. Cada vez que tratamos de llenar esta distancia con nuestros sueños ó con nuestras imágenes, la llenamos con nuestras tonterías, con nuestras audacias ó con nuestros idolos. Debe bastarnos sentirle, esperarle y amarle. En cuanto á comprenderle, el sol

mismo, si el sol es la inteligencia del cielo, se extinguiría.

ÉL. — Bien dicho, señor, el sol se extinguiría en él. ¿Qué sería de nosotros? Contentémonos con hacer su voluntad durante los breves instantes que vivimos en la tierra.

Yo. — ¿Pero, cómo, Claudio, tiene usted la seguridad de que hace la voluntad de Dios?

ÉL. — ¡Ah! señor, eso es diferente; no sé nada pero estoy seguro de ello.

Yo. — Pero repito, ¿cómo está usted seguro?

ÉL. — ¿Cómo, señor? Porque tengo aquí, en el pecho y no en la cabeza..... la cabeza tiene vértigos, la cabeza *canta*, como decimos nosotros, pero el corazón no se vuelve jamás y la conciencia no canta, no se retracta..... Porque tengo aquí (y se daba en su pecho) un corazón y una conciencia que tienen dos voces sordas pero claras, que me dicen : « Éste es el bien, éste es el mal, esto es lo justo, esto es lo injusto, esto es lo bueno, esto es lo malo; » ¡y lo que es bien, lo que es bueno, lo que es justo, es la voluntad de Dios!

Yo. — ¿Y qué sabe usted? una vez más.

ÉL. — Se lo repito, señor, no necesito saberlo, puesto que lo siento. Cuando me hiego con mi martillo y mi carne se abre y echa sangre, no necesito

probarme que me he hecho mal, ¿no es verdad? Lo siento; pues bien, de la misma manera, cuando hago daño á mi alma, no siguiendo la voluntad de Dios, no necesito saberlo, lo siento tan fuerte, y mi alma grita y sangra en mí, como mi carne bajo mi martillo. Lo que se siente, señor, es mucho más seguro que lo que se sabe. El hombre es el que se hace sus razonamientos; pero Dios es el que nos hace los sentimientos. Un sentimiento, señor, es un razonamiento ya hecho. Un caballero como usted me lo dijo bien claro un día. « El hombre piensa, me dijo, pero la naturaleza siente. Desconfía de tus pensamientos, pero cree firmemente en tus sentimientos; pues la naturaleza sabe más que tú y que yo. Ha oído á Dios antes que nosotros y más de cerca que nosotros. »

Yo. — Tenía razón ese caballero; ¿le cuesta á usted trabajo, Claudio, cumplir tanto como puede con la voluntad de Dios?

ÉL. — Al contrario, señor, es el paraíso sobre la tierra para mí.

Yo. — ¿Y en qué consiste para usted esta voluntad?

ÉL. — En amar todo lo que ha hecho, señor, á fin de amarle en sus obras y en servir á todos para servirle también en todo el mundo.

Yo. — Pero amarlo todo y servir á todos á fin de

amar y servir al autor de todo, es algunas veces muy difícil; porque al fin hay muchas personas y cosas á quienes es difícil amar y se encuentra uno más inclinado á servirse á sí mismo que á servir á los demás.

ÉL. — Muchas veces me han dicho eso allá abajo en los pueblos y en las aldeas; debe ser verdad y no es por vanagloriarme, pero esté usted seguro que no lo he comprendido jamás.

Yo. — ¿Cómo, Claudio, nunca le ha sido á usted penoso amar á todo el mundo y sacrificarse como otro Cristo por todo el mundo? ¿Es usted pues, un abismo de abnegación?

ÉL. — ¡Yo, señor! ¡Ah! No soy más que el último de los últimos entre todos. Lo conozco perfectamente y me oculto lo que puedo aquí, con mis pobres animales para no dar vergüenza por mi pobreza de espíritu á mis semejantes en el país, pero en cuanto á costarme trabajo el amar, mentiría si lo dijese. Parece que Dios que me ha rehusado el talento y tantas otras cosas, añadió con un suspiro mal comprimido, me ha hecho la gracia de darme por este lado lo que me ha quitado por los otros. Pero jamás he sentido contra mi prójimo de todas especies ningún odio.

Yo. — ¿Qué entiende usted por su prójimo de todas especies?

ÉL. — Yo me entiendo, señor; quiero decir los hombres, las cosas, los animales y hasta los árboles y las plantas; todo lo que es nuestro pariente de cuerpo ó de alma; en fin, señor, aquí abajo, todo lo que está inmediato á nosotros, todo lo que habita ó todo lo que compone este mundo en que Dios nos ha puesto, como yo he puesto estos animales en este cercado para que vivan en paz y en amistad á mi alrededor.

Yo. — ¿Ama usted todo esto?

ÉL. — ¡Ah! Amaría otras muchas cosas si conociese más. No sé como Dios me ha hecho el corazón, señor, pero siempre está lleno, y sin embargo, siempre está vacío.

Yo. — Quiere usted decir que es infinito.

ÉL. — Tal vez, señor, esto quiera decir lo que usted llama así; sea lo que quiera, nada lo ha podido llenar. Aunque Dios arrojara más mundos para hacérmelos amar, creo que aun tendria sitio para contenerlos y para amar á los demás. ¡Ah! De todas las gracias que Dios ha hecho, sobre todo á nosotros los pobres que estamos solos, la mayor es esta inclinación á amarlo todo. Es como una fuente caliente que corre siempre del corazón, y que después de haber regado aquí va á regar más allá, y que no deja nunca de correr. Esta es la cualidad de Dios, que las buenas

almas llaman misericordia, señor. Misericordia para los afligidos, para los culpables, para los pobres, para los ricos, para los viejos, para las viudas, para los niños, para los hombres, para los animales, para las plantas, para la tierra misma y para las estrellas del cielo, si estos elementos tienen una sensibilidad sorda ó inteligente, y si todo esto siente, se queja y sufre á su manera como nosotros. ¡Ah! señor, yo creo de corazón que en esto es en lo que Dios manda é inspira más á los hombres. Porque sin esta misericordia de unos por otros; ¿qué vendria á ser de todos en una tierra tan llena de aflicciones.

Yo. — Dios me libre de contradecir á usted, Claudio, usted ve que en todas las religiones, las más santas y divinas victimas son las que han sentido más esta misericordia, que no es otra cosa que la ternura, el amor á nuestros semejantes, y que hasta se han sacrificado para rescatar una verdad ó una virtud al género humano. Lo más generoso que hay en el corazón del hombre, es la piedad, Claudio. Llorar por los sufrimientos de otros, es sufrir por males que podríamos dejar de mirar. Después de su sangre, lo que el hombre puede dar de más es una lágrima. ¿No es ésta una gota de su propio corazón, que derrama sobre el corazón de otro

para curarle? La misericordia de que usted habla, es la más hermosa forma del amor : pues hay un amor que nos busca para vivir con uno el amor de los sentidos; pero hay un amor que nos persigue para sufrir con nosotros y para participar de nuestras penas : hermosa inclinación la de este amor, pero hace padecer mucho á los que han sido dotados con ella.

ÉL. — Verdad es, señor, pero también hace gozar. En cuanto á mi, esta amistad que siempre he sentido por los que sufren, me ha hecho acostar muchas veces tarde y levantarme antes del día. Yo me digo : tú estás tranquilo y abrigado en tu casa con tu perro y tus cabras. Tienes pan en la tabla y hierba en la montaña ó en el pesebre con que puedan pacer tus animales : tu techo, aunque sea de retamas, está bien preparado contra la lluvia y la nieve. Tú no tienes cuidados por tu mujer ó hijos; pero hay un individuo cuyas tejas se han aplastado bajo su techo hundido, y su cama y la cuna de sus hijos están expuestas á todos los vientos. Hay una pobre viuda cuya casa se ha quemado la semana pasada y que no tiene más que una pieza de cobre para pagar al cantero, al albañil y al techador para hacerse un abrigo; hay un viejecito que ya no tiene á su hijo para cavarle su trozo de tierra; hay tres

huérfanos que no tienen padre ni madre que les siegue su centeno ó que les recoja sus castañas; aquí la chimenea de uno que está caída; allí la puerta, más allá el canalón, allí la escalera, allá la ventana de ésta ó de aquélla que se ha desplomado y que les obliga á acudir en vano al picapedrero, por no tener dinero hasta el año próximo para pagar sus jornales. ¿Qué van á hacer en el invierno que adelanta? ¿Quién acudirá en su socorro por amor de Dios? Vamos, á mí me corresponde. Démonos un poco de trabajo para ayudarles. Sacaré la piedra para éste, labraré una jamba para aquél, recompondré los escalones al otro, reemplazaré las vigas y las tejas del de más allá, cavaré la viña de este vecino enfermo, cortaré la cebada de esta viejecita ciega, cederé la cabra á esa pobre nodriza cuya vaca se cayó en el barrancoo y que no tiene leche para criar á sus hijos. Lo poco que yo puedo hacer por ellos les aliviará el corazón; tendrán menos penas en su casa, dormirán esta noche, comerán esta tarde y se acostarán bajo techo antes del invierno. »

Y voy señor, y sólo el verme trabajar sin decirles nada, les consuela y les alegra, vienen á verme trabajar y se sientan al lado de la cantera. Los niños juegan con mi herramienta ó con mi

perro cuando ha venido conmigo. Piensan : « la Providencia no nos ha abandonado : Claudio ha sabido nuestras desgracias; el pobre muchacho no puede gran cosa, pero hace lo que puede hacer. » Esto les alegra el corazón al ver que un vecino toma parte en su desgracia. Y á mí, señor, la idea de que les alivio, hace que el martillo sea más ligero en mi mano; y por la tarde cuando llego aquí, ya de noche, me digo : « Claudio, ¿que has ganado hoy? » y me respondo : « He ganado un buen jornal, porque las pobres gentes me lo pagan en amistad, mi corazón me lo paga en satisfacción, y Dios me lo pagará en misericordia. » ¿No es verdad, señor, que vale esto más que una moneda, que á ellos les costaría trabajo darme y á mí de recibirla? « Habrá, me digo al dormirme, una pena menos esta noche en los carcerios. »

Yo. — ¿Y eso hace á usted feliz sintiendo haber cumplido con lo que nos mando Aquel que nos dice que nos ayudemos mutuamente?

ÉL. — ¡Ah, señor! no he merecido nada por esto, puesto que es un placer que me he hecho á mí mismo. Ya se lo he dicho á usted, no puedo ver sufrir á quien quiera que sea sin que se me oprima el corazón y sin sentir deseos de hacer la felicidad de todo el que está á mi alrededor.

Me parece que todos los hombres son uno solo, señor, y que son por consiguiente un pedazo de mi propia carne, como yo soy un pedazo de la suya. Creo que á esto es á lo que se llama amor, ¿no es verdad?

Yo. — Sí, precisamente y en la acepción más pura y divina de la palabra.

ÉL. — ¡Oh! si esto es así, señor, no sé si he de envanecerme ó humillarme, pero lo siento por dos.

Yo. — Y por ciento, mi pobre Claudio. Debía usted dar un poco á los que tienen frío en el corazón.

ÉL. — Pero puede ser también que tenga demasiado y que no sea bueno amar tanto lo que amo casi tanto como á mi prójimo.

Yo. — ¿Y qué es lo que ama usted tanto después de Dios y los hombres, que nosotros no sabríamos amar bastante?

ÉL. — Nunca me atreveré á decirselo á usted, y sin embargo es así.

Yo. Así es. Amar demasiado, raras veces es un mal ante Dios. No hay vaso bastante lleno cuando no rebosan algunas gotas.

ÉL. — Pues bien, señor, sí; cuando he amado y he servido, según mis fuerzas, á Dios y á los hombres, ¿me atreveré á confesárselo á usted?

siento una ternura incomprensible, pero una ternura que no puedo vencer, por todo el resto de la creación, sobre todo, por todas esas criaturas animadas de otra especie que viven á nuestro lado en la tierra, que ven el mismo sol, que respiran el mismo aire, que beben la misma agua y que están formadas de la misma carne aunque bajo otras formas, y que parecen verdaderamente miembros menos perfectos, menos bien dotados por nuestro padre común, pero al fin miembros de la gran familia de Dios. Refierome á esos animales, esos perros fieles y tan buenos servidores que no dejarían jamás al amo indigente que sirven, ni aun por comodidades mil veces superiores; á estas cabras, á estos cabritos, á estas ovejas que todas las noches suben hasta la cresta de esta roca para verme venir desde más lejos á la choza, que me llaman como si comprendieran que sus balidos apresuraran mis pasos, y que se lanzan para acariciarme tan pronto como he atravesado los campos cultivados y que entro en los chaparrales donde les permito pacer y saltar con libertad; á estos pájaros que me han visto cuando eran tan pequeños, sin pluma, respetar sus nidos y desmigajar mi pan para que las madres lo subieran al alcance de su pico; á estas abejas á las que dejo su alimento de invierno y á

las que no quito sino algún poco de miel para los enfermos; á estos lagartos á los que el ruido de la piedra sonando á los golpes del martillo como una campana atrae al sol todo el día á mi alrededor y que no aplasto nunca con mis pies; en fin, á todos los más pequeños insectos habitantes de las hojas, de las piedras ó de las hierbas, á los que nunca hago mal porque veo en ellos la obra de Dios que no nos es permitido romper en vano.

Esto le hace á usted reír, señor, ¡pero si viera usted cuando estamos solos cómo nos hablamos y cómo nos comprendemos con la voz y la mirada! ¡Cómo esas cabras echadas á mis pies cruzan sus miradas profundas y pensativas con las mías! ¡Cómo este perro es á la vez cariñoso y severo para ellas, vigilándolas durante mi ausencia y gruñéndolas sin hacerlas daño para evitar que traspasen la pared del recinto! ¡Cómo estas abejas me acarician el rostro y las manos con sus patas de terciopelo, sin picarme jamás cuando toco á sus enjambres ó cuando los domingos me acuesto en la hierba de su mesa así como estamos ahora! ¡Cómo estos conejos siguen por la tarde al perro que les lleva á la choza! ¡Cómo estas lagartijas se mueven contentas hasta en mis brazos y mi cuello y levantan sus cabecitas hacia

mis ojos, para ver si me enfado cuando se comen mi pan! ¡Si oyera usted nuestra conversación por la noche en la choza, cuando el perro, los cabritos y los corderos juegan amigablemente entre sí y conmigo para divertirnos juntos! ¡Si viera usted sus cabezas confiadas apoyadas unas al lado de otras en mis rodillas, y esos ojos que expresan tantas cosas, no dichas, pero comprendidas por los míos! ¡Ah! yo le aseguro, señor, que no podría usted hacer otra cosa sino amar también á estos pobres animales: porque el amor hace el amor, señor, venga de muy arriba ó de muy abajo. ¿No permite Dios que le amemos, señor? ¿Acaso están más lejos mis cabras de mí que yo de Dios?

Y luego aun cuando se me dijera que es necio amar á los animales de Dios y hacerles dichosos en su pobre condición, esta inclinación mia puede más que yo; no podría evitarla. El corazón es como el agua, corre por donde quiere.

Pero no es ésta mi única implicidad; tengo otras muchas. ¿Creerá usted que, no contento con sentir esta ternura y esta compasión por los animales que se mueven, que sienten, y que tienen alma á su modo, la siento lo mismo por esos árboles, por esas plantas, por esos musgos que no se mueven, que no parecen pensar, pero

que viven y mueren ahí á mi alrededor en la tierra, y principalmente por los que he conocido como esos helechos, como esos brezos, que están al lado de esas rocas en este recinto desde que yo era pequeño, y sobre todo ahora, añadió más tiernamente, ¡por esos tréboles de flores de rosa y hojas llenas de rocío de la mañana, como si hubieran llorado con nosotros durante la noche, que nacen sobre la tierra de los que ya no existen!

(Conmovióse profundamente al pronunciar las últimas palabras. Yo aparenté no percibirme, y continuó con tono rústico pero de verdadera inspiración).

Sí, señor, no hay una sola de esas estrellas de allá arriba del cielo que principian á levantarse en la entrada de la noche por encima de las rocas; ni una de esas cimas de montaña, ni uno de esos picos que relucen al sol poniente; ni uno de esos lechos de torrentes ocultos en un derrumbadero de estas gargantas con su agua que duerme ó que borbota en el oscuro fondo; ni un terrón de tierra de estos vueltos y revueltos por mi azadón al sol, desde mi niñez, por los cuales yo no siento en mi corazón un cariño que frecuentemente llega hasta hacerme llorar cuando los miro al subir á las Huttes. « ¿Es esto extraño? me pregunto algunas veces: » ¿acaso no tene-

mos un verdadero parentesco de cuerpo con esta tierra de donde salimos y á donde volvemos, que nos lleva, que nos sostiene, que nos alimenta como una nodriza con sus pechos? ¿Nuestra carne no es de su carne? ¿Nuestra sangre no es el agua de sus venas? ¿No hay entre ella y nosotros un verdadero parentesco de cuerpo, que hace que cuando tomamos en la mano un puñado de arena ó un terrón de tierra de las colinas en que hemos vivido, podamos decir á ese grano de arena: « Tú eres mi hermano »; y al terrón de tierra: « Tú eres mi madre ó mi hermana ». ¿Y esta tierra no parece que nos responde y que nos ama diciéndonos: « Sí te reconozco, eres mio; cada uno de tus miembros y de tus huesos yo te lo he dado; estoy contenta de ti como una madre de sus hijos, como estoy contenta de esta haya, de este abeto ó de este castaño que vienen á admirar en mis pendientes; seríais ingratos si no me amaseis, si mi recuerdo y mi imagen no os persiguiesen, cuando estáis lejos de mí en otras tierras y si no recordaseis por la noche, en vuestros sueños la colina que os ha criado? » ¿No es verdad, señor? ¿No es esto algo de eso que se llama en la lengua de las ciudades patriotismo? ¿No es por esto por lo que los hombres van en peregrinación á países muy apartados para visitar

la tierra donde han vivido antiguamente otros hombres más grandes que ellos, de nombre más famoso ó más santo que los demás, y para besar el polvo de sus pasos en el suelo de las montañas en que han vivido? Dispéñeme usted, señor, yo hablo como un ignorante; pero usted me pregunta lo que pienso y debo decirselo.

Pues bien, hay momentos, los domingos, cuando acostado al sol sobre esta tierra que siente y que parece contestar á los latidos de mi corazón, agarrando con mis manos puñados de hierba, con el rostro envuelto en las malvas y en los tréboles de este pequeño cercado, al zumbido de esos millares de insectos que suenan en mi oído, al hálito de esta multitud de florecitas de la primavera invisibles en los musgos, siento escalofríos de vida y de muerte en todo mi cuerpo, como si Dios me hubiese realmente tocado al fin con uno de esos rayos de su sol; como si mi padre, mi madre, mis hermanas y todos los que he amado se reanimasen y palpitasen bajo la hierba en esta tierra, para reconocermé y para atraerme á su seno. ¡Oh! ¡quién no amaría señor, una tierra en que se ha depositado un tesoro y que se guarda para la resurrección!

(Una gruesa lágrima rodó sin que la sintiese por su mejilla. Vi que tenía un amor en este

amor; algún culto particular y esperanza en este culto universal y piadoso de la creación.)

Yo. — Pero siendo tan sensible como lo es usted, Claudio, ¿no le entristece esta soledad sin mujer, sin hijos, sin vecinos en estas alturas, à las que el viento solamente sube con usted?

ÉL. — No, señor, por el contrario: estoy triste cuando estoy abajo; y me pongo alegre y contento en cuanto subo. Los hombres hacen demasiado ruido para mi débil espíritu, que no se halla bien sino en el silencio; ese ruido me aleja de Dios; me parece que no estoy en su compañía cuando estoy en las aldeas. Creo verdaderamente que Dios quiere más las montañas.

Yo. — No obstante, también ha hecho los valles y las planicies.

ÉL. — Es verdad; pero las montañas están más cerca del cielo.

Yo. — Pero ¿no hay otra razón, Claudio, que la que me da usted para obligarle à vivir aquí solo con sus cabras y sus corderos, y para hacerle andar todos los días dos leguas para bajar y dos leguas para subir à su antigua cabaña?

ÉL. — (Levantándose y mirando à las verdes tumbas). Es verdad, señor; pero de eso no hablemos: le entristecería à usted y à mi también. Vea usted que el sol ya se ha ocultado detrás de

la montaña; que sus bosques ennegrecen. Sólo le queda à usted el tiempo de volver à bajar antes de que la noche haya oscurecido el valle.

Yo. — Lo había olvidado hablando con usted, Claudio; cuando se descubre una buena fuente à la sombra, marchando por estas soledades, pierde uno la noción del tiempo. Esto me ha pasado hoy. Yo perdono à usted por haber dejado mi obra; perdóneme usted à su vez, por haber interrumpido su descanso del domingo. Aun volveré si no le molesto à hablar con usted de vez en cuando de Dios; y hasta à rezar con usted en su lengua, Claudio, pues yo estoy muy lejos de vivir en conversación perpetua con él, como usted; muy lejos también de guardarle en mi alma un santuario tan puro y tan vacío de vanidades humanas, como el que se ha preparado en la soledad y en el reposo de usted. Mi alma corre con el oleaje de una vida agitada y ruidosa; todo lo que corre hace espuma; pero bajo esta espuma de la superficie de mi vida, he guardado, sin embargo, como esos pedazos de roca en el fondo de vuestro torrente, algunas gotas claras de las aguas de mi alma, en las que deseo reflejar un rincón del cielo en que contemplar, como usted, esas sombras flotantes de Dios. No le sirvo yo, como usted, con todas mis fuerzas; le amo sin embargo y le ruego con

todo mi corazón y con toda mi inteligencia. Algunas veces hasta le canto himnos, pero mi cántico no vale tanto como el de usted, mis cánticos son palabras que halagan el oído; los de usted son actos que sirven á los hombres. No soy digno de conversar con usted, sino por la afición que siempre he tenido hacia las almas en que Dios habita en la sencillez y en la virtud. Hasta la vista, pues, cuando la casualidad ó la caza me traigan á las Huttes.

Sali del cercado; me acompañó un trecho seguido, como si los hubiera llamado, de su perro, corderos, cabras y hasta de los conejos. Estos animales domesticados parecían comprender su amistad hacia ellos. No me hubiera admirado si hubiera visto que le seguían también las abejas y los insectos del cercado. Este hombre habría domesticado hasta las rocas y los árboles. Toda la naturaleza, animada ó inanimada, y él, parecían comprenderse, vivir y amarse en una misteriosa y piadosa inteligencia, á los pies de su Dios.

## CAPÍTULO V

### I

Descendí en un recogimiento interior, semejante al que sentía en mi niñez, cuando salía de oír á mi madre al anochecer, en el jardín en que hacía sus meditaciones piadosas á Dios en voz alta con sus hijos. Oía en mi alma las palabras sencillas, aunque llenas de unción divina, de aquel pobre discípulo de la soledad. Hasta el timbre de su voz resonaba en mi oído como el timbre de esas campanas de las aldeas elevadas de los Alpes, que se oyen por cima de los ruidos del valle, y cuya única función es despertar en las almas el pensamiento de Dios, el *sursum corda* de los leñadores, guadañeros y pastores de la montaña. Sentíame mejor, con más calor en el corazón y más inclinado hacia el bien, tan sólo por haberme acercado unos instantes á aquel hogar de pastor, oculto detrás de los matorrales y de las rocas.

Tiene cada hombre una atmósfera que le rodea y que esparce á su alrededor buenas ó malas influencias, calor ó hielo, según su alma está más ó menos vuelta hacia lo alto y refleja más ó menos divinidad en él. La repulsión ó la atracción no son sino el sentimiento de esta atmósfera de los hombres sobre nosotros. Los unos nos atraen como el imán, los otros nos repulsan como la serpiente, sin que sepamos por qué. Pero la naturaleza lo sabe y hay que atender esas repulsiones ó atracciones, como sensaciones y advertencias del sentido del alma.

Casi siempre la atracción revela una virtud oculta; la repulsión un vicio enojoso en los seres que nos la inspiran. Las almas tienen también sus fisonomías; no se las analiza, se las experimenta. ¿Quién no se ha dicho al acercarse á ciertos hombres? « me encuentro mejor á su lado. »

## II

Contuve toda la semana mi impaciencia de volver á ver á Claudio, y de hablar con él á mi placer, por temor de interrumpirle en su labor durante los días de trabajo y estorbar de este modo las buenas obras con que llenaba sus jor-

nadas para el prójimo. Pero cuando llegó el domingo, subí por decirlo así instintivamente á las Huttas y encontré á Claudio en el mismo sitio en que lo había dejado en el cercado, solamente que esta vez no estaba dormido al sol, en medio de sus hierbas en flor. Había segado su planicie durante la semana.

Acababa de levantar con el rastrillo el heno seco y oloroso en pequeños montones, que llevaría á su tiempo, al abrigo de la cabaña, para alimentar á sus animales en el invierno. Como ya habia habido grandes rocios por la mañana, temía que por la noche ó por la madrugada ocurriera alguna lluvia de tempestad, y amontonaba su cosecha de heno para que no la debilitase el agua. Pareció volverme á ver con gusto. Puse mi chaqueta de caza sobre una piedra y le ayudé á concluir su obra, como si aquel fuera mi oficio. No hizo nada por impedirme trabajar. Antes del medio día, todo el heno estaba amontonado aquí y allá sobre la pendiente del segado prado.

Me ofreció un pedazo de su pan de centeno y unos de sus quesitos de cabra, condimento de los campesinos de todas nuestras montañas. Comí con placer este pan de mi infancia con él. Esta comida rociada con agua helada de la fuente, cogida en una calabaza, y con el jugo de algunas pre-

coces cerezas, picadas por el gusano y que se habían caído del árbol antes de tiempo, aumentó entre nosotros la familiaridad. En el lenguaje y en las costumbres del país, cuando se ha comido y se ha bebido juntos, es uno compadre. Nos sentamos al pie de uno de los montones de heno que daba un poco de sombra á nuestras cabezas, y entablamos de nuevo la conversación del domingo precedente.

## III

yo. — Nada me ha dicho usted, Claudio, cómo es que esta aldea de las Huttes, de la que hoy es usted el único habitante, fué abandonada á las zarzas y á las hiedras y cómo todos los hombres, todas las mujeres y todos los niños, la abandonaron como el agua que sale de una esclusa cuando una tempestad se lleva el dique, dejando los peces muertos en la arena seca del fondo. Tampoco me ha dicho usted quien fué el que en otro tiempo rodeó con estas grandes piedras sin labrar, este pequeño recinto de tierra de más fondo, construyó esta cruz con tres piedras y levantó esos cinco ó seis montículos de césped, que no ha segado usted como el demás y que

parecen otras tantas tumbas del cementario de Saint-Point, que veo reverdecer desde mi ventana.

ÉL. — ¿Qué quiere usted que le diga, señor? La tierra habla bastante por si sola. Allí donde se ve el lomo de un surco, se puede decir que ha habido espiga y una amapola, ¿no es verdad? Allí donde se ven sepulturas, se puede decir que ha habido hombres y mujeres. Este cercado era, en otro tiempo, el cementerio de Huttes. Se había escogido este sitio, porque es el único en la montaña en que la tierra tiene bastante profundidad para cubrir un ataúd. Por otra parte no se cavaba con frecuencia, puesto que en el lugar no habían sino tres cabañas, que componían una sola familia. Cada diez ó quince años, quizá, se enterraba á un viejo ó á un niño de Huttes. Se cultivaba alrededor todo, respetando solamente la parte de tierra del último enterrado, como en nuestras cabañas se pone la cuna al lado del lecho. He oído á mi abuelo contar muchas veces como vió en su niñez formar esa gran cruz de tres piedras, que treinta hombres de los de ahora no serían capaces de colocar una sobre otra. La primera la encontraron plantada, tal como se ve en la tierra, como el tronco de un castaño de mil años, quebrado por el viento en

el nacimiento de las ramas. No se sabe si es un hueso de la tierra que ha atrevesado la piel, ó si es una roca que se ha hecho por sí un agujero profundo en este sitio al caer desde lo alto de esa cresta. Esto les dió la idea de poner otra piedra al través sobre ella y después otra más corta encima, para hacer una cruz que viesen desde lejos por encima de las nieves los pastores y cazadores. Amontonaron tierra en forma de camino desde las rocas que ve usted allá arriba, hasta el nivel del vértice del tronco de la cruz. Hecho esto hicieron rodar por dicho camino la segunda piedra, y lo mismo la tercera. Después demolieron la calzada de tierra que les había servido de andamio y nadie ha podido comprender desde entonces, cómo estas tres rocas levantadas en el aire por encima de todo el país, han podido levantarse, unirse, y mantenerse en pie y en cruz por sí solas. « Los habitantes de abajo, decía mi abuelo, nos desprecian mientras vivimos: pero nuestros muertos tendrán siempre más sombra que los suyos. »

He aquí cómo se hizo esto, señor, y desde aquel tiempo, dos generaciones de la familia han sido enterradas bajo el árbol de piedra que plantaron.

Yo. — Pero usted, Claudio, si continúa usted

viviendo aquí solo, ¿quién le enterrará á su vez? No hay manos cerca de usted que le caven su último lecho.

ÉL. — ¡Oh! Si señor; hay muy buenas almas en las aldeas donde trabajo, ¡vaya! Cuando he hecho algún servicio á alguna cabaña, les digo: estamos en paz mientras que yo viva, pero cuando muera no lo estaremos con vuestras oraciones. Os he hecho una casa para vuestra vida; vosotros cavaréis con gusto mi casa para mi eternidad, ¿no es verdad? Y nos reímos y me lo prometen, señor. Por esto no tengo cuidado; seré bien enterrado allí donde he marcado mi sitio.

Yo. — ¿Y dónde está el sitio de usted, Claudio?

ÉL. — (Mostrándome el montículo más próximo y en el cual la hierba estaba hundida por el peso de dos rodillas.) Allí, señor.

Yo. — ¿Y por qué en aquel sitio y no en otro, mi pobre Claudio? ¿Dios no sabe encontrarnos en cualquier parte?

ÉL. — Es verdad, señor, pero es que quiero que me encuentre tan cerca de otra, que no pueda separarnos.

Yo. — ¿Tiene usted pues entonces su ideal bajo esta tierra?

ÉL. — Sí señor, mi ideal y mi corazón también.

Yo. — Sin duda está eso relacionado con todas

las ideas de usted y con todas las raíces de su corazón; si no temiese hacerle derramar sangre, tocándole en él, rogaría á usted que me explicase este misterio, contándome un poco de su vida.

ÉL. — ¿Qué quiere usted que le cuente, señor? Nosotros no tenemos vida; no tenemos más que nuestro oficio y un poco de pan que ganar. Un martillazo suena lo mismo que otro, un pedazo de pan tiene el gusto que los demás. ¿Que hay en esto que puede interesar á usted?

Yo. — Es verdad; el oficio de usted es uniforme y su pan está amasado con la misma masa. Usted no tiene aventuras, pero tiene un corazón y un alma. De la historia de su corazón y de su alma, es de la que quisiera saber alguna cosa, á fin de comprender, cómo usted, con el tiempo, se ha vuelto tan compasivo por los afligidos, á fin de glorificar á Dios en la simplicidad de su alma oscura como en la sublimidad de un gran genio.

ÉL. — Pues bien, señor, puesto que es para alabar á Dios, no tengo nada que rehusar á usted en su nombre; se lo diré á usted todo: no ha de ser mucho más largo que lo que se tarde en ver al sol atravesar el valle é ir desde el campanario de Saint-Point á las copas de los abetos plantados por usted en lo más alto de su monte.

## CAPÍTULO VI

### I

Detúvose Claudio un momento como reuniendo sus recuerdos, con los ojos dirigidos hacia el cielo, por encima de la cruz negra, y en seguida me dijo casi literalmente lo que sigue:

### II

Nuestra choza era la que estaba por encima de la en que yo vivo hoy, que formaba entonces parte de aquélla como establo. Me dirá usted, « ¿por qué no ha vuelto usted á levantar la casa y se acuesta en el colgadizo, que es húmedo y oscuro como una cueva? » Voy á confesárselo á usted, señor: es que para levantar las habitaciones sobre la roca, para hacer de nuevo las paredes, para rehacer el piso y el techo, habría tenido que cortar y arrancar la hiedra que se ha

mezclado desde la desgracia de nuestra familia, con las piedras, las vigas y los tirantes y que se encuentra muy bien donde está. Cuando á mi vuelta vi como estaba, me pareció la hermosa hiedra como un manto que la amistad hubiera echado sobre las ruinas de nuestra felicidad, y me propuse no tocarla; hay bastante sitio para los dos ahora en esta roca. Déjéle lo alto, yo tomé lo bajo y los mirlos continuaron anidando y silbando tranquilos en sus ramas. Así como lo he dicho lo pensé. Un pobre hombre solo se adhiere á todo y ama todo lo que le ama.

## III

Mi padre se llamó Benito la Hutte: jamás he sabido el nombre de familia de mi madre; se la llamaba *la madre*. Eran hermanos, cuñados, tíos y sobrinos de todos los que vivían en las demás cabañas, cuyos escombros ha visto usted amontonados, á los cuales pertenecían los pequeños huertos de retama y valdíos que suben hacia nuestra casa. El hueco de la garganta, la pendiente de la montaña, los brezos, la retama y el cercado donde estamos, fueron siempre propiedad común de

las tres casas de cercanos parientes. Cada cual tomaba un campo ó el otro, y le cultivaba para cosechar centeno ó patatas para el año. Los animales pacían donde querían, en común. Cuando llegaba la estación de sacudir las castañas, los hombres y los muchachos subían á los árboles, las mujeres y las muchachas se quedaban abajo para reunir las castañas. Se hacían tres sacos de la recolección, más ó menos iguales, según el número de familia de cada casa, y cada cual tomaba el suyo. Así es señor, como se vivía en las Huttes.

Uno de los tres primos, padre de una de las familias, que era recovero, iba á vender y á comprar castañas y ciruelas por las aldeas y ferias. Otro era amolador; después de la cosecha partía con su muela de asperón á la espalda dispuesta en cuatro delgados montantes de chopo y con su manivela de hierro. Iba á afilar las podaderas, hoces y cuchillos delante de las casas durante el otoño y el invierno. Los parroquianos le daban de comer y un sitio en el granero, y volvía con algunos cuartos en su bolsa de cuero en la época en que se derrite la nieve. En cuanto á mi padre, para ayudar á nuestra madre á vivir y á vestirnos, iba como yo á sacar ó labrar piedras á las canteras de los caseríos de Saint-

Point. Volvía todas las tardes para cenar con la madre y con nosotros sus hijos; pues amaba tanto su mujer y su casa que decía: « Nunca podría yo ser recovero como Bautista ó amolador como Francisco, porque cuando no veo desde la cantera en que trabajo el techo de la cabaña que humea cuando mi mujer pone un haz en el fuego, el tiempo se me hace muy largo y el mundo me parece demasiado grande. » ¡Ah! era un buen hombre y un padre tan cariñoso, aun cuando continuamente manejaba el pico y las piedras, que por la noche cuando nos sentaba á mi hermano, mi hermana y yo sobre su delantal de cuero, queríamos tanto este delantal como el de nuestra madre.

## IV

Precisamente por la excesiva bondad de nuestro padre, sucedió una desgracia en la casa. Un día, mi hermano, que tenía un año más que yo, había bajado á la cantera. Era en otoño y hacía frío. El pobre muchacho había encendido unas cuantas ramas de helechos secos para calentar sus manecitas á la llama. Mi padre le dijo: « Ten cuidado, Graciano, de no tocar á un polvo

negro que está ahí en un papel en mi morral; salta á los ojos cuando se le aproxima el fuego. » Pero el pobre muchacho, que nunca había sido reprendido, quiso ver como aquel polvo negro saltaba á los ojos. Cogió un puñado mientras que mi padre ocupado con su obra no fijaba la atención en su hijo y lo echó en la lumbre; la pólvora hizo una gran llama y le cegó. Desde entonces Graciano no vió más para marchar por sí solo. Sus ojos estaban claros y hermosos como siempre. La pólvora no le había quemado más que la vista. No hubiera usted dicho que era ciego, pero no veía sino el sol fuera y el fuego en casa. Fue una gran desgracia para las Huttes. Todo el mundo vino á llorar con mi madre. El niño tenía siete años y ya no podía andar por sí solo. Estaba constantemente agarrado al delantal de nuestra madre, á la mano de mi padre ó á la mía. Nuestro padre tuvo tanta pena por haber sido causa de la desgracia, se angustió tanto, que murió en el invierno siguiente.

## V

Con dificultad podía mi madre mantenernos, por más que aun era joven y trabajadora, ha-

ciendo tanta labor como un hombre, con el azadón, la podadera ó el rastrillo. Pero yo, mi hermano ciego, una hermanita de pecho y una mujer de treinta años, aunque sobrios, eran muchos dientes alrededor de un pan. Todo esto me daba mucha pena, viendo á la pobre mujer cortar los haces, llevarlos á cuestas á la casa; escardar el centeno, segar los prados, atar las gavillas, trillarlas; amasar el pan, encender el fuego, hacer la comida, llevar á Graciano de la mano y dar además el pecho á la pequeñita. Añada usted que por este tiempo, para colmo de miserias, la fiebre hizo presa en las Hutttes y se llevó al amolador, á su mujer y á sus hijos. No quedó en su casa sino una de sus hijas, de la misma edad poco más ó menos que yo, que se llamaba Dionisia. El recovero, asustado por la enfermedad que había assolado las Hutttes, demolió su casa para llevar las tablas y las tejas y construir una habitación con una tienda cerca de la iglesia, á la orilla del camino del pueblo donde el comercio era más activo. No se podía dejar á una niña de once á doce años completamente sola en el hogar de sus padres muertos. Mi madre fué á buscarla y la trajo á casa con nosotros. La casa vacía del afilador se convirtió en morada de golondrinas y lagartos. De invierno en invierno se

fué derrumbando como usted ha visto. Dionisia solamente iba á ella algunas veces, los domingos de estío, á sentarse bajo el membrillero ó á coger los granos rojos del acebo, que llamaba los collares de su madre y á llorar junto al umbral de la puerta por donde nadie entraba ni salía. Graciano la seguía siempre porque mi madre decía á Dionisia: «ten cuidado del ciegucecito mientras que yo estoy en el campo, no vaya á caerse en el abismo.» Y los dos niños no se separaban.

## VI

Sentíame yo ya valeroso y fuerte y me daba vergüenza ver tanto trabajo, tanta miseria y tantas bocas en la casa y dije á mi madre: «el campo de centeno está mal, los castaños no tienen castañas este año; déme usted las herramientas de mi padre.» Me las dió llorando por volverlas á ver. Bajé á las cabañas y dije: «¿Quién quiere que saque piedra para él? Trabajaré sólo por el alimento.» Algunos me contestaron: «Ve á la cantera y veremos si ganas tu comida.» Comencé á trabajar. Á fin de prolongar mis jornadas, dormía bajo algunas tablas que me habían prestado para andamios ó bien

en la caballeriza ó establo. No subía á las Huttes más que los sábados por la noche y llevaba á mi madre las pocas monedas de cobre que había ganado y el poco pan que había ahorrado en la semana. Mi madre me abrazaba y me decía : « Qué desgracia que no tengas el brazo, porque tienes el corazón de tu padre. » Iba al campo con Dionisia y Graciano, mientras ella mecía á nuestra hermana ó hacía las tortas de trigo para comer el domingo. Esto duró como tres ó cuatro años. Me hice fuerte y las piedras me obedecían como pies de heno. Ya no me contentaba con sacarlas de las canteras para las paredes; comencé á labrarlas á mi capricho, para las puertas y para las ventanas, yaun algunas veces esculpía á manera de bajo relieve, una rosa ó un tulipán con sus tallos y sus hojas abiertas, una gallina, un gallo, un gato ó un perro, según que la piedra se destinaba al jardín, al establo, al gallinero, al patio ó á las habitaciones de la casa. El hambre, señor, es un buen maestro, y sobre todo el hambre de una madre, de los hermanos y de las hermanas. Yo nunca tuve otro y, sin embargo, si usted va á ver aquí ó allá, en cualquier parte del país y pregunta : « ¿Quién ha labrado esta puerta de granja ó esta entrada de palomar? » « El pequeño Claudio, con su cincel y su malleto le di-

rán. » Labraba también bancos de piedra para que se sentaran las viejas y los chicos al lado de las puertas de las cabañas, en los cuales ponía el nombre del padre de la familia : ó bien pilas de asperón para que bebiera el ganado cerca de las fuentes, y dibujaba en ellas una cabeza de buey con sus grandes ojos y sus cuernos que parecían salir de la pila después de haber bebido.

Todo esto, señor, me había dado alguna fama en la montaña y aun cuando yo no tenía más que diez y siete años, me habría ganado suficientemente mi vida tan sólo con la piedra. Pero en las épocas de la siembra, de la siega y de la trilla de las cebadas, subía y hacía los trabajos más duros ayudado por mi madre y Dionisia.

## VII

Aquellos eran mis días de fiesta : ¡quería tanto á mi madre! ¡tanto á mi pobre hermano ciego! ¡quería tanto también á Dionisia! ¿Y cómo no quererla, señor? Era como verdadera hija de la casa, como la hija obediente de mi madre. Hacía todos los servicios que una buena sirvienta ó que una obrera habría hecho en la

choza por un salario. Pero ¡bah! no se podía hablarla de salario. Cuando mi madre la hablaba alguna vez: « ¿No es un buen salario vuestro cariño? » respondía la joven huérfana. ¿Quién me ha dado un abrigo, una madre y dos hermanos en la montaña? ¿No es un salario tener un sitio en vuestro hogar, una escudilla en vuestra mesa, sin hablar de los cuidados que ha tenido usted conmigo antes de que yo fuere bastante grande para poder ser útil en su casa? » Y si mi madre insistía, se iba á llorar detrás de los chaparrales de la huerta. Entonces mi madre y Graciano iban á consolarla y la decían: « Vamos, haz como el corazón te dicte Dionisia, y puesto que quieres perder tu juventud y quedarte con gentes pobres como nosotros, está bien, quédate. » Y ya no se hablaba más del asunto.

## VIII

Pasados tres ó cuatro años se hizo la moza más guapa de la montaña; cuando mi madre la llevaba dos ó tres veces al año en los días de fiesta á ver á sus primas las hijas del recovero, al pueblo, todas las muchachas y todos los mu-

chachos que la veían pasar se decían: « es lástima que esto crezca á la sombra y que no vea nunca el sol, como los *ojos azules* (las vinca-pervincas) bajo los chaparrales. » Pero ella no oía estos cumplimientos que se hacían por lo bajo; no tenía vanidad, como las hijas de las casas ricas; ni aun sabía si era fea ó bonita. Marchaba con la cabeza baja y los brazos colgando, con los ojos fijos en los pasos de mi madre, y cuando alguien le dirigía una palabra se enrojecía, como una cereza, sin saber por qué y su piel temblaba como el agua dormida cuando el viento viene á correr por encima.

Excepto para nuestra madre y para Graciano á quienes no temía, era tan esquiva y tan asustadiza como los cabritillos cuando juegan al lado de nuestros tréboles por la mañana y sienten en el bosque el ruido del rocío que cae de las hojas. Hasta conmigo, señor, era algo arisca porque no me veía todos los días como á ellos los veía. Sin embargo, estábamos juntos como hermano y hermana; pero siempre había un poco de diferencia en el metal de su voz cuando me hablaba y en su mirada cuando me veía; su voz temblaba un poco en su garganta y su vista se inclinaba un poco más sobre sus desnudos pies. Parecía

que delante de los demás se sentía niña, pero que delante de mi se sentía hermosa.

## IX

¡Ah! Es que efectivamente era así y que de mes en mes ganaba más en hermosura, por más que las aguas de la fuente á donde iba á sacar agua, fuesen el único espejo donde se habia visto. Había que verla los domingos por la mañana cuando mi madre, sentada al sol naciente sobre el quicio de la puerta, la hacía sentar á su lado á sus pies para peinarle sus largos cabellos, tan lucientes como la corteza de las castañas cuando han salido frescas de su envoltura de espinas; echaba sus dos brazos sobre las rodillas de mi madre y recostaba su cara medio vuelta sobre sus brazos desnudos que salían de su camisa de gruesa tela. Su rostro se ocultaba todo entre sus cabellos esparcidos como las barbas de maíz sobre la madura mazorca. Parecía una madeja mal devanada ó un vellón oscuro de cordero que se acaba de lavar en la fuente. No se sabía donde estaba su boca y su frente. Pero si una bocanada de viento venía á soplar y á entreabrir ligera-

mente esta fina tela, se veían, primero su boca rosada, después sus mejillas un poco pálidas, luego sus grandes ojos azules bañados por el sol, que miraban con una mirada tan clara y tan dulce el rostro de la madre, que de haber sido su hija no habria podido mirarla de otro modo. Esto nos hacía reir á mi madre y á mi y lamentábamos entre nosotros mismos que el pobre Graciano no pudiese reir de lo que nos hacía reir y ver lo que veíamos en estos momentos. Decíame : « ¿Cómo está ella? ¿Qué hace la madre y Dionisia que os hace reir? » Y yo le decía : « Está sentada, recostada y un poco de lado, tiene la cabeza sobre el delantal, el rostro oculto con sus manos, los ojos tapados por sus cabellos, el viento los levanta como un puñado de hojas muertas; el acebo ha dejado caer uno de sus racimos rojos sobre su boca. » Y esto divertía al pobre niño. Y cuando Dionisia había concluído de aviarse y se ponía sus zapatos y su traje de lana negra, íbamos los tres á pasearnos á las cebadas, á coger amapolas ó bien á sentarnos con las piernas colgando bajo los castaños al lado del torrente donde el agua solloza; porque agradaba al niño ciego oír á lo menos cantar al agua, caer las castañas olvidadas en las ramas sobre la hierba al soplo cálido del viento de primavera, ó

volar los mirlos que silbando le rozaban su rostro con el viento de sus alas.

## X

Mas yo la encontraba igualmente agraciada los días de trabajo sin su traje de los domingos, ni sus zapatos de verano, ni sus zuecos de invierno, ni sus cabellos alisados y bien levantados por detrás de su cuello con una cinta de terciopelo rojo; con anguarina de lana de cordero negro, tejida por ella durante el invierno con la lanzadera, ajustada á su talle por un broche de cuerno y que le caía en grandes pliegues hasta los tobillos; con su camisa de cáñamo con mangas cortas, levantadas hasta los codos, hueca en el pecho y atada por bajo de la barba con dos cordones anudados sobre el seno; con sus cabellos colgando, unas veces sobre un hombro, otras sobre otro; con sus pies desnudos algunas veces, amoratados por el frio, frecuentemente empolvados por la arena, y casi siempre lavados por el rocío de las hierbas; con sus ojos bajos, con la sombra de sus largas pestañas sobre la piel; con su rostro serio, pero con los labios siempre dispuestos á abrirse para dejar lucir sus bonitos

dientes, pequeños, blancos y alineados como los primeros dientes de los cabritos. Unas veces con el mango del azadón al hombro, otras con un jarro de barro sobre la cabeza, llevando la leche de las cabras á la casa; otras con los dos brazos extendidos y levantados por encima de su cabeza para sostener un haz de hierba más grande que ella, que acababa de escardar en el trigo y en las viñas; y del cual las flores amarillas, rojas ó azuladas, y los filamentos que se escapaban de las ligaduras, le caían sobre la frente ocultándola hasta los ojos. Otras veces con una rodilla en tierra delante de la casa, cogiendo á los corderos con una mano, mientras que con la otra les daba á lamer sal para entretenerlos; en fin, cualquier cosa que hiciese, no se podia separar de ella la vista. Pero cuando yo la quería más, señor, era cuando íbamos á las retamas de la montaña para cortar haces para el invierno, que mi madre le ponía uno sobre las espaldas, tamaño como un tronco de cerezo con todas sus hojas y todas sus flores en sus extremos, para bajarlo hasta la casa. Hubiera usted creído, viendo el rostro de la joven, inclinado bajo el peso del largo ramaje que barría la tierra á diez pasos detrás de ella, haciendo ruido y sembrando las ramas que se caían sobre su rastro, que un hada se había levantado de la

7.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

tierra de repente y llevaba el tapiz del campo en que habia dormido aquella noche; ó bien habria usted creído ver uno de esos hermosos pavos reales que tiene usted en su jardín, con rostro de mujer, arrastrando y desarrollando al sol una larga cola verde con sus ojos azules y amarillos que iba dejando detrás de sí sembrados en el camino.

## XI

Hermosísima era también en el invierno, al encender los haces por la noche, durante la velada, en el hogar, arrodillada delante del morillo de cobre, cuando la llama de las retamas, coloreando de pronto su rostro pálido, volvía sus mejillas rosadas y transparentes, y se veía la llama al través de tal modo, que parecían brillarle los ojos como un carbón.

Pero lo que agradaba en ella, señor, no era tanto esta belleza que lucía en todo su rostro y en todo su cuerpo, como su dulzura, su obediencia, su complacencia para con todo el mundo y su timidez, que la hacían esclava voluntaria de todos los que tenían un servicio que pedirla en casa ó en el campo. Todos la queríamos, señor,

pero los animales la amaban tanto como nosotros, por lo menos.

Era cosa de ver, cuando abría la puerta por la mañana para ir á la fuente, las gallinas, las palomas, hasta los gorriones y las golondrinas, alegrarse, sacudir sus plumas, lanzarse unos desde el techo, otras desde las ramas de los árboles, aquellos desde los palos del gallinero, los otros desde el palomar, para volar alrededor de ella, como si no hubieran reconocido la luz del día hasta que la veían. Era de ver sobre todo, los carneros y las cabras, los corderos y los cabritos, salir del establo cuando levantaba el picaporte, apoyar sus cabezas y sus cuernos en su delantal, disputándose una caricia de sus manos, una palabra de su boca, un rizo de sus cabellos que lamer ó morder, aun antes de pensar en desparramarse por los brezos. Cuando estaban muy lejos y solos sobre la cresta con el perro, nos gustaba llamarlos y no venían, pero si oían la voz de ella, les habría usted visto dejar las ramas de escaramujo, de serpol ó de trébol en flor, y precipitarse bajando desde la montaña como bolas de nieve que se hubieran desprendido de lo alto.

## XII

El que de todos más la apreciaba por entonces y al que ella parecía querer más á causa de su desgracia, era mi hermano Graciano. Desde que mi madre había recogido á Dionisia en la casa, el pobre niño no se había separado de su lado como si Dios le hubiese dado la luz con ella. Dionisia por su parte, por consecuencia de esa ternura de que su corazón estaba dotado, se había unido á él completamente, para darle con su compañía los cuidados que continuamente necesitaba. Era, aunque joven, como esas madres de muchos niños, que parecen no tener corazón y ojos, sino para el más débil y el más enfermo. Es ésta una bondad de Dios que constantemente pone un contrapeso de bien, allí donde ha puesto un peso de mal. Mi madre había dicho á Dionisia cuando la llevó á casa : « Tendrás cuidado de tu primo el ciego, le distraerás en casa, le llevarás al campo contigo, le enseñarás el nombre de los animales, le indicarás el sendero cuando se engañe de camino, le pondrás en su surco cuando quiera cavar ó escardar en el cercado con nosotros é irás á buscarle un puñado de cáñamo

al granero cuando haya concluido de cardar el suyo. » Dionisia había hecho lo que la habían mandado, primero, cuando joven, por obediencia, y después cuando era mayor, por bondad natural. Parecían él y ella dos gemelos que no se hubieran separado nunca desde el vientre de su madre.

## XIII

Graciano no podía pasarse sin ella ni ella sin él. Cuando ella salía por la mañana á medio vestir para ordeñar las ovejas y las cabras, salía él en seguida y se sentaba en el banco de piedra que yo había labrado entreteniéndome los domingos, en el pedazo de roca gris al lado de la puerta. La decia : « ¿Dionisia, qué es lo que se ve en el cielo y en el valle? ¿Hay neblina en los prados de Bourg-Villain? ¿Están cerradas las ventanas del balcón grande del castillo de Saint-Point? Ó bien : ¿Se ve ahora al señor que pasea por las alamedas con un libro en la mano, como antiguamente cuando yo veía claro? ¿Hay vacas blancas y gordas en los prados inclinados detrás de las huertas? ¿Hay nubes rosas ó grises alrededor del sol? ¿Hay humo azulado que sube de

los techos de las casas y se dispersa sobre los campos llenos de hierba como el vuelo de las palomas impulsadas por el viento? ¿Están en flor las malvas y los gordolobos? ¿Han cuajado las cerezas en los guindos? ¿Se han escarchado esta noche los ciruelos bajo los matorrales? ¿Tienen los avellanos sus frutos peludos como el dorso de las orugas verdes? ¿Las lilas han abierto sus racimos, colgando de sus ramas como las uvas en flor? ¿Tienen los corderos todos sus dientes y principian á dejar las madres y á ramonear la hierba tierna? Dime si el último cabrito tiene manchas negras á los dos lados de los ojos, como su madre tenia en mi tiempo, y si principia á quitar la corteza de los sauces nuevos con sus pitones. »

## XIV

Y Dionisia no dejaba de responder á todo esto, *si y no, si y pero*, y siempre con la mejor voluntad en la voz y en el sentido de sus palabras, y de añadir todos los pequeños detalles de las formas de los objetos y de la luz en el cielo, de los colores de la montaña y del carácter de los animales que creía que podrían interesar al niño. Después

aparentaba tener siempre necesidad de él para algo y le empleaba continuamente en esto ó en lo otro, en su trabajo. Unas veces le hacía agarrar las cabras por los cuernos, mientras ella las ordeñaba; otras, los carneros echados en tierra, mientras esquilaba su lana; otras, las cestas bajo los castaños, mientras recogía las castañas caídas, vareadas ó tiradas por el viento; otras, en fin, su azadón, su escardillo y su rastrillo, mientras que subía á los prados delante de él hilando su rueca y guiándole con la voz ó con la mano para que no equivocase el puente de madera ó el vado del arroyo.

Le ponía entonces la punta de su delantal en la mano, como una verdadera madre hace con sus hijitos antes que marchen solos. En la época de trabajar la tierra, antes de la siembra, le daba un azadón y le ponía por la parte baja del campo al lado de ella para que creyese que también trabajaba con los demás. Y cuando él iba demasiado á la derecha ó demasiado á la izquierda en su surco, le cogía suavemente por el codo y le ponía en fila con los otros. Y si esta parte del campo estaba mal trabajada, si él dejaba involuntariamente algunas hierbas ó piedras, no le decía nada para no afligirle y al día siguiente repasaba por sí misma la obra de mi hermano.

Por el contrario, en vez de decirle que su trabajo no servía para nada, le animaba como si hubiera sido un buen obrero y le decía: « Entre tu obra y la mía no hay diferencia, Graciano. » Y no mentía, señor, porque el trabajo de los dos era ella la que lo hacía.

## XV

Tenia cuidado siempre, ya fuese en el campo, ya en la casa, de estar cerca de él para ayudarle en todas las cosas; cortarle el pan, sostenerle la taza, llenarle el vaso y hacerle un sitio en el banco. Cuando estaba sola con él, se hubiera dicho, señor, que pensaba en darle la mitad de su vida. No había una lagartija en su agujero, una golondrina en su nido, una hoja de parra en la pared, una mosca en la vidriera, un insecto en la hoja, una chispa en el hogar, de que ella no le hablase, á fin de que el tiempo no le fuese muy largo al pobre afligido y que él no creyese ver verdaderamente por sus propios ojos en su interior, así como ella se lo hacía ver en el exterior por su voz. Así es que no se percibía verdaderamente de lo ciego que era, mientras ella estaba á su lado y lo estaba todo el día; ni aun su vista,

señor, estaba perdida, porque ella había traspasado la suya á él. Ella era sus ojos, era sus sentidos, viendo y viviendo en otro ser que él y tan querido, más querido quizás que hubiera sido en él mismo. Así es que estoy seguro que si se le hubiera dicho: « ¿Qué prefieres, Graciano, que se te devuelva la vista ó que te separen de Dionisia? » Habría respondido: « Quedaos con mi vista, prefiero ver por ella á ver por mí. Veo bien y además tengo su voz y su compañía. »

## XVI

Así era también cosa de ver cómo la voz de Dionisia le hacía ir, venir, volverse, levantarse, bajarse, sentarse, marchar, seguir ó detenerse, como movido por un resorte interior que hubiese recibido su impulso del mismo dedo en ella y él. Y hay que ser justo, señor; la costumbre de hablar amigable y dulcemente, con complacencia, á este desgraciado había dado á la voz de Dionisia, desde su infancia, un sonido, una amistad, una ternura, un temblor suave y que resonaba en el corazón como nunca he oído otra voz de joven ó de mujer durante mi vida. Era como el tañido alegre y triste á la vez de la campana

de Saint-Point, cuando concluye su repique en el bautizo de los niños, que se pierde subiendo desde el fondo del valle, y haciendo temblar ligeramente las hojas de fresno, hasta aquí.

Aun la campana de la iglesia no tiene corazón en el fondo de su música; pero en el fondo de cada palabra de Dionisia había como un latido sonoro de su corazón, que vivía, que sentía y que cantaba en la voz. Creo que los ángeles de la guarda, de que hablan en los lugares, no han de tener unas palabras como éstas cuando hablan á los niños dormidos en sus cunas, ó á los pobres moribundos en sus últimos sueños á las puertas del paraíso.

## XVII

En ocasiones, Graciano, después que ella le había dicho como eran todas las cosas que había alrededor de ella y de él y de reflexionar sobre los objetos que le había descrito, decía á Dionisia: « Pero tú, Dionisia, dime como eres ahora. Yo bien te recuerdo cuando tenía vista y venías, agarrada del delantal de tu madre, á llevar la cena á tu padre que amolaba los azadones, las hoces y las podaderas delante de las casas. Pero desde entonces no sé cómo te has hecho, y fuera de tu

voz y de tu mano suave, no conozco nada de tu rostro en la actualidad. Quisiera figurármelo y esto me atormenta la imaginación, porque no te veo como te oigo; en cuanto á ver lo demás, me es igual, lo veo bastante bien por tus ojos. »

Y entonces, señor, para chancear y contrariarle un poco pasando el tiempo, le decía Dionisia: « Tengo los cabellos rojos como el pelo de la ardilla que hemos cogido en su nido en el abetillo cuando yo era pequeña. No tengo los ojos más grandes que las florecillas que miran bajo la hierba en los matorrales; son grises y oscuros como el agua del torrente cuando está á la sombra, y las hojas muertas principian á caer en él. Tengo el cutis marcado con pecas y tostado por el sol. Tengo esto, y lo otro y lo de más allá, » hasta hacer de ella una fea imagen al pobre muchacho, poniéndose las manos en los labios para que no la oyese reir.

Mas él decía: « Eso no es posible, tú eres una mentirosa. Tu voz y el cutis de tus manos no dicen eso de tu rostro. Tú me quieres engañar y reirte, Dionisia, eso no está bien; tú sabes que no se debe hacer burla de los ciegos porque no pueden ver si lo que se dice es verdad ó mentira. » Después volviéndose hacia el lado donde yo estaba y oyendo reir á la joven, exclamaba:

« Dime, Claudio ¿cómo es? » Y entonces yo le decía : « Tiene los cabellos del color de las hojas secas cuando el viento las hace reflejar en el extremo de las ramas en el mes de octubre, después de las heladas ; tiene los ojos brillantes como las vidrieras del castillo, cuando el sol de la mañana las atraviesa para entrar en las habitaciones llenas de cosas que relucen y que no se pueden mirar sin encandilarse ; tiene el cutis fino, bermejo y cambiante como las manzanas del estío, que nuestro tío el recovero llevaba á vender á los pueblos y que recogíamos para jugar en su puerta cuando rodaban de algunas de sus canastas. Es alta como la puerta de la casa, bajo la cual tiene necesidad de bajar la cabeza cuando entra y sale al trabajo. Tiene los pies y las manos tan lindos y tan blancos como los guijarros de nuestra fuente ; marcha con los pies desnudos tan gallarda y tan graciosamente como una señora que atraviesa una iglesia con hermosos zapatos. Tiene el cuello esbelto, redondo y moviéndose como el de las palomas cuando se picotean las alas en el tejado. Tiene los labios como hojas de clavel, y los dientes como pepitas de manzanas antes de haber madurado. Tiene el aire bondadoso como nuestra madre, y es fiel como nuestro perro cuando nos mira. »

Poníase entonces ella colorada de rubor ó de placer, señor, sin saber por qué : por vanidad no sería porque tenia menos que un pájaro que se peina al sol para hacer relucir sus plumas ; y ocultaba el rostro entre sus manos para reir. Y Graciano la decía : « Picara, ¿por qué quieres engañarme? Eso no me incomodaría, porque yo quisiera que fueras muy fea para que los muchachos de Saint-Point no te mirasen cuando vas á la fiesta, y así no te marcharias de las Huttes para casarte cualquier día por allá. »

Y poníase serio el pobre ciego, y los tres hablábamos de otra cosa.

## CAPÍTULO VII

I

Así fuimos acercándonos los tres á la edad en que los hijos del recovero, los del amolador y nosotros, habiendo entrado en la época de la mayor edad, tendríamos que hacer la partición del dominio común de la montaña, que como he dicho á usted, nunca había sido dividido hasta entonces. Daba esto mucho en que pensar á nuestra pobre madre. Vareando los castaños nos solía decir: « ¿Quién sabe si éste será aún nuestro de aquí á dos años? No obstante, el padre de mi abuelo fué el que le plantó, y da cada dos años más castañas que carga una mula. » Otras ocasiones sembrando el cercado de maíz ó de patatas, nos decía: « ¿Quién sabe si seremos nosotros los que las cosecharemos? ¡Ha mojado, sin embargo, muchas veces este cercado el sudor de vuestro pobre padre y el mío, desde el año que nos casamos! Y si cada uno recobra lo que es

suyo en la tierra que ha cultivado cuarenta estios y cuarenta otoños, hay aquí muchos terrones que volverán á los que les han revuelto como se revuelve la cama propia. » Solíanos decir sentándose los domingos al lado de la fuente que ha visto usted allá abajo entre los berros, bajo la piedra abovedada: « ¿Quién sabe si correrá en la primavera que viene del lado de nuestro prado ó del lado del prado de los otros? Vuestro padre, sin embargo, fué el que la encontró un día haciendo un agujero en tierra para plantar un fresno, y él hizo este pilón para recoger el agua á fin de que el ganado pudiese beber al salir de las retamas; él fué el que abrió esas regueras por donde se escapa el agua como de una espumadera, esparciéndose por toda la pendiente de la huerta, yéndose á perder allá abajo en lo hondo entre los mimbres y los juncos. »

Y veíase que esta idea la atormentaba continuamente, y cada vez más, á medida que la época de las particiones se adelantaba como la sombra de esta roca adelanta hacia nuestro pies sin que se la vea marchar.

II

Graciano parecía pensar en esto aun más que ella; pero no era á causa de los castaños, del

campo de cebada ó de la fuente ¡cosas que sólo conocía de nombre. Un rayo de sol en su cuerpo y los pasos ó la voz de Dionisia á su alrededor, era todo lo que necesitaba el pobre muchacho. ¿Qué le importaba el resto del mundo? Amaba á mi madre y á mí también, y he aquí todo. ¡Qué lástima que le hubiera ocurrido aquella desgracia á la edad de ocho años! Hubiera sido un obrero fuerte, un buen labrador; ó bien habría podido tomar un oficio como yo; habría enrojecido y retorcido el hierro sobre el yunque para hacer clavos, llantas para las ruedas de los carros, dientes para los rastrillos, relucientes rejas de arados. Ó bien se habría hecho tejedor, porque tenía gustos afeminados; habría lanzado y vuelto á lanzar la lanzadera durante toda la semana en la cueva debajo de la casa, y el domingo habría bajado con su vara de medir, su rollo de tela gris al hombro á llevar á las mujeres el peso del hilo que habían hilado. Al verle, señor, no se habría dicho que el fuego había extinguido la vista en sus ojos. Eran azules como los de Dionisia, sólo que en ellos no se leía su pensamiento tan profundo; no se veían éstos más que en los extremos de sus labios que eran móviles como sus impresiones, y que estaban un poco tristes, aunque habitualmente sonrientes. Sus facciones eran finas, su

cutis blanco, sus manos pequeñas y delicadas, su cuerpo alto, delgado y un poco encorvado como el de un niño al cual se ha vendado los ojos por diversión, y que tiende sus brazos hacia adelante para apoyarse á tientas y buscar su camino. Agregue usted á esto, señor, que tenía mejor continente y un rostro más gracioso que casi todos los muchachos de la montaña, y que su hablar era tan dulce y tan tembloroso que se habría dicho que oraba ó que daba gracias continuamente. No era nada exigente, señor; permanecía en la piedra de la fuente, ó en el banco de la puerta ó en la raíz del castaño; allí donde le decían que esperase esperaba sin incomodarse nunca. Muchas mujeres habrían podido amarle, créame usted, porque las gusta un niño que no puede separarse de ellas.

## III

Por lo que respecta á mi, señor, yo no tenía ni los mismos ojos, ni los mismos cabellos, ni el mismo carácter. Hubiérase dicho que nuestra madre nos había soñado mientras que nos llevaba en su seno de dos maderas diferentes. Él de sauce, yo de abeto. El era flexible como el uno,

yo derecho y sombrío como el otro; yo tenía los cabellos negros como los ojos, el rostro cumplido, el color pálido, las mejillas cubiertas de vello, los labios con más frecuencia cerrados que abiertos; los brazos hechos como para mi trabajo, la mirada casi siempre soñadora, como si hubiera perdido alguna cosa que las estrellas me guardasen, como me decía Dionisia burlándose cariñosamente de mí. En fin, señor, siempre andaba pensativo aunque aun joven.

La compañía no me agradaba tanto como á mi hermano; no estaba contento sino cuando me hallaba solo en mi cantera ó con mi madre, mi hermano, mi hermanita ó Dionisia. Excepto ellos, en cuanta veía pasar á alguno por las orillas de mi cantera, me ponía á silbar para que no me hablase, y en cuanto alguna muchaba en la montaña tomaba un sendero pará ir hacia donde yo estaba, yo tomaba otro. Era tan huraño como Dionisia. En la comarca, nos llamaban por burla, á ella la cabrita y á mi el cabrito. Este nombre tuvimos largo tiempo. Nunca, no obstante, Dionisia y yo nos dirigimos una palabra ni más alta ni más baja que otra. La dejaba siempre con mi hermano por compasión á su desgracia. Cuando yo iba al campo, al bosque, al retamar, al lavadero de los corderos con ellos, á él era al que ha-

blaba siempre y nunca á mí. Se hubiera entristecido Dionisia si él hubiera tenido envidia de que una de sus atenciones ó de sus palabras hubieran sido para otro. Se alegraba mucho y se enrojecía un poco cuando al volver yo los sábados por la noche la decía: « Buenas noches, Dionisia. » Pero pasado esto, iba y venía como de ordinario, en la casa, en el patio y alrededor de mi hermano. No tenía ni una palabra, ni un sonido de voz de más para mí que para otro; por el contrario, temblaba más cuando me respondía, como si no tuviera para mí tanta amistad ó familiaridad como para el resto de la familia. Ella evitaba encontrarse sola conmigo. Á pesar de esto, señor, se veía perfectamente que esta turbación de una joven que principia á temerse, no era por causa de mal humor, sino muy al contrario. Graciano decía que estaba Dionisia más alegre y más complaciente el domingo que los demás días y que el día en que yo debía subir lo conocía en su voz.

## IV

He aquí, señor, como pasábamos el tiempo. Desde la fiesta de San Juan había yo hecho un

*descubrimiento*, como suele decirse, entre las últimas cabañas y las Huttes, en lo hondo del sendero de los brezos. Era una antigua cantera abandonada, de un asperón de muelas muy fino, tierno como la manteca, franco como el oro y que sonaba como una campana á los golpes del pico. Cuando no estaba ocupado en hacer alguna obra para las cabañas, venía á mi cantera y sacaba piedras y ahuecaba cada día más para encontrar mejores vetas. Dejaba rodar los restos en la profundidad del torrente que va por debajo, de manera que después del trabajo de un par de años, había concluido por vaciar toda la antigua cantera de estos escombros que se decían amontonados allí desde el tiempo de un pueblo que llaman los romanos. Después había minado por debajo con la palanca y con la pólvora; habría usted dicho que era obra de gigantes. Había allí hiladas como escaleras para jambas de dos toesas, bóvedas, grutas en que me hundía como los mineros en sus minas de carbón para buscar granos aun más finos, paredes de rocas amontonadas y abandonadas, altas como las murallas de una ciudad. El fondo de la cantera de donde yo rodaba mis piedras y donde las labraba, era tan profundo cuando se le miraba desde lo alto de los brezos que colgaban sobre sus orillas, que si los pastores tira-

ban un guijarro había que esperar un momento para oír el ruido. Mi hermano, mi hermanita, mi madre y Dionisia, venían de vez en cuando á verme trabajar. Continuamente se admiraban del destrozo que un sólo hombre con su paciencia y su palanca había hecho en el esqueleto de la montaña. Algunas veces, cuando el sendero estaba demasiado escurridizo para que pasase mi hermano, Dionisia venía sola á traerme el pan y la leche para mi comida. Pero entonces no se detenía. Colocaba la cesta sobre una gran piedra al pie de la escala de cuerda en que yo estaba casi siempre suspendido contra los costados de la roca; me llamaba desde abajo con voz temblorosa por el miedo, y después se retiraba poniendo la mano delante de los ojos como si se asustase de verme bajar de tan alto.

## V

Y allí es donde mejor me hallaba, señor, porque nadie, excepto Dionisia, venía á incomodarme en mi trabajo mirándome y preguntándome, como en las aldeas, esto ó lo otro. El oficio de mi padre me agradaba más que si hubiera sido un oficio más productivo y más inteligente.

Yo me decía: «Haces lo que ha hecho tu padre y acaso con el tiempo lo harás tan bien como él. Si volviese estaría contento por verte haciendo su obra. Además, este oficio no esclaviza como los otros. Se le puede dejar y volver á tomar cuando se quiere. No te impide ni de subir los sábados á la choza para ver á tu madre, á Dionisia y á los animales, ni segar los henos, ni escardar los trigos, ni cavar la montaña, ni varear los árboles con ellos; y aun cuando tú no vendes muy caras tus muelas á los amoladores, á los herreros y á los segadores del país, ganas sin embargo honradamente tu jornal y el pan para tu hermano y para tu hermanita que no pueden trabajar en la casa.» Estos pensamientos me daban valor y no encontraba ya allí pedazos de piedra bastante dura para resistirme.

## VI

Por otra parte, señor, yo gustaba del oficio, amaba el hueco de las canteras, el vientre de la montaña, las entrañas secretas de la tierra, como esos marineros que he conocido en Marsella aman las olas, el fondo del mar, la espuma de los escollos; como los pastores aman la costra de las

montañas; como los leñadores desean bañar su hacha húmeda de savia en el tronco hendido de las encinas viejas y de los castaños. Dios ha dado á cada uno su gusto para que tome con placer su oficio. Lo que á mi me ha retenido constantemente en el mío, ha sido el haberlo hecho siempre solo; en él se puede, sin que le incomoden á uno, silbar, cantar, pensar, soñar, rogar á Dios. La obra va adelante bajo la mano, mientras que el corazón y la imaginación van de un lado á otro, adonde quieren. He aquí la satisfacción del oficio de picapedrero.

## VII

Y después, señor, es un bonito oficio para el oído. Cuando me pongo de rodillas delante de mi piedra bien escuadrada y colocada sobre dos rodillos de madera que me ayudan á removerla á mi gusto; cuando en un rincón de la cantera, bien al sol en el invierno, bien á la sombra en el verano, me quito mi chaqueta y me arremango, tomo el cincel en la mano izquierda y el malleto en la derecha, y empiezo á ahuecar una ranura ó á redondear una moldura con golpecitos iguales como el agua que cae gota á gota sonando desde

lo alto de la fuente en el pilón, sale de mi piedra, si es buena, una música continuada que adormece el corazón y la cabeza tan dulcemente como el lejano repique del pueblo. Diríase que mi mallet es un badajo, y que mi piedra es la orilla de bronce de una campana. No podrá usted creer cuánto este sonido anima el trabajo. Los soldados necesitan tocar el tambor para animarse en el camino; los marineros cantar para darse fuerzas para tirar de las anclas ó de las jarcias. Nosotros no necesitamos nada de esto, nuestro trabajo se arregla por los golpes del martillo y canta todo eso por nosotros. ¡Ah! Es agradable sonido el de una losa delgada de mármol, de granito ó de asperón, ó el de una pila de piedra blanda ahuecada para recibir el agua y que se ha labrado con el cincel. Parece que ya se oyen resonar los pasos de los hombres piadosos que marcharán por encima y que se prolongarán por las bóvedas murmurantes de una iglesia ó bien que se oye el murmullo de las aguas corrientes que llenarán espumando el pilón en el cual los ganados han de beber.

## VIII

Tal vez creerá usted que esta es una vanidad; no digo que no; porque largo ó corto el tiempo no es más que el tiempo. Cuando ha pasado, es ya como si no hubiera sido; pero en fin, vanidad, si usted quiere, es lo que constantemente se experimenta en un oficio cuando se siente cierta alegría al decir; « Esto que estoy haciendo durará aún después de mi muerte. » Los que escriben libros piensan que serán estudiados por ojos que no verán la luz quizá antes de miles de miles de años después. Los carpinteros que hacen armarios y papeleras, se regocijan diciendo: « Si está bien barnizado, bien trabajado, bien seco, esto durará y conservará el sello de mi mano de generación en generación en las casas de los recién casados. » Los que plantan un castaño ó una encina se dicen: « La pepita ó la bellota que siembro, contiene aquí entre mis dos dedos, más vida y más años ocultos bajo sa delgada corteza, que vida y años hay ocultos en todos los hombres que han nacido ó que han de nacer en este vasto país, durante cinco ó seis siglos. Enterrarán sus raíces en esta tierra, horadarán la roca

para extraerla su jugo, darán hojas y sombra en el sitio que les he escogido, después que la sombra de mi cuerpo y la de veinte ó treinta generaciones que hayan nacido de mí, hayan sido barridas de encima de la tierra, como las hojas á sus pies son barridas por el viento de noviembre. » Pero ¿qué es esto en comparación de lo que dura la idea del picapedrero, cuando levanta y baja su mallete sobre su cincel? Decirse : « Este golpe de mi cincel permanecerá marcado en este granito, mientras que la montaña no se funda por sí misma con el fuego del último día de la tierra; esta moldura que ahueco ó que levanto de relieve con mi cincel, esta forma que doy, según mi capricho, á la piedra, no se gastará, no se borraré, no se cambiará jamás mientras que el mundo sea mundo; la impresión de mi voluntad y de mi mano, es la eternidad. Los que aun dentro de mil años no hayan nacido, al ver esta cornisa, esta moldura, esta portada, este zócalo, esta columna, este pilón bajo la fuente en que el agua bulle constantemente se dirán : ¿Quién ha hecho esto? » El mismo Dios atrayendo su tierra hacia él y revolviéndola entre sus manos, en el fin del mundo, para examinarla, dirá viendo estos desgarrones de la cantera en sus montañas y las señales de la herramienta en las

piedras quebradas : « Un insecto ha roído mi tierra, un hombre ha tocado, ha modificado mi elemento. » ¿Piensa usted en esto, señor? ¿No ha de hacer esto al picapedrero feliz en su oficio?

Porque al fin, éste es el de las cosas sin fin. La herrumbre gasta el hierro del herrero; pero el granito ó el pórfido rojo, de los que ve usted pequeños trozos ahí, entre los guijarros de la fuente, ese no se gasta. Dícese que hay en un país que se llama Egipto, montones de piedras labradas tan altos como montañas, sin que se pueda saber ni por qué ni por quién se levantaron estas piedras en forma de gradas unas sobre otras, ni en qué época infinita de tiempo. Los pueblos, los reyes, los sacerdotes, los misterios, las historias, hasta los mismos huesos, se han fundido en la memoria de nuestra especie, todo ha corrido con las aguas de un río que se llama el Nilo, todo ha sido envuelto por esa arena que se llama el desierto; pues bien, sí señor, un soldado que ha vuelto aquí de Egipto y que me ha contado lo que eran esas pirámides, dice que se han encontrado canteras grandes como el lecho del mar, de donde esas piedras labradas fueron sacadas, que se ve aún en las canteras piedras que no están más que á medio serrar por la sierra de los egipcios ó de los gigantes de aquel tiempo, y que él mismo ha

visto sobre un ladrillo de los que revestían estas piedras, la huella del pie y de la mano de uno de los obreros que trabajaban y daban forma á estos monumentos. ¿Es todo esto de aquel tiempo? ¿Y hay muchos reyes ó reinas que hayan dejado en el mundo un rastro de sí tan duradero como ese obrero desconocido?

Pues bien, yo me digo algunas veces, « ¡también tú dejas el tuyo sobre tu piedra! » Esto consuela al hombre de su debilidad, ¿no es verdad? Igualmente le hace pensar cuán poca cosa es al lado de ese grano de piedra que salta bajo el martillo y que durará tantos siglos como nuestro polvo; pero esto hace pensar también que el alma del hombre, que es mayor que todo eso, que lo abraza todo, que sobrevive á todo eso, es una magnífica obra de Dios. Y esto conduce á agradecerle, á glorificarle, á bendecirle en la brevedad y en la duración, en la pequeñez y en la magnitud; en todas estas cosas pienso labrando mis muelas. Además, la soledad vuelve curioso. El hombre solo busca la compañía de Dios. Cuando estaba allí, envuelto en el hueco de la montaña, después del medio día, descansando un momento al sol, sin más que mi perrillo acostado en mi chaqueta, mi corazón se elevaba á lo alto, como si tuviera alas; miraba al cielo azul por

encima de los abetos, donde revolotean las águilas, y decía en mi interior al buen Dios: « ¿Oíd el ruego del hombre que sube hasta vos desde el hueco de la colina, vos señor, que oís el ruido que hacen las alas de la mosca y la palpitations del corazón de esos mosquitos inundados en un rayo de vuestro sol? »

Y luego pensaba en las Hutttes, en mi madre, en mi hermano, en Dionisia, en todo en fin. Estaba contento, y también algunas veces me entristecía, y mi madre, cuando entraba en casa me decía: « ¿Qué tienes? » Yo la repondía: « No lo sé. » Y á la verdad no lo sabía bien entonces. Sentía como una sombra en mi corazón, que le impedía gozar de su juventud.

## IX

Parecíame que Dionisia tenía algún resentimiento contra mí. Cuando yo entraba en casa, ella salía para ir á la fuente ó al establo. Cuando la hablaba contento, no respondía sino con un sí ó un no, como si estuviera impaciente por cortar la conversación. Cuando bromeaba los domingos con ella y con mi hermano, ella no reía con gusto, ó si se reía lo hacía con los labios.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

los ojos. Tenia como un pensamiento por ella sólo conocido en el fondo de su mirada; se separaba algunos pasos para ir á coger avellanas ó á recoger vincapervinca á lo largo del barranco. Por el contrario, cuando no estaban más que mi hermanita, mi hermano y ella, yo les oia bromear y reir como en otro tiempo. Un día que la pregunté por qué estaba tan seria y silenciosa conmigo, y si la habia dado algún disgusto sin saberlo, me dijo que no, que me queria tanto como á los demás, que eran ideas que me forjaba, y en seguida me volvió la espalda, pero sin disgusto. Nos dejó á mi hermano y á mi; subió la escalera del granero del heno, como para ir á echar hierba á los cabritos; pasó allí toda la tarde, y cuando bajó tenia los ojos un poco enrojecidos y dió secretamente su pan á las gallinas por debajo de la mesa, en vez de comérselo, como los demás días, alegremente con nosotros.

## X

Al día siguiente dije á mi madre: «Dionisia me quiere mal; es preciso que yo me ausente de la casa y que vaya á dar una vuelta por Francia.» Mi madre se echó á reir y me dijo: Claudio, tu

eres muy simple para tener diez y nueve años. La pobre muchacha no sabe lo que tiene, ni aun ella misma; pero yo la veo venir de lejos: te quiere mal porque te quiere demasiado bien. Cuando las jóvenes de su edad rien con los muchachos, es muy mala señal para el matrimonio; pero cuando disimulan, es que quieren que ellos las busquen con buen fin.

— ¡Oh! no, respondí á mi madre; Dionisia no aparenta eso.

— Pues bien, me dijo, finge mañana que te vas á hacer un viaje por Francia, y verás si queda contenta ó disgustada.

— Pues bien, no lo aparentaré, sino que me marcharé de verdad, repliqué; y me fuí muy triste á sentarme en el brocal del pozo.

## XI

Después de cenar, dije á mi madre, á mi hermano y á mi hermanita delante de Dionisia: «Tengo que despedirme de todos, quiero llegar á ser un buen obrero. Mañana antes que sea de día, me voy á dar una vuelta por Francia.» Mi hermano y mi hermana se quedaron disgustados, mi madre me dió delante de ellos el bastón con

puño de cuero incrustado de clavos de cobre, el mandil fino y las herramientas de mi padre. Arreglé mi saco en presencia de ellos. Cuando Dionisia vió que untaba de aceite el cuero de mis zapatos, se fué á la habitación de encima del establo y no volvió. Todo el mundo estaba triste, excepto mi madre, que estaba segura que yo no iría muy lejos.

## XII

Con todo, al día siguiente por la mañana, partí, como habia dicho, y al pasar por el patio por debajo de la ventana de Dionisia, la grité: « Adiós, Dionisia, » pero nadie me respondió. Entonces pensé: « Preciso es que la haya ofendido mucho, porque me deja partir así, sin aun siquiera desearme buen viaje. » Los pies se me clavaban en tierra bajo su ventana, como si los clavos de mis zapatos se hundieran en la roca. Al fin comencé á descender por el sendero lentamente, sin volverme por temor de sentirme inclinado á volver; las piernas me flaqueaban como las de un hombre ebrio. ¡Ah! no había bebido sino mis lágrimas toda la noche. Tenía una nube ante los ojos; marchaba como á tien-

tias; la tierra me faltaba; habria podido decir que era de noche y no obstante las últimas estrellitas que se esconden al comenzar el día en el fondo del cielo, como las bañistas se hunden en el agua por temor de ser vistas, se hundían detrás de los abetos de la montaña; y el sol, que aun no se veía, nos miraba ya por encima del monte Blanco. Y vea usted, señor, lo que es el hombre; á pesar de mi temblor involuntario y de mis lágrimas, me puse á silbar, para darme valor, un aire de danza como para decirme á mi mismo: « Tú eres más fuerte que tu pena y te burlas de todo. » Si alguien me hubiera encontrado, habria dicho: « He ahí un muchacho que está muy contento y que va de boda. » Pero Dios vería perfectamente otra cosa, si miraba mi pobre corazón.

## XIII

Mas un rumor que oí á algunos pasos de mí, en el sendero sobre las hojas secas, hizo acallar mis silbidos. Justamente en el sitio que usted atravesó esta mañana, donde todos los senderos de la montaña se reúnen como los arroyos en un lago para salir de las Huttes, y para franquear

el gran barranco que las detiene, donde hay un enorme tronco de castaño podrido, tumbado desde una orilla del torrente á la otra, y que sirve de puente para salir de nuestro terreno, vi alguna cosa que se levantaba del pie de un árbol y que parecía interceptarme el puente. « He ahí uno, dije entre mí, que se levanta bien de madrugada para llevar sus cabras al rocío, ó bien algún mendigo que quizá habrá encontrado todas las puertas de las granjas cerradas, y habrá dormido bajo las ramas. » ¿Pero, qué es lo que yo vi, señor, cuando me aproximé? Reconoci que no era ni lo uno ni lo otro, sino que era Dionisia que aparentaba ya sus cabritos antes de que el día estuviera bastante claro para que los pequeños animales pudiesen distinguir un escaramujo de una vid silvestre, ó un trébol de una cicuta. Mucho me alegré de verla aun una vez, aunque fuera tan dura de corazón como yo creía para mí. Pues bien, señor, usted pensará lo que quiera, pero yo habria dado no sé qué por no encontrarme, como en aquella ocasión, completamente solo delante de ella. Las piernas me temblaban de tal modo que casi no podía ni avanzar ni retroceder. Si hubiera habido otro camino para atravesar el torrente, á derecha ó á izquierda, con seguridad me hubiera vuelto para no tocar su vestido al

pasar, y para no oír una vez más su voz; pero no le habia. Fuéme necesario cobrar valor y marchar, como si nada hubiera oído ni visto.

## XIV

Al hallarme cerca, levanté la vista que la llevaba baja, y vi á Dionisia que se habia puesto derecha delante de mí á la entrada del puente de madera y que me impedía el paso con su cuerpo. Detúveme á seis pasos de ella sin saber lo que esto queria decir, porque ella no tenía costumbre de llevar sus animales tan lejos ni tan de mañana. El corazón se me ensanchaba bajo el pecho, como la fuente bajo las piedras cuando se funden las nieves.

Pero tan pronto como levanté los ojos y sentí su aliento contra mí, viendo la sombra de su cuerpo que el sol arrojaba á mis pies, cambié de modo de pensar y mi cólera se convirtió en compasión.

## XV

Estaba desconocida; de tal modo la habia cambiado aquella noche pasada el frío de la montaña.

Tenía los pies mojados y temblando sobre la fría hierba que crujía bajo la blanca escarcha. Su vestido negro de lana estaba aplastado y pegado á ella por el rocío. Tenía los cabellos aplastados á un lado de su cabeza, como los de uno que se ha tumbado con ésta sobre el brazo, y por el otro lado se habían escapado de su cofia de blonda negra y todos estaban cubiertos de hojas secas; de pedazos de musgo amarillo, como un cordero que ha atravesado los chaparrales. Grandes ojeras sombreaban sus ojos: se habría dicho que la habían dado una cornada sus cabritos. Bajo sus párpados, una gota de agua colgaba de cada pestaña. ¡Dios mío! me dije. ¿es Dionisia? El corazón se me partía. Traté de abrir los labios para decirle buenos días y adiós, á lo menos sin resentimiento, pero no pude, el pecho se me saltaba. Me quedé quieto, como un fantasma que hubiera salido del bosque, sin poder adelantar ni retroceder, y sin poder hablar.

## XVI

Mas Dionisia hizo un movimiento con sus brazos hacia su cuello para quitarse el collar de cinta de terciopelo negro, que no se ponía ordina-

riamente sino los domingos, y en el extremo del cual colgaba sobre su garganta un pequeño crucifijo de latón dorado, que había heredado de su madre cuando murió. Cogió el crucifijo con las dos manos y alargándole hacia mí sin levantar la cabeza: « Puesto que se marcha usted de las Huttes, Claudio, me dijo con voz que temblaba en sus pálidos labios, hágame usted el favor de llevar con usted, por amor á mí, este pequeño regalo que le hago, y de pensar en mí algunas veces cuando lo encuentre en el fondo de su saco. Usted no me quiere como los demás de la casa. Hace mucho tiempo que lo sé, pero es igual, Claudio. Yo no le quiero á usted menos por esto, y quisiera darle toda la felicidad posible. Tengo aun algunos cuartos en la bolsa de cuero de mi padre, con su taza de plata para probar el vino de los lagares. Tome usted, me dijo, haciendo pasar la bolsa de cuero de sus manos al bolsillo de mi chaqueta con el collar y el crucifijo, yo se lo ruego, Claudio, lleve usted esto también por amor de Dios. »

## XVII

Tan trastornado estaba al oír que por la primera vez de nuestra vida me llamaba de *usted*,

y tan sorprendido de ver que mostraba esta amistad en el último momento, después que me había mostrado tanta indiferencia desde hacia más de tres meses, que no sabía ni lo que pensaba, señor. Eché la mano al bolsillo de mi chaqueta para rehusar la bolsa y devolvérselo todo. Mis dedos se encontraron con los suyos. Me dió tal frío en el cuerpo y tal calor en la cara, que no vi más, y temblé con un escalofrío de tal modo que al separar sus dedos de los míos, esforzándome por sacar del bolsillo de mi chaqueta el regalo que ella hacía por mantener guardado, el crucifijo, el collar y la bolsa de cuero cayeron sobre la alta hierba entre los dos.

Por el mismo movimiento y sin reflexión, nos bajamos ambos uno delante de otro arrodillándonos para buscarlos y recogerlos, y nuestras cabezas se encontraron sin buscarse. Una lágrima de ella, caliente como una gota de lluvia de estío, cayó sobre el dorso de mi mano. Conoci perfectamente que no era rocío. « Toma, dije entre mí, todo trastornado, ¿acaso se llora así tan cariñosamente por alguno á quien se ve partir de la casa con placer? » Esto me hizo levantar los ojos sobre los suyos al enderezarnos. Justamente, ella tenía la bolsa y el crucifijo en la punta de sus dedos alargándomelos, y levantó

sus ojos hacia mí rogándome con todo su corazón que los tomase. Hubiera usted dicho que eran dos anchas flores azuladas de vincapervinea de la fuente, cuando al levantar ella su cántaro lleno, dejaba por acaso caer el agua en sus hojas. Me miró con tanta humildad al través de esta lluvia de los ojos, había tal expresión de súplica en su mirada levantada á lo alto, que me puse á llorar también sin saber de qué, y así estuvimos un buen rato uno delante de otro sollozando como tontos, con las manos juntas alrededor de la bolsa y del crucifijo, sin hablarnos, como si hubiéramos sido dos postes.

## XVIII

Animándome al fin, la dije, no atreviéndome á llamarla de *tú* como otras veces: « Dionisia, usted no me quiere mal, cuando me da todo esto que la pertenece, y cuando llora porque voy á dar una vuelta por Francia.

— ¡Oh! ya lo creo, me dijo vivamente; pero yo pensaba que era usted, Claudio, el que no me quería, por que no me hablaba con agrado como antes, y que me hallaba de más en la casa. Si yo evitaba á usted, era porque creía que mi presencia le daba disgusto.

— Y yo si me iba, era porque creía que tenía usted rencor contra mí, pero en la actualidad veo que era sólo una idea, puesto que mi primer paso fuera del país ha hecho á usted levantarse tan de mañana y la ha mojado tanto los ojos. No hablemos más, Dionisia, la dije, volviéndola á poner el collar al cuello con mis manos temblorosas. Voy á la cabaña á descolgar el saco de mis herramientas del clavo de la chimenea.

Empezó á saltar con los dos pies juntos, batiendo las palmas en el aire una contra otra y sonriendo con los labios mientras que lloraba con los ojos. Dios mio, qué contentos estábamos por habernos explicado. Subimos hacia la cabaña hablando de unas cosas y otras. Mi madre que había sospechado de todo, salió de detrás de los brezos donde se había ocultado con su pequeñuela. « Tu vuelta por Francia ha concluido, Claudio, me dijo; mi pobre hijo. Tanto mejor, ¡bah! ¿Qué habrías de ir á buscar mejor al extremo de Francia? ¿Pues que os amáis, no valía más deciroslo en seguida? Se os habría casado antes de la cosecha. » Á estas palabras Dionisia y yo nos pusimos colorados. « ¿Nos amamos? nos dijimos muy bajo, sin palabras, sólo con los rostros admirados. »

— Sí hijos míos, dijo nuestra madre, como si

hubiera entendido lo que nos habíamos dicho. Os amáis desde que el manzano tuvo flores. Lo he conocido perfectamente cuando he visto que os separabais el uno del otro, ella para ir al lado del pozo, tú para ir á lo largo de los sauces, ambos solos como dos animales nuevos que se pierden. Cuando el corazón está ligero, no se llevan á él las dos manos. Yo sabía perfectamente que concluiríais por encontraros alguna vez sin buscaros, pues todos los senderos llevan al gran camino. Pero no quería decir nada por temor de que se cayera el fruto antes de sazón y de decir la palabra antes que el corazón. Ahora es necesario casaros, y yo estoy muy contenta porque esto concluirá con todos los negocios entre los parientes y todas las particiones entre las tres cabañas que reclaman los hijos del recovero. Las dos propiedades no serán más que una, así como vosotros no compondréis más que una casa. ¿No es verdad, Claudio? ¿No es verdad, Dionisia?

No dijimos nada y ni aun nos atrevimos á levantar la vista para mirarnos. Pero continuamos marchando uno detrás de otro hacia la cabaña. Mucha verdad era lo que mi madre había dicho: sin saberlo nos amábamos.

## CAPÍTULO VIII

« Ahora, añadió mi madre, podéis hablaros. »

*Hablarse*, en nuestra lengua, quiere decir tener relaciones amorosas honestamente antes de casarse.

Colgué mi saco del clavo, cogí mis herramientas y bajé contento la montaña para trabajar en la cantera. Muchas piedras eche á perder en aquel día. El martillo andaba como la cabeza. Veía el rostro de Dionisia como un arco iris en el polvo que levantaba mi cincel. Continuamente miraba si el sol se ponía ya, para dejar el trabajo y subir á verla á las Hutttes. Me parecía que Dios había clavado el sol en medio del cielo y que no bajaría nunca hacia el lado del castillo.

## II

Al volver aquella noche á la cabaña, ya mi madre había contado á Graciano y á mi herma-

nita Anita que quería casarnos á Dionisia y á mí dentro de cinco semanas, para que reuniésemos las mitades del campo de retamas del cercado, y los grandes castaños de los que la mitad de los frutos pertenecían al recovero y los demás á nosotros, según que la rama colgara del lado de su tierra ó de la nuestra, lo cual daba lugar á disgustos entre las dos familias. « Y además, mi pobre hijo, había añadido mi madre, también deseo estas bodas por ti; porque una vez casada Dionisia en la casa, no correrá el peligro de ser pretendida, como ya lo ha sido, por los muchachos de abajo y de abandonar las Hutttes. Una vez muerta yo, y Dionisia ausente para siempre, ¿qué sería de ti? ¿Quién te llevaría de la mano por los senderos? »

Mucho había alegrado á mi hermano y á mi hermanita la noticia. Mi hermano decía: « ¡Qué alegría que Dionisia no deje ya la casa! Estoy seguro de que tendré continuamente mi sol en sus ojos. » Hablamos de las bodas alegremente, mientras cenábamos. Todo era alegría en las Hutttes; Dionisia estaba en todo; iba, venía, nunca había estado tan atenta para cortar el pan de mi pobre hermano y para entretener á Anita. Llamaba á sus gallinas en el corral y á sus palomas en el tejado, con una voz que yo no la había oído

nunca. Se dijo que nos casaríamos el día segundo de la pascua de Pentecostés. Mi madre bajó al valle para convidar á los parientes, hablar al notario y advertir al campanero que repicase aquella mañana.

## III

Desde entonces principiámos á hablarnos, como se dice, Dionisia y yo. Es decir, señor, que cuando ordeñaba sus animales, yo iba al establo con ella y agarraba las cabras de los cuernos, mientras que Dionisia se arrodillaba sobre las hojas secas de la lechería y levantaba hacia mí su rostro, sonriendo para bromear; yo cargaba su haz de heno ó de retamas, cuando volvía por la noche ó al medio día del campo ó del baldío, mientras que ella marchaba con los brazos colgando ó se entretenía en coger zarzamoras olvidadas por los pájaros en el invierno, ó en coger gordolobos ó amapolas.

Los domingos y días de fiesta, se ponía más á menudo su vestido adornado y sus zapatos, y bajábamos los dos solos hasta la tienda de al lado de la iglesia, y allí comprábamos unas veces un plato, otras una plancha, otras un cuchillo, otras

un ciento de alfileres, otras una vara de puntillas negras para cuando estuviéramos casados. Por el camino nos divertíamos en ver quién corría más de prisa en las pendientes de hierba escurredda de la montaña, y quién saltaba mejor las regueras que se hacen para regar los prados; quién descubría primero el guijarro más reluciente en el agua corriente, la flor más fina bajo el musgo, el más bonito nido en el chaparral. Algunas veces nos cogíamos las manos por la punta de los dedos y marchábamos sin decirnos nada, como dos niños que vuelven de la escuela. He aquí á lo que se llama entre nosotros hablarse, como ya he dicho á usted.

## IV

Por lo general nos sentábamos, separados de los demás, en las rocas en que el musgo amarillea al sol, allá, á la orilla del barranco profundo, desde donde oíamos el agua sonar en el fondo sobre las piedras, como en la actualidad resuena, señor. Esto nos hace soñar, decía Dionisia á mi madre. El sol en medio del cielo allá arriba, la noche oscura allá abajo, en el fondo, bajo nuestros pies, en el barranco; la orilla del abismo

sobre el cual colgaban las ramas, que parecían querer mirar al interior, como si sus hojas tuvieran ojos; los mirlos que partían de sus nidos con un ruido que asustaba á sus hijos; los pinzones que revoloteaban en el cerezo, ó las alondras en el azul del aire; los lagartos que nos miraban desde las rocas; el ruido de nuestro aliento, que se esparcía suavemente cuando los pájaros permanecían silenciosos, y que nos hacía comprender que éramos dos; he aquí, señor, en qué pasábamos las horas, la mayor parte del tiempo. ¡Ah! las hermosas horas de estío, durante las semanas en que debíamos hablarnos. Después nos volvíamos cuando las sombras crecían, con un paso casi tan lento como el de las sombras sobre la pendiente de la montaña. No habíamos andado, señor, habíamos estado quietos toda una tarde, y nos parecía sin embargo que no podíamos levantarnos de esas rocas y arrastrábamos por la tierra los pies tan lentos y tan fatigados como si hubiéramos arado ó escardado todo el día.

## V

La verdad es que yo no era el mismo obrero que antes en mis canteras, ni ella tan trabaja-

dora en la casa. Bajaba tarde, subía temprano, y trabajaba sin ganas. Me disgustaba ahora estar solo, á mí que tanto me había gustado antes no ver á mi alrededor moverse más que mi sombra. Por su parte Dionisia no era la misma en el campo, en el establo y en el hogar. Se peinaba mucho más tiempo en la ventana, delante del espejo que yo la había comprado. Lavábase con mucha frecuencia los pies, las manos y la cara en el pilón de la fuente, cuando el polvo del heno ó de la cebada trillada la había algo empolvado. Sus camisas de grueso cáñamo estaban mejor plegadas, desde que yo la había dado su plancha. Algunas veces ella misma se dejaba poner complacientemente flores blancas de escaramujos en sus cabellos. « ¡Oh! ¡si tú pudieras verla qué hermosa está con su flor! » decía Anita al pobre ciego, y le refería la belleza de su prima, y como las flores de escaramujo lucían como estrellas en los cabellos de Dionisia, y cómo las hojas que colgaban asombraban ligeramente sus mejillas.

## VI

También Dionisia parecía que hallaba los días largos en la casa, como yo en la cantera; pues

entonces, antes que se oyese tocar al medio día la campana de Saint-Point, cogía su cesta, en cuyo fondo ponía un mantel de cáñamo y me llevaba completamente sola, mi pan, mi leche, mi manteca y mi sal á la cantera. Ya no tenía miedo de encontrarse, ni aun de quedarse sola conmigo en el fondo de la cantera ó en el subterráneo. Pero yo no quería que bajase allí, temiendo no se cortarán sus bonitos pies descalzos en los afilados pedazos de piedra. En cuanto la oía venir, subía al borde, cogía la cesta é iba á sentarme para comer mi provisión en lo alto de la cantera, bajo el gran abeto cuya raíces descubiertas cuelgan á lo largo del precipicio, como culebras enroscadas por la cabeza á las ramas y que dejaban ondular sus colas. Entonces sacaba de la cesta lo que en ella había puesto, extendía el mantel de tela gruesa sobre la hierba y se quedaba en pie, apoyada contra el árbol, mirándome comer y beber. Me gustaba decirla : « Siéntese usted, Dionisia, y coma un poco conmigo. » Elle se echaba á reir, y decía : « No. Eso era bueno cuando no nos hablábamos aún y yo no era más que su prima de usted, pero en la actualidad soy su prometida y en breve será usted mi señor ; debo, pues, servirle y no sentarme y comer delante de usted. »

Es la costumbre del país, señor, y no tenía nada que decir; pero me desquitaba haciendo como que se me caía un pedazo de pan al suelo, y tocando con los labios como por casualidad la punta de sus pies. Ella los retiraba poniéndose colorada. Vea, usted, señor, en lo que invertíamos el tiempo.

## VII

Éramos tan felices, señor, que no pensábamos sino en nosotros. Así sucede. Dionisia no se percibía de que durante esas ausencias de la casa y durante nuestros largos paseos por las rocas ó nuestros ensueños al borde del barranco, el pobre Graciano, que hasta entonces no había dejado la punta de su delantal, se quedaba frecuentemente solo con Anita ó con el perrillo. Permanecía donde le habían puesto; unas veces en una piedra al sol en el patio, otras en la hierba bajo el serbal, no atreviéndose á venir donde sabía que estábamos, porque conocía perfectamente, sin que nosotros se lo dijéramos, que nos gustaba más estar dos que tres, y también porque hablábamos más bajo cuando estaba á nuestro lado. Siempre le decíamos algunas pa-

labras yendo y viniendo, y nos respondía con mucho cariño; pero era igual: veía confusamente, por la primera vez, que estaba demás para Dionisia.

## VIII

Con Anita charlaba cuanto podía, tratando de retenerla á su lado; y por ella hemos sabido lo que la decía. «Quédate conmigo, la decía, mi pequeña Anita; tú ves perfectamente que Dionisia no necesita ahora ni de ti ni de mí. Ya no es como otras veces; nosotros, ni tú, ni yo, ya no somos bastante buenos para ella. Es necesario que ella esté siempre en la cantera, siempre en los avellanos, siempre en el arroyo con Claudio. Es natural, ya lo ves, ellos se ocultan, aman, son novíos, van á casarse, tienen otros cuidados en la actualidad que no el de pensar en nosotros.»

Y Graciano ocultaba su rostro de la pequeña, para que no viese las gruesas lágrimas que rodaban de sus ojos sin luz por sus mejillas. La misma niña se ponía triste con estas cosas de Graciano; pero tenía necesidad de dejarle también para ir á llevar las cabras á los brezos, porque Dionisia no tenía ya ni tiempo, ni gusto para ir como otras veces. ¿Qué hubiera dicho la gente si hubiera

visto una joven como ella, próxima á casarse, guardar los cabritos todo el día, sentada sobre una roca hilando su rueca? Eso estaba bien cuando era niña ó cuando fuera vieja. El mundo para ella era yo. Se habría creído humillada á mis ojos. Ya no hacía más labores que las de la casa: desde que se creía la mujer de su primo. Nos tenía tal cariño á todos, que involuntariamente olvidaba algo de su trabajo. Pero también, señor, hay que confesar, que yo no veía más que á Dionisia en mis ojos, en mi corazón, en mis sueños de noche, en mi trabajo de día, en mí y fuera de mí. Parecíame que el mundo entero, cielo y tierra, estaba en mí con ella, y que fuera de ella y de mí no había más ser viviente. ¡Ah, señor, qué malo era pensar sólo en nosotros dos y sentir nuestro bien de tal modo que casi no sentíamos el mal de los demás! ¡y cómo me ha castigado Dios!

Cuanto más se aproximaba el día de nuestras bodas, menos nos separábamos uno de otro.

## IX

En ocasiones nos deteníamos mucho tiempo después de haber cerrado la noche, hablando

tranquilamente bajo el serbal, junto á la casa ó en el brocal de la fuente después que yo la había sacado su cubo de agua del pozo. El fuego del hogar encendido por mi madre, flameaba ya desde hacia mucho tiempo al través de las vidrieras ó de las junturas de la puerta y no podíamos decidirnos á entrar. Era necesario que la pequeña viniese á llamarnos dos ó tres veces para que fuésemos á cenar.

Figúrese usted el estado de Graciano; parecía un alma en pena, con los pies sobre los morillos, la cara entre las manos; no oía más que el chisporroteo de las retamas en el hogar y el ruido de los zuecos de la madre en la casa. ¿Dónde estaba la voz dulce y la risa amistosa de su querida Dionisia? Desde su desgracia todo era noche para él; pero desde mi felicidad, todo se había convertido en silencio alrededor del pobre muchacho. Su alma se quebraba y nosotros no lo sospechábamos. Pues si nosotros estábamos contentos, ¿no debía estarlo todo el mundo? ¡Qué razonamiento! ¿no es verdad? Pero así razonan los corazonados.

Un domingo por la tarde nos habíamos dete-

nido más que los demás días; era justamente el último domingo antes de aquél en que debíamos casarnos y nos decíamos: ¡Todavía ocho días, Dionisia! ¡Todavía una semana, Claudio! Nos encontrábamos tan felices con ese bienestar que se siente cuando se aproxima alguna cosa agradable sin que nada pueda detenerla, que casi no podíamos andar para volver á la cabaña. Hacía calor como si el viento saliese de la boca de un horno cuando se ha calentado por la mañana con haces de hierba olorosa. Había delante de las estrellas algunas nubecillas semejantes á rebaños de corderos. Las mirábamos sin hablarnos. Habíamos ido sin percibirnos muy lejos, muy lejos, por encima de esa roca, hasta el sitio en que el torrente cortado á pico se hunde como un pozo entre las dos orillas escarpadas de arena roja, en donde habíamos puesto un seto de espinos secos entre los troncos de los árboles para impedir que los animales se cayeran por el precipicio. Dionisia estaba en pie recostada en un blanco tronco de haya y yo estaba á seis pasos de ella en pie también, rodeando con los brazos el tronco de un castaño nuevo y apoyando la cabeza sobre su corteza. Lo que pensábamos así, en reposo, delante de nuestra tierra y apoyados en nuestros árboles, delante de las estrellas y pudiendo oír los latidos

de nuestros corazones contra la madera, sólo el viento lo sabe. ¿De que hablábamos, al pronunciar una palabra cada cuarto de hora? las hojas únicamente lo pueden decir; pero sé perfectamente que no pensábamos en volver á casa. ¿Acaso, señor, se siente correr el tiempo cuando el corazón está parado y no dice la hora por ninguna pena ó por ningún deseo?

## XI

No sabíamos pues que hora era; pero parecía que era próximamente media noche y que no viéndonos volver á pesar de ser tan tarde, á la casa, mi madre y Graciano estarían alarmados por nosotros. Pero nosotros estábamos tan en paz, que oíamos hasta el ruido de las hojas. De pronto y en el lado opuesto á aquel en que estábamos, oímos el ligero ruido de un palo que golpeaba las hojas como para hacer levantar los pájaros de sus nidos, luego ruido de pasos en la hierba, en seguida un gran grito, y por último la caída de alguna cosa ó de alguno que caía como una gran piedra en el fondo del agua á sesenta pies bajo los árboles. Luego, nada, señor.

## XII

Dionisia se lanzó hacia mí, dando un grito de temor y yo hacia ella. Un pensamiento la ocurrió al instante: ¿Si será el ciego? Corrí delante de ella á buscar, á seis pasos de allí la entrada del sendero que había hecho mi padre en su tiempo á fin de que mi madre pudiera bajar sin peligro al *abismo* á lavar los corderos. Dionisia me seguía agarrándose de mi chaqueta con una mano y sujetándose con la otra á los musgos y á las hiedras de la pendiente. Al aproximarnos oímos un ruido de brazos que se agitaban convulsivamente en el agua poco profunda y un gemido ahogado.

« Graciano, mi Graciano, ¿eres tú? » gritó Dionisia.

Yo tenía ya en mis brazos, señor, á mi pobre hermano medio muerto: ¡era él!...

Depositámosle en la orilla y recobró el conocimiento y la palabra. Pero creará usted, señor, que en lugar de dar gracias á Dios y á nosotros, dijo á media voz no pensando sin duda ser oído: « ¡Qué desgracia! » No se sabe bien si hablaba de la desgracia de haberse caído ó de la desgracia de haber sido salvado. Esto me hizo suponer

después que había tratado de matarse no pudiendo soportar por más tiempo su aislamiento; pero acaso también se habría caído sin poderlo remediar, buscándonos y tomando un árbol por otro. Cuando al día siguiente hablé de esto á mi madre me puso un dedo en la boca diciéndome : « ¡No lo creas jamás, Claudio! Ofenderíamos á Dios sólo con pensarlo.

## XIII

No se había roto ningún miembro el pobre Graciano, pero se hallaba tan atontado y magullado todo su cuerpo por la caída al fondo del *abismo*, que no podía hacer ningún movimiento para ayudarse un poco á salir del agua y á subir los escalones de las escarpadas orillas. Le cogí á cuestras como una piedra en la cantera; Dionisia le sostenía la cabeza por detrás. Así subimos hasta los árboles de la orilla; le llevamos desvanecido y tiritando á la casa y le acostamos en el establo entre los corderos que le calentaron con su cuerpo y con su aliento. Mi madre, Anita y Dionisia, daban gritos como si el lobo se hubiera llevado los corderos. Todo era desolación y confusión en la cabaña. Al fin el calor del establo y

los abrazos de las mujeres, volvieron completamente á Graciano á la vida. Dijo, que viendo á su madre inquieta por nuestra prolongada ausencia, había ido á lo largo del torrente para buscarnos, que había equivocado el sendero, le había faltado la tierra y había rodado hasta el fondo del precipicio.

No obstante, si efectivamente nos hubiera buscado, habría sin duda llamado ó gritado para que se le pudiera oír de lejos en la noche por Dionisia ó por mí. Pero no habíamos oído ningún grito antes del ruido de su caída y por consiguiente no había gritado. Esto continuó aumentando mi suposición de que el desgraciado se había arrojado expresamente al precipicio por no poder soportar el aislamiento á que mi matrimonio con Dionisia iba á condenarle.

## XIV

Dionisia por su parte, parecía de tal modo creer lo mismo, que al día siguiente cuanto amaneció y nos vimos delante del ciego aun echado con la fiebre en el establo, ella se puso de color de fuego y en seguida palideció como una muerta al sonido de mi voz. No levantó los ojos hacia mí y

mi presencia pareció darle como un golpe mortal en el pecho. Cuando quise acercarme á ella al atravesar el patio : « ¡Ah, Claudio, me dijo por lo bajo, qué desgracia. Y decir que yo soy la causa, por haber tenido demasiado gusto en encontrarme constantemente con usted y por haber abandonado á su hermano á su desgracia y á su pena! Toda la noche me lo ha estado echando en cara su madre de usted en tanto que Graciano, ardiendo de fiebre, soñaba á voces en el establo y nosotros le dábamos de beber. « Dionisia, gritaba, Dionisia, ella es la que me mata. ¿Por qué me ha iluminado el camino con su mano toda mi vida, si después debía abandonarme á mi oscuridad en la montaña? ¿Qué será de mi cuando mi madre haya muerto y Dionisia esté ocupada todo el día en sus quehaceres con su marido y sus hijos?... ¡Oh! ¿por qué me han sacado del *abismo*? ¿Qué me arrojen á él, que me arrojen á él, madre mía! ¿Á qué me traen al sol si no debo ver más el día ni por el sol ni por sus ojos? » Y su madre de usted oyendo esto me decía : « Desgraciada, tú eres la que has hecho todo esto. ¿Qué necesidad tenias de estar todo el día colgada de la chaqueta ó á la sombra de tu prometido sin pensar en el ciego como si no existiera? ¿Fué para esto para lo

« que Dios y yo te le habíamos confiado? »

« ¡Y tiene razón, Claudio, somos muy culpables por haber pensado tanto usted en mí y yo en usted, como si no tuviéramos otra persona en quien pensar. Tenemos que castigarnos ó Dios nos castigará!... »

## XV

Al oír estas palabras, un escalofrío de terror me corrió por todo el corazón é hice señas á Dionisia de que se detuviese, como si el temor me hiciese adivinar lo que quería decir. Pronto entrevi mi desgracia, pero no traté de confesarla, temblando de verla y cerrando mis ojos y mi corazón, como cuando pasaba al lado del *abismo* é inclinándome para ver el fondo, retrocedía asustado. Nos miramos, nos apretamos las manos llorando; y en seguida entramos en el establo.

Graciano, continuaba débil y con fiebre; pero el día y el aire puro de la mañana le habían aliviado algo. No gritaba y parecía buscarnos con sus ojos ciegos tan cariñosos y llenos de lágrimas que daban compasión. Dionisia se aproximó á él, le cogió la mano y le habló con palabras tan

dulces que el pobre Graciano se sonrió y pareció tranquilizarse. Entonces yo, un poco más sosegado por la mejoría que él sentía, les dejé para ir á mi trabajo.

Fuime á la cantera algo consolado y me puse á trabajar con furia para engañar mi disgusto; pero con frecuencia me detenía en medio de mi trabajo agitado por tristes pensamientos. ¡Renunciar á Dionisia! esto me desesperaba; decíame : « eso no es posible; Graciano irá mejor; la fiebre es la que le ha hecho hablar así; eso pasará con la enfermedad. Después, cuando esté curado, ya no le abandonaremos Dionisia y yo; estará ella á su lado mientras yo esté en el trabajo y los domingos le tendremos en nuestra compañía. » En fin, señor, procuraba hacer entrar en mi ánimo un poco de consuelo. Alternativamente hacía día y noche en mis reflexiones; á veces el desaliento era más fuerte, otras la esperanza era mayor y á pesar de todo subí por la noche á las Huttes más consolado.

Pero el estado de Graciano alejaba mi esperanza. Adelgazaba á la vista, y todo su pobre cuerpo se destruía : los cuidados de Dionisia no conseguían nada. Entonces vi perfectamente, á pesar de mis deseos, que no era sólo el cuerpo el enfermo, sino sobre todo el corazón.

La fiebre continuaba imperando; todas las noches le atacaba con más fuerza y le hacía delirar. Entonces Graciano se ponía á llamar á Dionisia, siempre á Dionisia. Y yo lloraba al lado de nuestro pobre ciego como todos los de casa y me decía muy bajo y tristemente : « es necesario hacerle el sacrificio. »

Así pasé dos meses combatido por mi pena y por mi deber, resignado un día, desalentado al siguiente y no pudiendo decidirme á renunciar á Dionisia. Mi madre me suplicaba todos los días; yo cedía un momento enternecido por sus lágrimas y por el mal de Graciano, y después resistía. Había rogado á Dios, pero nada conseguía. Ya no trabajaba; permanecía en la cantera con los brazos colgando y los ojos tristemente fijos en las Huttes.

Muchos días pasé así, cuando una tarde al subir oí tocar la campana de Saint-Point que tan bien hace nacer la idea de Dios. Estaba tan enternecido por mis pensamientos del día, que oyéndola me embargó un sentimiento de piedad. Oré con ardientes lágrimas pensando en Graciano, en mi hermano enfermo, pensando en que mi resistencia hacia prolongar su enfermedad y su pena, y llevaba el disgusto á la casa. Pensé que hacía mal en retardar de este modo su curación y que

era necesario renunciar á Dionisia, puesto que Dios lo quería.

Llegué á las Huttas dispuesto á cumplir con mi deber, cuando me encontré en el patio á Dionisia que parecía esperarme. « Y bien, Claudio, me dijo; Graciano continúa sufriendo; temo que Dios nos maldiga si le dejamos así perecer. Es necesario salvar á nuestro hermano ciego. Usted es despierto; usted es capaz de ganar su vida con sus dos brazos; jóvenes no le han de faltar para casarse; todo el mundo le estima como un buen obrero y excelente muchacho. Vamos, procure usted no pensar más en mí; pero es necesario que yo me quede aquí para cumplir con mi deber, para servir de criada á su madre de usted y de hermana ó de... á Graciano. » Nunca pudo decir la palabra *mujer*.

Echóse á llorar al decir estas palabras y se ocultó en el granero de heno para llorar todo el día. Se la oía sollozar desde la casa al través de las junturas de las tablas.

Mi madre entonces vino á su vez y me dijo: « Claudio, yo te había dicho que era necesario casaros á Dionisia y á ti. Yo creía que esta era la voluntad de Dios y el bien de la casa; pero veo perfectamente que será una falta que Dios castigará y que será la desgracia del que ya es el más

desgraciado de todos, de mi pobre Graciano. Él ama á Dionisia tanto como tú, ya lo ves. Acaso la ama más porque ella para ti no es más que tu alegría y para él es la luz. ¿Qué piensas hacer? ¿Quieres que tu hermano no tenga más bastón vivo en toda su vida que conduzca sus pasos y que á cada momento caiga en los hoyos de los caminos, ó en los de su corazón? ¿Ó bien quieres tú ver siempre, continuamente, en el rincón del hogar á un desgraciado del que cada respiración será un reproche y una condena de tu dureza para con él? Por fin ¿qué quieres tú hacer?

— Quiero hacer lo que usted me mande, madre mía, cueste lo que cueste, le contesté. Amo más á Dionisia que la luz del cielo en mis ojos, es verdad; pero amo más la paz en la casa, la obediencia á la voluntad de usted y la gracia de Dios que mi felicidad misma. Así, mande usted madre mía, y sin murmurar haré lo que me diga.

— Pues bien, vete, me dijo echándome los brazos alrededor del cuello y sollozando sobre mi cabeza, vete mi pobre Claudio, y me retenía á pesar de eso apretándome sobre su pecho. Levanté los ojos hacia la ventana del granero y vi á Dionisia que lo había visto todo, que todo lo había oído y que enjugaba sus ojos con la punta del delantal. Oí estas palabras al través de la tela y al través de

sus sollozos : « ¡Adiós, Claudio! » Dicho esto, señor, apreté mi corazón con las dos manos, cogí mi saco del clavo y bajé la montaña sin volverme, temiendo no poder levantar mis pies al volver á ver el humo de las Huttes. Tres meses después se casó Dionisia por obediencia con el ciego. No pensó más en mí y fué una buena mujer de Graciano.

## CAPÍTULO IX

### I

Yo. ¿Y qué fué de usted, Claudio, después de ese desgarramiento de dos corazones?

ÉL. ¿De mí, señor? aquel día comencé mi vuelta por Francia.

Yo. Cuéntemelo usted si no le molesta y si el sol que baja nos da tiempo.

ÉL. ¡Oh! tengo poco que decir. Yo no estaba ya conmigo, no estaba allí donde estaba. Mi cuerpo iba y venía por el país; pero mi corazón y mi alma se habían quedado en la montaña. Dionisia, mi madre, Graciano y Anita estaban allí. El resto del mundo era todo uno para mí. Pero, entonces fué cuando empecé á pensar más y casi continuamente en Dios. Aquel sacrificio que me había visto obligado á hacer de toda mi felicidad en este mundo de aquí abajo, me había enternecido el alma y como vuelto el corazón hacia lo alto. El Señor me recompensaba haciéndome comprender á mí, ignorante, que su amor podía aún

llenar mi vacío corazón. Y luego yo me dije :  
 « Puesto que tu madre te ha mandado hacer el  
 mayor de los sacrificios por tu hermano ciego,  
 todos los demás sacrificios que hagas á los demás  
 serán bien fáciles y ligeros. Pues bien, haz todos  
 cuantos encuentres en tu camino. Dios te recom-  
 pensará, no en este mundo, porque no tiene nada  
 que darte en la actualidad cuando te ha quitado  
 á Dionisia, sino en la otra vida. »

## II

Y dicho esto, señor, me fui durante siete años  
 de pueblo en pueblo, de cantera en cantera, con  
 mi cincel y mi piqueta, pidiendo trabajo allí donde  
 lo había y perfeccionándome en mi oficio tanto  
 como puede perfeccionarse un muchacho, ya de  
 bastante edad para aprender á leer, á escribir, y  
 á trazar perfiles con lápiz sobre el papel. Pero la  
 piedra la plegaba y la desplegabá lo mismo que  
 un papel. Los maestros me estimaban y los com-  
 pañeros también, porque era fiel con los unos, y  
 servicial tanto como podía con los otros.

## III

Entonces fué cuando tomé la resolución de no  
 ganar más que lo que justamente necesitase para  
 mi alimento, para mis vestidos, para el uso de mis  
 herramientas y para un sitio bajo un tejado en  
 los pueblos, en las canteras ó en las casas para  
 las cuales trabajaba. Solamente que no lo decía  
 por temor de que se me tomara por un hombre  
 que quería singularizarse. Tomaba de los maes-  
 tros el precio de mi jornal como otro obrero;  
 pero cuando veía un camarada viejo, casado, car-  
 gado de familia; ó bien cuando uno de los obre-  
 ros jóvenes tenía padre, madre y hermanas á  
 quienes alimentar con su martillo; ó bien por fin  
 cuando entre ellos había un accidente, una enfer-  
 medad, una ausencia obligada, entonces traba-  
 jaba para ellos en la cantera, les hacía su trabajo  
 y tomaban su jornal como de ordinario. Me ha-  
 bían dado el mote de *reemplazante* en todas las  
 canteras, y si alguno quería descansar un día venía  
 naturalmente á mi y me decía : « Vamos, Claudio,  
 necesito un buen muchacho en mi lugar », y yo  
 iba, señor.

## IV

Usted me dirá: « ¿Por qué había usted renunciado de esa manera á sí mismo y gastaba sus herramientas, su tiempo y su juventud sin pensar un poco en el porvenir? » Pues era porque habiendo perdido la esperanza de casarme con Dionisia, había resuelto no casarme jamás, porque otra que fuera como Dionisia era para mí, era imposible que la encontrara aunque diese diez veces la vuelta á Francia y aunque fuese mucho más allá. ¿Qué quiere usted? aun cuando las habría tan agraciadas y más bellas que ella, no eran, sin embargo, ella. Nosotros éramos dos granos de la misma espiga. Los demás granos del haz podían muy bien ser tan buenos; pero no se encontraban como éstos, ni se ajustaban, ni se conocían en la misma espiga. Á lo menos para mí no había en el mundo más mujer que Dionisia. Todas las que veía pasar los domingos, que iban á los bailes ó á las iglesias, me hacían decir: « Esa no es Dionisia. » Me había quedado impresa en la vista como un grano que nos hace ver mil estrellas, pero que también nos hace llorar. « Puesto que has hecho este sacrificio por

el pobre ciego y ahora hay paz en casa, me decía, puedes hacer muy bien otros sacrificios en tu vida. Y á la verdad, lo poco que hacia por los demás no me costaba nada. Cuando se ha dado el corazón que se tiene en el pecho, ¿qué es dar los brazos ó la mano?

Y mucho más teniendo como recompensa la amistad de todo el mundo en las canteras.

De este modo invertí siete años en dar mi vuelta por Francia, tomando constantemente el camino que me llevaba más lejos cada vez que me dominaba el deseo de volver á la montaña y al valle de Saint-Point.

## V

— ¿Pero qué es lo que consolaba á usted en su aislamiento y en sus penas? le dije á Claudio. ¿Tenía usted noticias de su madre y de Dionisia? ¿Las escribía usted? ¿Tenía usted un amigo con quien hablaba de las Huttes, de su infancia, de su amor, de sus desgracias?

— No señor; nadie me escribía ni yo escribía á nadie, porque en la familia ninguno sabía leer ni escribir. No hablaba nunca de *ella* ni de mí, y ni siquiera se sabía de que lugar procedía yo.

Con todos los compañeros tenía buena amistad, sin intimar en particular con ninguno, excepto cuando alguno se caía de la escalera ó se rompía un miembro en la cantera. Sin embargo, si tenía un amigo que me consolaba y que me sostenía contra todo, dijo levantando la vista hacia el sol con un movimiento imperceptible.

— Otro domingo me contará usted eso, le dije levantándome y disponiéndome á marchar, ¿no es verdad, Claudio? Ya me ha dicho usted bastante para entristecerme toda la semana.

— ¡ Oh, señor! jamás se debe estar triste, replicó con una sonrisa de contento que contrastaba con su relato, con la soledad y con las tumbas verdes esparcidas á nuestros pies y á su alrededor. Jamás se debe estar triste, porque la tristeza quita la fuerza al brazo; y además la vida es tan poca cosa, que no merece ni aun siquiera detenerse para llorarla. Vaya señor, todo concluye bien, esté usted seguro. No se trata más que de esperar su hora, aquí abajo ó en el otro tiempo.

-- ¡Á qué llama usted el otro tiempo? le dije yo.

— El que no concluye nunca, respondió.

Nos separamos como dos amigos que se han dado cita con la vista diciéndose adiós.

## CAPÍTULO X

### I

Apreciaba yo á este pobre hombre, y este pobre hombre me apreciaba á mí. Aunque me hallaba inferior á él en filosofía, en sentimiento de las cosas sobrenaturales, en desinterés, en resignación, y aunque sumergido en esta corriente de pensamientos humanos, por encima de los cuales él irradiaba, sin saberlo, como una cima por encima de la bruma; había sin embargo algo de común entre nosotros: el sentimiento de la divinidad en la naturaleza. Éste era el imán que me atraía hacia las Huttas y el que me hacía soportar mis largas visitas á Claudio. Ocho días después subí hacia su retiro.

Encontréle ocupado en recoger un enjambre de abejas. El enjambre se marchaba formando un torbellino en el aire límpido por encima de su cabeza, tratando á la vez de huir y de quedarse en el cercado. Parecía combatir entre dos instintos contrarios; el de la libertad y el del pesar. Claudio cogió

el enjambre con sus dos manos al posarse sobre un manzano y le colocó, sin haber sufrido picaduras, en el tronco ahuecado de un abeto que había preparado al efecto.

— Aquí tiene usted una nueva familia que me ha llegado esta semana. No ha venido sin que alguien la haya llamado; vea usted, y me mostró una veintena de plantas de pipirigallos en flor; estaba puesta la mesa para todos estos convidados á la boda de Dios; ¿no es verdad? añadió.

— Y la casa también, le contesté mostrándole el corcho colocado por él sobre dos piedras. ¿Pero cómo, Claudio, saca usted su rostro intacto y sus manos libres de esa nube de agujones volantes que me picarían á mi con sus mil dardos?

— ¡Ah! es que me conocen de madres á hijas, de familia en familia y aun antes de salir al sol por la primera vez. Parece que sus madres ó Dios les dicen antes: « No hagáis mal al que os quiere bien. » Se cree que los animales no tienen su educación y no es verdad. ¿Por qué, si no, las cornejas dejan aproximarse al que lleva una reja de arado reluciente sobre el hombro, y huyen del que lleva un fusil bajo el brazo? ¿Es que cree usted que su padre y su madre no les han ense-

ñado lo que era la pólvora? ¿Y los pececillos? señor; yo me he entretenido muchas veces los domingos, cuando era pequeño, en cogerlos desde la orilla del arroyo con la mano, ponerlos en mi sombrero y dejarlos lejos, muy lejos en la hierba. Pues bien, aunque los dejaba distantes del lecho del arroyo, y aunque la altura de la hierba les ocultaba la vista del agua, volvían todos por sí mismos sin equivocarse el camino. ¿Cómo habrían hecho esto si no se lo hubieran enseñado al salir del huevo? »

Hablamos largo tiempo de estos fenómenos de la inteligencia de los animales; y en seguida di un giro más serio á la conversación. Prestábase á ello Claudio, porque conocía perfectamente que no era tanto la curiosidad humana la que me acercaba á él como la curiosidad divina; es decir, el placer de hablar de Dios.

Y éste era el atractivo entre este hombre y yo. No separaba yo mi pensamiento de él con facilidad. Cuando desde el fondo de mi jardín ó desde las alturas de mis bosques, situados al otro lado del valle, oía en el silencio del medio día resonar

el acompasado golpe del martillo del picapedrero, mi oído escuchaba este ruido como el zumbido de un pobre insecto llamado hombre que horada la roca, que profundiza la tierra, que agujerea el cielo para buscar allí lo que sin cesar le llama y lo que eternamente le huye, su Dios. Decíame : cada golpe del cincel de este hombre, es también un golpe de su imaginación en sus sienes para ensancharla en proporción de la gran idea que le tiene enfermo. Me preguntaba á mí mismo concienzudamente, á mí, que he usado de mi lengua bajo mi paladar, y de mis ojos bajo mis párpados para leer, para escribir y hablar de ese Dios en todos los tonos y en todas las lenguas, cuál podían ser las nociones que esta alma inculta había podido concebir por sí sola del soberano Ser.

Sentíame naturalmente inclinado á hacer recaer la conversación sobre esto cuando me hallaba á su lado. Además, veía que también era la inclinación de su alma, que se desbordaba de piedad instintiva, y que con poco más que se la inclinase se vertería. Me senté, pues, en el sitio mismo en que había hablado con él de Dionisia, y cuando concluyó de poner su colmena de aplomo sobre las alzas, vino á sentarse á alguna distancia delante de mí; porque aun cuando era confiado y sencillo en su actitud y en su lenguaje, no era

familiar. Guardaba esas conveniencias naturales que obliga á todos los respetos observándolos. Mantenía sus distancias como un buen soldado de infantería, que no debe ni dejarse alcanzar por el que marcha detrás de él, ni marchar él pisando al que va delante. Conocía y marcaba su sitio en la creación, como conocía y marcaba el sitio de los demás. Una soberana decencia, no aprendida, le envolvía en una natural dignidad. Se veía que se encontraba pequeño entre los hombres, pero que se respetaba en Dios. He aquí, poco más ó menos, nuestra conversación de aquel día.

Yo. Me ha dicho usted, Claudio, hace ocho días, contándome sus desgracias, que tenía usted un amigo en el seno del cual las derramaba todas, y que las dulcificaba un poco durante su larga ausencia de las Hutttes. ¿Quién era ese amigo que mantenía á usted tan lejos de su madre, de Dionisia, de la montaña y hasta de su mismo corazón que había dejado en ellas?

Él. Acaso, señor, sea demasiado atrevido sirviéndome de este nombre; él me lo perdonará; este amigo era Dios, señor.

Yo. ¿Quién le ha hablado á usted de él?

Él. Casi nadie, señor; él sólo me habló toda la vida en el corazón.

Yo. ¿Y qué le decía á usted? Y usted, ¿qué le

decía en esas conversaciones interiores que hacían á usted tan sufrido consigo mismo, y tan servicial con los demás?

ÉL. Imposible me sería, señor, decir á usted lo que me decía, porque Dios no habla la lengua de los sabios como usted, ni la jerga de las personas sencillas como yo. No sé cómo se hacía comprender por mi débil alma, pero le oía en mi interior cuando me retiraba del bullicio de mis compañeros para escucharle, como oímos aquí, señor, ese gran murmullo general que sube del valle, y que no podemos saber si son las personas, las voces, los pasos, las hojas, las aguas, las plantas brotando, los pájaros cantando, ó los hombres respirando los que lo producen; pero sabemos que es alguna cosa que vive, ¿no es verdad? puesto que hace ruido.

Pues bien, ese ruido sordo de la presencia de Señor en las criaturas y en mí, lo he sentido siempre afortunadamente, como digo á usted; y digo afortunadamente para mí, porque sin él habría muerto quizá, habría creído que mi pecho era un ataúd en el que se había enterrado un alma que vivía completamente sola, sin más compañía que los gusanos. Me habría arrojado por la primera cantera que hubiese encontrado, para quebrar mis ideas con mi cabeza en las puntas de

las rocas. Pero gracias á ese sentimiento de la presencia de Dios, y á su rumor sordo, pero inteligible, que oía, sobre todo cuando no tenía nada que hacer y entraba en mi casa ó me acostaba en la cantera bajo el colgadizo; gracias á esta bondad que tenía y ha continuado teniendo de decirme algunas palabras dulces al corazón, siempre me he consolado. El hombre es como un niño que se mece, cantando palabras que no comprende, y que sonríe después de haber llorado. ¿No es verdad, señor? Así era yo. Nunca he sabido lo que Dios me decía; pero sólo con oírle tan lejos me consolaba, me sostenía, me hacía tener paciencia y esperar. Parece, señor, que la menor palabra de allá arriba en nosotros, esparce, sólo por el eco de nuestro pecho, luz, comprensión, creencia y paz en nuestra imbecilidad, en nuestra oscuridad y en nuestra agitación. Eso debe ser, según creo, porque esa palabra que ha hecho el mundo llamando á la existencia á todas las criaturas una después de otra, y haciéndolas presentarse solamente á la voz, aunque no existieran todavía, juzgue usted la fuerza inmensa que debe tener; y cuando se digna hacerse oír de un pobre gusano como somos nosotros, piense usted cuánto debe consolarle á uno en su pequeñez.

Yo. ¡Oh! sí, Claudio, no lo dudo; usted oía

en sí mismo el eco de la palabra eterna, quizá más que otro, por más ignorante que sea usted, según los hombres instruidos. Entre esa palabra y usted, no había sino el ruido de su martillo, nosotros tenemos el del mundo. Pero en fin, ¿cómo conocía usted que Dios hablaba á su pobre alma, y por qué señales comprendía que Dios hablaba sólo con usted?

ÉL. — He ahí, señor; ocurríanseme ideas que no había concebido por mi mismo, y que nadie me había comunicado; me subía calor del corazón que ninguna mano había tocado y se exparcía en mí como una especie de embriaguez aunque no hubiese probado el vino. Entonces oía toda especie de cosas sordas imposibles de explicar con las pocas palabras que mi madre me había enseñado al venir al mundo. No sé con qué palabras se dirá aquello, pero esa voz me decía: « Existo, vivo, me conservo, creo, voy, escucho, amo, consuelo, vengo y todo viene á mí, y todo lo que ha comenzado en mí, concluye en mí. Y cuando todo lo que ha comenzado en mí se haya refundido en mí, todo será poderoso, feliz y eterno por mí y conmigo. Y yo no soy ni grande ni pequeño, porque soy todo para todas las cosas y para todas las criaturas. Y yo no desprecio nada, y no doy la medida de nada, y no hay delante de mí ni

cosa pequeña ni cosa grande, porque no existe ni lo grande ni lo pequeño para mí que soy sin medida. Y soy tu padre como soy el padre del sol que está sobre tu cabeza. Y soy tu madre como soy la madre de las estrellas que están en el firmamento, y soy tu juez como soy el juez de todo lo que cumple ó infringe mis leyes en intención. Y soy tu amigo como soy el amigo de todo lo que ha salido de mi propia vida para vivir. Y soy tu consolador, porque tú padeces por mi voluntad y para mi voluntad. Y tú puedes hablarme como á un confidente, porque yo te oigo sin que hables. Y estoy en lo alto y en lo bajo, antes y después, y soy el mar donde puedes arrojar todos tus deseos, tus penas, tus esperanzas sin temor de perder ni una sola de tus respiraciones, ni una gota de tus sudores, ni una de tus lágrimas, porque yo lo devuelvo todo; yo soy el cielo de todo, el fondo de todo, el límite de todo, lo soy todo, y nada puede huir de mí, excepto en la nada, y la nada es una palabra de los hombres de cortos alcances. No existe la nada, yo lo lleno todo. Mi verdadero nombre es *vida*. »

Y mil cosas como éstas señor, que yo escuchaba y que creía comprender un poco, aunque estaban muy por encima de mi inteligencia. Y después que esa palabra me había conmovido

como el badajo de la campana conmueve el aire, dando una campanada antes de esparcir la música del *Angelus*, al través de las hojas que se estremecen al ruido de esta música, después que esa palabra me había conmovido un momento, repito, espareía en mi una música, una paz, una luz tales, que se hubiera dicho, tal era el placer que sentía, que había descendido una estrella del cielo para iluminarme el interior del alma, ó que una mano había acordado todas las cuerdas de mi corazón, de mi cabeza ó de mi cuerpo, como el organista templa los hilos de latón y los tubos del órgano, de suerte que yo me convertía en un instrumento que cantaba afinadamente, y sobre el cual las manos de Dios podían tocar.

Dulces momentos á través mis penas eran aquéllos, y algunas veces esto me hacía llorar con los ojos de la carne, pero así enjugaba los ojos del alma cuando la memoria de Dionisia hacía llorar demasiado á mi pobre corazón.

Y luego me acostumbré á orar siempre.

Yo. — ¿Cree usted pues, que el Señor es como un hombre que no sabe bien lo que quiere, y que se deja ablandar por la oración y por las lágrimas del primero que habla?

ÉL. — ¡Oh! no señor, pero pienso que Dios al crearnos por su voluntad, ha orevisto que ten-

driamos necesidades de esto ó de lo otro, durante nuestro paso por la tierra ó por otra parte, y que él mismo ha dado á sus pobres criaturas el instinto de pedirle lo que deseamos, aunque no sea sino para mantener en nosotros la adoración, el deseo, la gratitud perpetua delante de él. Hace lo que quiere; pero nosotros hacemos lo que él nos inspira orando. Pedir y recibir ¿no constituyen todo el hombre? Nosotros que pedimos todo á los que tienen poco que darnos ¿por qué no pediremos sin cesar al que lo tiene todo? Bien sé que se dice: « La voluntad de Dios es eterna é inmutable como él mismo, y por consiguiente es inútil tratar de cambiarla por la oración. Pero yo pienso que desde la eternidad, Dios ha previsto que le pidiéramos por la oración tal ó tal gracia, y que él ha accedido de antemano á la súplica que debemos hacerle de manera, que ese supuesto cambio de su voluntad, no es en el fondo más que el cumplimiento eterno de esa voluntad misma. » En ocasiones me digo: « El Señor es semejante al arquitecto de una cúpula de hierro como he visto algunas que deja juego á los materiales que forman su armazón para que el hierro se alargue ó se acorte, según las estaciones sin que se rompa el mecanismo. » El arquitecto omnipotente que deja su efecto á su voluntad inmutable, dejando

su efecto á la invocación de los hombres, se me figura que es la plegaria. Esto podrá ser una tontería, pero que quiere usted, somos muy pequeños para hablar de Dios. Por lo demás aunque fuese inútil ¿es tan consolador hablar con el Altísimo!

Yo. — ¿Y qué oraciones le dirigía usted con más frecuencia, Claudio?

ÉL. — Mas fácil me sería recordar la impresión de todos los hábitos que han atravesado mis labios desde que respiro, que las palabras y el sonido de todas las oraciones que le he dirigido, porque puedo decir sin mentir, que han salido de mi corazón tantas como soplos de mi respiración; y mucho ha crecido mi corazón á fuerza de suspirar.

Primeramente, sabia la oración que mi madre me había enseñado de memoria cuando era niño, la oración de Jesucristo que dejó á los hombres como lengua que se oye de lo alto. « Padre nuestro que estás en los cielos, ... » ya sabe usted. En esa oración hay casi todo lo que se puede pedir. Es como una moneda en el bolsillo, por la cual se da en todas partes un pedazo de pan.

Yo. — Pero cada individuo debe hacer su oración por sí, Claudio, pues las necesidades del uno, no son las del otro. ¿Qué oración decía usted con más frecuencia?

ÉL. — Había entre ellas tanta diferencia como

entre el día y la noche; era según la hora, el viento, el sol, la lluvia, según la impresión que sentía en mí, acerca de todas las cosas; era más que una oración, una conversación; respiraba en voz alta y nada más.

Yo. — ¿Y qué pedía usted con más frecuencia en sus oraciones?

ÉL. — ¡Ah! señor, usted lo sabe perfectamente sin que yo se lo diga: pedía en primer lugar, pan y paz en el corazón para mi madre, mi hermano, mi hermana y Dionisia; que Dios les visitase en las Huttes, noche y día, invierno y verano, primavera y otoño, y que echase su bendición sobre cada uno de sus días. Sobre todo, que no tuviesen disgustos por mi causa.

Yo. — ¿Y para sí qué pedía usted?

ÉL. — ¡Oh! para mí no pedía gran cosa; necesitaba tan poco! Pedía solamente vivir sirviendo á los más desgraciados que yo, pasar mi vida honradamente en el estado en que Dios me había puesto sobre la tierra, y reunirme después en su seno con Dionisia para amarla y para amarnos por toda la eternidad. Respecto á lo demás todo me era igual; un Dios, un amor, una eternidad eran bastante á un pobre campesino como yo. Jamás deseé riqueza, ni ciencia, ni mandar á los demás. Nunca he sentido sino el deseo de amar

y hacer la felicidad según mis fuerzas á mi alrededor.

Yo. — Dice usted que jamás tuvo ambición de ciencia; sin embargo ese Ser en el que ha pensado usted desde que nació es la suprema ciencia. ¿Acaso nunca trató usted de oír hablar de él á personas más ilustradas que usted, no ha tratado usted de saber los diferentes nombres que se le han dado en las diversas edades de la tierra, en las diferentes lenguas y en los diferentes cultos de los pueblos? En una palabra, ¿usted que es todo amor y toda oración ante el soberano maestro de todos, no le recita usted un acto de fe en él, un *Credo* como se dice en latín en la iglesia? ¿Y cuál era ese *Credo* que sin duda usted se había hecho para su perpetua adoración?

ÉL. — ¡Ah! señor, mi *Credo* no era largo. Consistía en pocas palabras: « Vos sois ante todo, estáis en todo y seréis después de todo. Yo salgo de vos, seré llamado á vos y no puedo saber nada fuera de vos. Deseo creer lo que os agrade hacerme conocer; no puedo extender la mirada más allá de lo que alcanza mi vista. Representadme vuestra imagen como queráis que la adore. Mi espíritu es pequeño; quisiera extenderle, vos le agrandaréis continuamente. Hacedme creer lo que queráis. » El pequeño animalito que ve usted ahí,

y que extiende sus alas sobre el musgo no puede hacer su credo al sol; no puede decirle: « Tus rayos son esto ó aquello; » pero le dice: « Siento que me calientas y te bendigo. » Yo era tan simple como ese animalito, señor, y mi *Credo* estaba, creo yo, en la relación del hombre al insecto como del hombre á Dios.

Yo. — ¿Pero nadie le ha hablado á usted de ese Dios á quien ama tanto, ni le han enseñado á adorarle y á servirle en tal ó cual creencia?

ÉL. — No señor, no había iglesias abiertas ni sacerdotes pagados por la República en aquel tiempo. Cada cual creía lo que quería y adoraba á Dios según le parecía. Había aún algunos que no le adoraban del todo, porque decían que los curas se habían entendido con los reyes ó los jefes para ponerles de su parte, y para poseer de este modo la tierra en su nombre. « Y aun cuando esto fuera así, les decía yo, ¿es una razón renegar de vuestro padre porque le hayan dado otro nombre que el suyo, ó porque se haya cometido una falsedad en su nombre? » Créalo usted, esos hombres que se llamaban ateos me inspiraban mucha compasión. Parecían que estaban más privados de vista en su alma que mi hermano Graciano en los ojos. Evitaba su compañía cuanto podía, y rogaba por ellos en particular, como por

criaturas más desgraciadas que las demás. Por el contrario me sentía atraído por aquellos que tenían una religión, cualquiera que fuese, toda vez que era de buen corazón y de buena fe, porque yo me decía: éstos tienen ojos en el interior como yo; ven á Dios bajo un aspecto ó bajo otro; á lo menos tratan de verle, de conocerle y de adorarle. Esto les honra y hace buenos; porque se puede ser débil pero no se puede ser malo cuando se cree en la presencia de la suprema bondad. Me alegré mucho sin saber porque, cuando se abrieron los templos y la nación reconoció un Dios, y todos los cultos que se quisieran libremente darle. ¡Ah! me dije yo, he aquí un pueblo; antes no éramos sido un rebaño.

Yo. — ¿Y se hizo usted entonces una religión para sí mismo, para honrar y servir á Dios, con éstos ó con los otros, en una iglesia, en un templo ó en una asociación de hermanos, que se entendían entre sí para prestar homenaje y obediencia al soberano maestro?

ÉL. — No señor, no me la había hecho aún en esta época, ni entre mi ni con los demás; oraba y servía solo según mi entender, porque como usted comprenderá iba continuamente de cantera en cantera, de ciudad en ciudad, de un país á otro y frecuentaba toda clase de gente entre los obre-

ros, que tenían toda suerte de religiones, aquí católicos, allí filósofos, más allá protestantes, en el otro lado nada. Cada cual decía sus razones y hablaba mal de los demás, esperando poderles perseguir ó matar. Yo no era capaz de juzgar entre todos. Solamente me decía á mi mismo: « Qué desgracia y qué vergüenza, que todas estas gentes se digan tantas injurias unos á otros en nombre del padre común. Y qué crimen, y qué impiedad, que todos invoquen á los gendarmes, á los verdugos y la horca para encarcelar, torturar y matar á los que no ven las nubes en el cielo en la misma forma y con el mismo color que ellos. Si alguno de entre todos pertenece á Dios, seguramente es el más misericordioso; pues una religión que encarcela, que quema y que maldice, no puede venir de fuente limpia; ó bien ha cambiado el camino y en vez del agua del cielo, hace beber á los hombres la sangre de los verdugos. » Yo no tenía pues entonces otro catecismo, señor, que éste para iluminarme al través de todas las religiones porque pasaba de región en región: « adora y reza con todo el mundo, y no creas sino contigo mismo. » Porque siempre es bueno adorar y rezar con todos los hombres; pero algunas veces es malo creer como ellos, cuando creen cosas contra la naturaleza, contra la grandeza y

contra la bondad de Dios. « En una palabra, me decía, deja decir á unos y otros y no te metas á disputar con ellos lo que tú no sabes ni ellos tampoco. Cree con todos lo que es bueno, y no creas con nadie lo que es malo. » He aquí, señor, el catecismo de un pobre hombre que yo me había hecho. Y si usted me pregunta: « ¿Pero quién te enseñaba á ti á distinguir lo que era bueno de lo que era malo? » ¡Ah! diantre, señor, no sabría lo que responderos. Era una voz en mi interior á la que no puedo hacer hablar, pero que habla por sí para decir si ó no sin réplica en mi pecho. Esa voz, que los sabios llaman conciencia y nosotros, pobres gentes, buen sentido, no disputa pero no se engaña; no sabe decir nada pero sabe juzgarlo todo. Se necesita una *última palabra* en el fondo del hombre cuando debate consigo mismo y no sabe que entender. Pues bien, esta conciencia es la última palabra. Y esta última palabra de todo, la ha escrito Dios en nosotros, como se escribe de vez en cuando la ruta, para no equivocarla, en los postes de un camino.

Había por ejemplo un viejo picapedrero húngaro que había trabajado no sé en cuantas iglesias, templos, capillas, minaretes, mezquitas, pagodas y pirámides en toda la tierra desde un país que él llamaba la India, hasta en Egipto, en

Turquía, en Alemania, Roma y Estrasburgo. No había Dios para el que él no hubiese labrado una piedra, de manera que estaba bien seguro, como decía muchas veces riendo, de tener un amigo en todos los paraísos. Me había cobrado amistad á causa de mi juventud, de mi ignorancia y de mi buena conducta, que me hacía buscar mejor la compañía de los viejos, que la de los jóvenes, porque siempre es más dulce el fruto maduro que el verde. Sabía leer y yo no. Tenía la complacencia de leerme los domingos sus libros de oración y antiguas historias de los primeros tiempos, que yo escuchaba con un placer y con una admiración siempre nuevos. Tenía de esas historias que hacen adorar las bondades de Dios, y que hacen llorar de ternura por las aventuras de pobres familias como las nuestras, que hacían pastar sus animales y cultivaban sus surcos como nosotros en los desiertos. Tenía otras que oía con indiferencia, porque hablaban de multitud de dioses, de casamientos de dioses con hijas de la tierra, de picardías, de maldades de tal ó cual dios que engañaba con astucias, malicias é intrigas á los hombres. Estos libros que venían de la India, de la Arabia, de Grecia, de yo no sé dónde, me hacían no obstante pensar y repensar en esta multitud de mentiras, mezcladas con esta multitud

de verdades que Dios ha consentido que los antiguos echaran ante nosotros, á fin de que tuviésemos eternamente que buscar pepitas de oro en montones de arena con el sudor de nuestra frente. Decíame: « Es la voluntad divina, que el alma trabaje como el cuerpo en buscar su alimento, puesto que no nos ha limpiado el grano, y nos le ha dado mezclado con la paja, y que hay tantas malas hierbas como espigas. » Esto, señor, me extrañaba pero no me escandalizaba; Dios es el amo, y él sabe por qué lo ha hecho así; quizá para que continuamente pensemos en él, progresando hacia su conocimiento perfecto un paso tras otro; porque al fin, si hubiéramos llegado al conocimiento perfecto al primer paso, no seguiríamos marchando, no buscaríamos ya. Ahora bien, vivir es buscar ¿no es cierto?

Con todo, encuéntranse en ocasiones al través de los tiempos, de vez en cuando, verdades y santidades que alimentan durante siglos y siglos la necesidad de verdad y de santidad que Dios ha puesto en los hombres. Así dicho anciano me leía por entretenimiento pensamientos, como él los llamaba, de grandes sabios antiguos, inspirados en la sabiduría de otro más elevado que los demás. Había entre ellos algunos, cuyos nombres recuerdo, como Pitágoras, Sócrates, Platón, Con-

fucio, Cicerón. Estos hombres, señor, tenían pensamientos sobre Dios, que iluminaban, por decirlo así, la noche de mi espíritu como la nieve que cayó del cielo quizá hace muchos miles de años, allá abajo en el monte Blanco que ve usted desde aquí y que no se ha fundido nunca, ilumina por la noche y por la mañana la llanura aun sombría de una parte de la comarca.

Mas tenía sobre todo un librito, cuyas páginas estaban todas retorcidas y rotas en fuerza de haber sido leídas y releídas por el viejo, y en el cual me leía continuamente para concluir sermones tan agradables, que parecía que era un hermano mayor que hablaba á sus hermanitos, y parábolas tan sencillas, tan terrenales, que parecía que era una madre que inclinaba la rama para que pudiera coger avellanas su hijo. Era, señor, el *Nuevo Testamento* que he conocido más y he practicado mejor desde que he oído recitar páginas de él y sacar lecciones de buena conducta en las iglesias.

¡Ah, cuánto adoraba, señor, á ese hombre divino que venía no se sabe de dónde á mezclarse tan pequeño con la pobre gente, á no rechazar á nadie, á hablar con los pescadores y los labriegos de la misma manera que con los sabios; á perdonar en nombre de Dios á las mujeres des-

preciadas, pero arrepentidas; á jugar con los niños; á enseñar infatigablemente á su pueblo; á sacrificarse á la venganza de los sacerdotes judíos, que le perseguían porque ellos eran la sombra y él era la luz, y por último á dejarse crucificar por los jueces del país! ¿Para qué? ¡Para no desmentir á su padre que hablaba con él, y para comprar al precio de su sangre un poco de adoración más pura á su creador! ¡Ah! qué magníficas ideas les enseñaba de Dios en la montaña. Cómo se conocía que era una palabra, un *Verbo*, como se dice, un amanecer del sol sobre el alma de un mundo, en el que todos los sueños de una larga noche, se habían cambiado en falsos dioses ¡Cómo el que él anunciaba era el verdadero Dios, el único Dios! ¡Sin padre ni madre, sin país y sin nación, sin amigos y sin enemigos, sin cólera y sin rayos, el padre, la madre y el hermano de todos, de los paganos como de los hebreos, de los sabios como de los ignorantes, de los grandes como de los pequeños! ¡Y cómo era él su profeta! ¡Cómo estaba perfectamente animado con todo su amor por su creación! Porque al fin habría querido volver á crear el mundo corrompido, lleno de mentiras y de falsos dioses, dándole la vida de su propia vida. ¿Puede amarse más que eso el creador y los hombres? ¡Morir

para que los hombres adoren más santamente á Dios! ¡Morir para que luzca más claramente sobre el mundo! ¡Qué más! En el calor se conoce el fuego. Es preciso que él haya tenido una gran llama de Dios en el alma, para que esa claridad que le quemaba interiormente, le hubiese inspirado tal sacrificio á su padre, para sus hermanos y por la mano de sus hermanos. « ¡Ved ahí un *Verbo* de Dios! ¡Ved ahí, un hijo del padre! ¡Ved un hermano de todos los que han nacido ó que nacerán de mujer! » me decía yo cuando el viejo concluía de leer. « Así se comprende cómo una gota de sangre, con sólo caer de lo alto de una cruz sobre la arena, penetró de tal modo hasta el núcleo de la tierra, que la estremece aun después de dos mil años, y que su palabra no ha concluido de resonar y se mezclará para siempre con todas las demás que vendrán, no se sabe cuando, á mezclarse con la suya, hasta que el nombre de Dios sea perfecto en este globo de tierra y en esos globos de fuego. »

El viejo sonreía oyéndome á mi, ignorante, hablar de este modo del *Nuevo Testamento*. Estaba satisfecho de ver fermentar esta buena semilla en mi pobre espíritu.

He aquí mis comentarios á la lectura, y yo me sentía todo resonar en mi interior, como en la

nave de una iglesia vacía, en que las piedras que resuenan á la voz del sacerdote, parecen repetir por sus mil ecos, palabras santas que no comprenden.

Después he conocido mejor lo que el viejo me leía. Entre tanto sus reflexiones me calmaban admirándome. No conociendo nada de las demás religiones, me prescribí una regla para juzgar de ellas sobre poco más ó menos. Díjeme: « En todo esto hay falso y verdadero; hay Dios y hay hombres. ¿Cómo hacer para separar las verdades de las mentiras, para conocer que el Señor está aquí y que el hombre está allí? Es muy sencillo, hasta para un pobre hombre como yo; no se necesita más que ver con su conciencia dónde está el bien y dónde está el mal. En dónde está el bien, está Dios; allí donde está el mal se encuentra el hombre. La verdad no puede producir el mal, así como la luz no puede producir la oscuridad, ni la paloma puede empollar la vivora. Si, pues, de un culto se deduce el odio y la persecución, el desprecio, el esterminio de los hombres, nada de eso proviene de Dios. Si por el contrario se deduce el amor al prójimo, el sostenimiento de los unos por los otros, la compasión, el sacrificio de sí mismo, la adoración de un solo Dios en espíritu y verdad, todo eso es de él. Yo compa-

deceré á los primeros sin quererlos mal y creeré y adoraré con los segundos. »

De este modo fué como en mi humildad trataba de hacer una religión á mi manera y de servir á mi Creador con mis pequeños recursos y según su voluntad. »

Y entonces me dije á mí mismo: « Pero no basta pensar en él y dirigirle oraciones como las hacías al levantarte, al acostarte, al descansar al medio día después de comer el pan á la sombra, es preciso también mostrarle que eres un fiel obrero de su casa sobre la tierra, que quieres servir sin salario, sólo por el pan y que darás tu salario á los que son más débiles ó están más enfermos ó más necesitados que tú. » Y no puede usted creer, señor, cuán abundantemente me pagaba Dios mi jornal en mi corazón más que los burgueses ó maestros con sus bolsas. Me parecía que toda la moneda que no tomaba para mí ó que tomaba para repartirla por la noche entre los heridos, los enfermos, las mujeres ó los niños, el padre ó la madre impedidos de mis compañeros, formaba durante toda la noche en mis oídos una bolsa llena de plata y de oro como si Dios me la hubiera vaciado por sí mismo en la mano. Esto me daba siempre nuevo ánimo para el trabajo.

Y cuando los compañeros me decían: « Pero si no ahorras nada para ti, ¿qué harás, Claudio, en tu vejez? » Respondía: « Tengo un hermano y una hermana en las Huttés que me recogerán y alimentarán en mi ancianidad; por eso no necesito pensar en mí: mi padre ha pensado ya. Tengo una pequeña hacienda. No quiero casarme, porque casándome tendría necesidad de ganar y economizar para mi mujer y mis hijos. » Y cuando los compañeros y sus hijas y hermanas me decían: « ¿Por qué no quieres casarte, Claudio? Hay muchas jóvenes que te aceptarían de buena gana por marido por tu buen corazón y tu trabajo; » entonces yo no respondía nada, me ponía colorado ó pálido pensando en Dionisia y me alejaba mirando la corriente del río ó el movimiento de las nubes sobre las altas montañas.

Calló Claudio y yo volví pensativo al pueblo, no habiéndome atrevido aquel día á sondear más profundamente el corazón del pobre picapedrero.

## CAPÍTULO XI

### I

De nuevo subí al domingo siguiente; encontréle en el fondo del barranco, casi en el mismo sitio en que su hermano el ciego había caído ó se había arrojado en la noche de su desesperación. Hallábase sentado no lejos de sus cabras, que ramoneaban los tallos tiernos en las dos pendientes del barranco. El ruido que hacían sacudiendo las ramas y haciendo caer las piedras con sus pezuñas, el murmullo del arroyuelo sobre los guijarros de su lecho impidieron á Claudio oírme. Estaba al pie de un serbal, cuyas hojas ligeras y recortadas, dejaban caer sobre él y sobre la hierba en su derredor los rayos del sol en la sombra como luciérnagas vivas que se persiguen por la noche á la orilla de un ancho foso. Multitud de pájaros cantaban, silbaban, gorjeaban, volaban entre las ramas de las encinas, de los fresnos, de las hayas y los cerezos silvestres por cima de su cabeza. Flores de tinieblas y de humedad, mati-

zaban aquí y allí la alfombra desgarrada del césped y caían en copos ó ramilletes al lecho del barranco como para respirar el agua perfumada á su vez por ellas. El aire del medio día, viniendo de un cielo tranquilo y abrasador, se insinuaba al través de aquella cúpula de arbustos y templaba la frescura ordinaria de aquel sitio. No se veían al través de las ramas sino pequeñas extensiones de cielo azul, que hacían aparecer el verdor de las hojas más oscuro en contraste con el firmamento. Los moscardones se escapaban á bandadas del agua cada vez que un ave se abatía para beber y flotaban como pequeñas nubes vivas por cima de la espuma del barranco; y el rayo del sol atravesándoles, les hacía relucir con todos los colores de sus alas como arcos iris alados sobre esplendentes cascadas.

## II

En medio de aquel sitio, de muchos más encantos para Claudio que para mí, pues que era el lugar de su infancia y de toda su vida, que él revestía, por decirlo así, de todas sus impresiones y de todos sus recuerdos, Claudio parecía absorto en la contemplación de lo que le rodeaba. Hubié-

rasedicho que formaba parte viva, vegetante ó petrificada de la tierra y que había echado raíces allí, tanto como el tronco del serbal contra el cual estaba apoyado. Guardéme bien de molestarle con ningún ruido prematuro é importuno; tenía curiosidad de ver y de oír respirar á aquel hombre solo delante de Dios.

En efecto, estaba como siempre absorto en Dios por el pensamiento y la adoración y muy lejos de que había una mirada y un oído entre su alma y el Altísimo.

## III

Trazaba distraído líneas sobre la arena con una vara de avellano que todavía tenía hojas al extremo. Hacía rodar con el pie arena ó casquijos hasta el agua, pareciendo escuchar con cierto placer el ruido plañidero que aquellas caídas producían en el barranco. Llamaba por su nombre ya á una cabra, ya á otra; silbaba á su perro; seguía con la vista el efecto de los rayos del sol sobre el agua; se apoyaba unas veces sobre un codo, otras sobre otro, y cerraba y volvía á abrir sus pesados párpados como para contener ó para dejar evaporar su pensamiento. Durante largos in-

tervalos, no se le oía respirar, como si estuviera muerto, y luego hacía largas é inagotables respiraciones, como si hubiera querido dar expansión en un aliento á toda su vida. Se veía que había calma y movimiento á la vez en aquella alma que se parecía á la mar que interrumpe su majestuoso silencio con majestuosas ondulaciones. El entusiasmo interior pesaba sobre él como Dios, padre invisible, pesa sobre el Océano. Rezaba.

## IV

¡Cuánto hubiera dado yo por traducir en palabras aquella oración sorda, aquella invocación muda de sus labios y de su corazón? Jamás se han notado las palpitations de un alma sencilla, más hermosas sin duda mil veces que los himnos de los poetas y las oraciones eruditas y estudiadas de los que hacen profesión de entusiasmo y de contemplación. No me fué dado apoderarme sino de la impresión que dejaban en su fisonomía, en su actitud, en sus ademanes y sólo algunas veces pude oír el nombre de Dios que pronunciaba inclinando la frente ó levantando su mirada hacia la copa de los árboles. Mas en el acento con que pronunciaba aquel nombre había

toda una revelación de la presencia y de la santidad de su creador. Oíe también el nombre de Dionisia distintamente y ocho ó diez veces repetidas las frases: « ¿Estás ahí? ¿Me ves? ¿Eres tú, Dionisia, que me respondes en el alma? ¡Dime, pues, cuando querrá Dios que nos reunamos! Soy demasiado impaciente quizá, ¿no es verdad? Hago mal en no saber esperar la voluntad del Altísimo como tú. ¡Pero la montaña está tan sola sin ti! ¡Pide al Señor que tenga compasión de Claudio! ¡Dionisia! ¡Dionisia,... la vida me pesa! » Y algunas otras palabras tan confusas y entrecortadas como éstas. Después, como si hubiese tenido vergüenza de su impaciencia y de su enternecimiento, se levantó, se enjugó las lágrimas, se sonrió tristemente mirando al sol y subió lentamente la cuesta del barranco hacia el lugar donde yo me hallaba. Entonces hice ruido entre las hojas y di algunos pasos como si acabara de llegar y le buscase entre las cavidades de las rocas. Conocióme en aquel ruido, acabó de subir, me saludó con el gorro en la mano y cabellos al viento, yo le estreché la mano con verdadera amistad y él indudablemente me dió la suya del mismo modo: así me lo probó la impresión fuerte y confiada de su mano. Y nos fuimos, hablando de la hermosura de la estación y de la serenidad del

día, á sentarnos bajo el gran castaño, cuyo tronco se había ahuecado y cuyas raíces estaban calcinadas por el fuego que en su infancia había Claudio encendido sobre ellas.

V

Después de traer insensiblemente y por largos rodeos la conversación hacia su persona y su vida pasada, le dije: « Claudio ¿era usted bastante feliz en esa vida de abnegación para con sus hermanos durante su viaje por Francia? ¿Pensaba usted sólo en consolar á sus compañeros, en Dios y en los libros que el viejo le leía sobre sus perfecciones y nuestro destino después de esta existencia? »

— ¡Ah señor! también pensaba con mucha frecuencia en otra cosa. Pensaba en mi país, en la montaña, en mi madre, en mi hermano, en mi hermanita y en Dionisia. Cuanto más trataba de desechar estas ideas que hacían que el martillo fuera más pesado en mi mano y el pan más amargo en mi boca, más me acosaban á pesar mío. Mis compañeros se burlaban de mí y me llamaban *soñador*. « Di, Claudio, me preguntaban, ¿has olvidado á alguno en las estrellas ó es que

has perdido algo en las montañas? ¿Por qué miras así suspirando y siempre hacia arriba? » Yo me ponía colorado y no sabía qué responder. Demasiado verdad era que había dejado todo y lo había perdido todo en las alturas; y siempre que al salir de las poblaciones para pasearme los domingos, ó atravesando las llanuras de un país, veía cimas de montañas como éstas y el humo de una cabaña ó de una choza de leñador subiendo por detrás de los abetos, no podía separar mis ojos de tal espectáculo. Cuando llevaba la mano á la frente para ver mejor, retiraba los dedos mojados. Decía entre mi: « ¡Lo mismo que en mi tierra! Hay quizá barrancos, rocas, cabritos que ramonean, aguas que corren murmurando por las regueras, un hogar donde se echa la leña aun verde para hacer la comida de la familia; una madre anciana, una hermosa novia, una Dionisia... » Y luego las piernas me pesaban tanto que no podía andar y me obligaban á sentarme al borde de un foso, en frente de esas cordilleras altas de donde descenden sobre mi corazón tales pensamientos. En una palabra, tenía lo que llamamos nosotros el mal del país, la enfermedad del pobre que no teniendo gran cosa que amar en torno suyo, se pone á amar el rincón de tierra donde ha nacido. Pienso que somos co

este castaño; si se trasplantase echaria de menos la tierra que ha alimentado sus raíces.

## VI

Por entonces, señor, y á cada momento, de día y de noche, me daba á mí mismo un momento de pena y de placer diciéndome: « Pensemos libremente en ellos. ¿Qué es lo que dicen? ¿Qué es lo que hacen allí en este instante en que yo pienso? De noche, entran en la cabaña, encienden la lumbre para la cena; de mañana, salen con el rastrillo y el azadón para limpiar el prado ó el pilón; á las doce, comen juntos á la sombra del hogar ó en el campo; llega la tarde, descansan á la puerta ó hacen quizá sus oraciones pensando en mí. En la primavera, lavan los corderos en la fuente; en el verano, traen las mieses á la era, en las que lucen algunas adermideras cortadas y que suenan como alambre de latón cuando están secas y el trillo cae encima. Dionisia, mi madre y mi hermana descalzas las pisotean, mientras que mi pobre hermano monda guisantes en un rincón del patio; llega el otoño, vanean los castaños para coger el fruto; en el invierno, se calientan en el hogar ó al calor de las ovejas en el establo hilando el

cáñamo, ó parten avellanas para hacer aceite. ¿Pero cuántos son? ¿Mi madre vive todavía? ¿Está bien cuidada? Sus manos que comenzaban á enflaquecer ¿tiemblan ya? ¿Hay nuevos niños alrededor de las mujeres, ó en las cunas al pie de la cama? » ¡Ah, señor! Jamás podía detenerme una vez que daba rienda suelta á la imaginación pensando en todas estas cosas y preguntándome todo esto, á lo cual respondía sin saber, ya de una manera, ya de otra. Era como soñar despierto.

## VII

Y cuanto más corria el tiempo, más estos pensamientos se arraigaban en mi ánimo como la hiedra que se adhiere más á las paredes cuanto son más viejas. En fin, algunas veces yo no me podía contener y decia: « Vamos, volvamos mañana allá; ¿no hace ya siete años que salí del país? ¿No ha caído bastante nieve, no han caído bastantes hojas sobre el sendero en el cual nos despedimos Dionisia y yo? ¿Piensa ella en mí de otro modo que como piensa una hermana en su hermano? ¿No está casada y es feliz desde hace mucho tiempo? ¿No tiene ya muchos hijos asidos á

sus vestidos ó que lleva sobre su seno cuando va hacia las rocas? La idea que hemos tenido en otro tiempo de ser el uno para el otro, ¿no ha pasado ya millares de veces de su corazón alejándose como el agua y la nieve fundida en la primavera pasan millares de veces por el lecho del torrente sin que jamás retroceda? ¡Quizá por el contrario tendrán mucho gusto en volverme á ver! ¡Quizá mi madre me llama en su lecho de muerte! ¡Quizá tienen más bocas que alimentar en la casa que brazos para trabajar, para cavar, para sembrar y segar! ¡Quizá necesitan un obrero y no tienen para pagar á un criado ó á una criada y dicen entre sí: « ¡Ah! si Claudio estuviera en casa! »

Me parecía oírles, señor, como si hablasen quedo á mi oído.

## VIII

Al fin, casi sin saberlo, sin darme cuenta, como la mariposa que revolotea en torno de la lámpara, aun cuando la echen para que no se quemé, me iba yo acercando insensiblemente á la montaña. Fui á trabajar de Tolón á Barceloneta en los Viejos Alpes, después á Grenoble, luego á

las canteras de Viena del Delfinado, después á las de Couson á orillas del Saona donde se labran piedras para la ciudad de Lyon, en seguida á Belleville, luego á Villefranche en el Beaujolais y por último á Macón, desde donde se ven las vertientes posteriores de las montañas donde están las Huttes, que se presentan como ennegrecidas por la noche á semejanza de un muro medio demolido y destacándose en el horizonte. ¡Ah! Una vez que estuve allí todavía mi voluntad contenía el impulso de mis pies, pero no podía contener al de mis ojos. Tan luego como los levantaba de sobre mi piedra, viajaban ellos mismos hacia estas montañas. Era tan duro decirme: « Con siete horas de marcha te contentarías y estarías donde quieres estar y verías lo que quieres ver. Pues bien no, no irás; te limitarás á mirar de lejos tu país. Ni siquiera sabrán que estás aquí y que has pasado tan cerca de ellos. »

## IX

Me dirá usted; pero ¿no daba usted ninguna noticia de sí, ni recibía ninguna de los demás? En primer lugar, señor, ni yo, ni nadie de mi casa sabíamos leer ni escribir, como ya he dicho

á usted, y además no había encontrado ningún individuo de la montaña que pudiera darme noticias. Por otra parte, lo diré á usted todo; aun deseando tanto saber lo que había pasado desde mi salida de la cabaña, tenía miedo de saberlo. Conozco que ésta es una contradicción; pero así me sucedía. ¿No ha sentido usted alguna vez que el hombre era como si dijésemos doble y que mientras el uno desea una cosa el otro teme en si mismo hacerla? Así, pues, ni una sola palabra de lo que pasaba en las Huttes había llegado á mi oído desde largo tiempo, ni tampoco sabían nada de mí en la montaña. Éste era para mí como otro mundo en que hubiese vivido antes de la muerte y al cual no debiera volver sino después de mi resurrección.

## X

Más luego que me dejé llevar del impulso propio para volver tan cerca, y luego que medí con la vista el número de pasos que tenía que andar para llegar á estas montañas y para volver á ver la familia, ya no fui tan dueño de mis piernas ni de mi voluntad. Algunas veces me volvía loco de deseo; mi corazón palpitaba como si hubiera que-

rido escaparse del pecho é ir sin mí á la cabaña.

No dormía, ó dormía casi despierto viendo en sueños toda especie de cosas de la casa que no podía borrar de mi vista cuando realmente despertaba. Me hacia todavía más callado que de costumbre, ni aun tenía gusto en ayudar con mi trabajo á uno ú otro; y para colmo de desdichas, ya no levantaba mi oración á Dios, ó á lo menos no me entendía á mí cuando murmuraba mis plegarias. ¡Oh! Aquélla fue una época bien terrible de mi vida. Me arrepentí mucho de haber venido tan cerca y á menudo formaba por la noche el proyecto de volver á Tolón ó á Bayona y de permanecer allí siempre, tan lejos, tan lejos que no sintiese la sensación que trabajaba mi espíritu. Pero ¡quíá! cuando amanecía y volvía á ver la montaña, todo aquello había concluído: era como si tuviera zapatos de plomo: no podía moverme.

## XI

He aquí como pasé aquellos desgraciados quince días y pluguiera á Dios que hubiese escuchado la voz que me retenía, en vez de escuchar la que me llamaba á las Huttes. Pero Dios solo sabe lo mejor; aquel deseo podía más que yo.

Una noche no pudiendo absolutamente dormir y latiéndome las sienas sobre la almohada como las alas de un pájaro que quiere romper su jaula, me levanté de repente, me vestí sin darme tiempo para pensar lo que hacía, echéme el saco á la espalda y me fuí por los campos en la oscuridad sin sentir la tierra bajo mis pies, como se dice que marchan los fantasmas. Iba cubierto de sudor, pero de un sudor frío como si me hubieran arrojado un cubo de agua por la cabeza. Antes que amaneciera sobre el monte Blanco, estaba yo al pie de las montañas. Subí por los senderos y por los montes de abetos sin respirar y sin sentarme en ninguna piedra. Me parecía que había de subir siempre, siempre, sin llegar jamás. Y no obstante, cuando el sol vino á reanimarme y el día me devolvió algo de mi razón, me dije: «¿Á dónde vas y qué piensas hacer? ¿Sabes siquiera si tu madre vive? ¿Si tu hermano, feliz con Dionisia, no te verá con celos en la casa, sabiendo que Dionisia te había dado su corazón antes que madre te diese su mano? ¿Sabes tú si turbarás el corazón de Dionisia con tu vista? ¿Sabes tú si la felicidad de la casa desaparecerá á tu llegada como la sombra de esos árboles desaparece con el sol? Y si así sucede ¿de qué te habrá servido haber tenido valor y haber sido bueno

una vez, y haber estado ausente tantos años de tu juventud para perder en una hora todo el fruto de tus trabajos? ¿No vale más que todos te crean muerto, como deben creerlo no habiendo vuelto á oír hablar de ti? » En fin, me dije mil cosas como éstas, de tal suerte, que si andaba un paso, retrocedía dos; volvía á andar y luego volvía á detenerme mirando la tierra y la punta de mis zapatos, inmóvil, sin respiración, como un muerto en pie. ¡Ah, señor, qué marcha tan dolorosa! ¡era como si hubiese subido á un calvario!

## XII

No pudiendo ni resolverme á retroceder ni decidirme á continuar adelante, y viendo el sol de mediodía tan claro que los pastores podrían conocerme de lejos y llevar la noticia de mi vuelta al país, me separé del sendero y me senté á reflexionar junto á una roca, poniendo la cabeza entre las manos: « No, dije entre mi, no puedo volverme, me he adelantando demasiado; hay cuerdas que me tiran del corazón de manera que se despedazaría si tratase de tirar al lado opuesto. Veré mañana la casa de mi madre; sabré quien vive ó quien ha muerto bajo el techo de mi

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. "ALFONSO REYES""ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

padre; no me iré sin que la voz de Dionisia haya regocijado una vez más mis oídos, á lo menos, si Dionisia vive todavía. Pero no me mostraré á nadie, esperaré aquí ó en otra parte á que venga la noche, caminaré descalzo, retendré el aliento para no despertar al perro, me acercaré como un ladrón para robar ¡ay de mí! una sola ojeada de aquellos á quienes tanto he amado y echado de menos.»

## XIII

Hablaba así conmigo mismo con la cabeza baja, sin ver nada ni oír nada, cuando de repente resonó una voz cascada que me pareció conocer y que me gritó desde el sendero: «¿Es usted, señor Claudio? Se ha dicho que había usted muerto y que no le volveríamos á ver jamás en el país; pero ya veo que no era verdad. ¡Que aire de rico trae usted! Lleva una buena chaqueta, un sombrero todavía bueno y fuertes zapatos claveteados. Déme un sueldo por caridad: soy el viejo *Sin hiel*.» Levanté la cabeza temblando y conocí al pobre idiota que corría por las montañas con sus alforjas al hombro desde su infancia y á quien llamaban en el país el inocente ó *Sin hiel*.

Los años no le habían cambiado, sólo los cabellos que salían por debajo de su gorro de lana roto, eran blancos en vez de ser grises como cuando yo era pequeño. El tiempo pasa por esos hombres inocentes, como la lluvia por estas rocas, porque no le sienten pasar. No envejecen porque siempre son niños. «Buenos días, mi pobre inocente, le dije, veo que me has conocido. ¿Pero qué hacen allí en las Hutttes?»

Temblaba de oír la respuesta.

«¿En las Hutttes? me respondió, no lo sé. Hace seis años que no he pasado por las Hutttes, porque tienen un nuevo perro que ladra como un lobo. Cuando tengo que pasar por la montaña me aparto y miro de lejos el humo de las cabañas temiendo que los niños azucen contra mí al perro. No sé lo que ha sido del ciego, ni de la madre, ni de Dionisia, ni de la niña; solamente he visto las ruinas de lejos sobre las rocas, pero nada más. ¡Pero qué buenos vestidos trae usted y qué buenos zapatos!»

## XIV

Esta obstinada admiración del inocente por mis vestidos y zapatos, me sugirió una idea.

Dije entre mí : « Si cambiase con él de traje y me sirviese de sus alforjas, de su gruesa camisa, de su gorro y de sus zuecos para acercarme á las Huttes sin que de lejos creyeran ver en mí sino á este idiota, podría ver y oír sin ser conocido, y si observo que no tienen necesidad de mí en casa, tanto mejor, me volveré sin haber alterado el corazón de nadie. » No me costó trabajo persuadir al inocente á que cambiase sus zuecos por mis zapatos, su túnica por mi chaqueta y su capa agujereada y sus alforjas vacías por mi sombrero. Hecho esto, le di cinco sueldos para llevar un recado á una aldea á ocho leguas de la montaña á fin de alejarle por dos ó tres días de Huttes. Marchó contento sin sospechar nada el pobre hombre y yo me introduje más y más en el bosque para evitar el ser visto por algún pastor. Comí algunos mendrugos de pan que el inocente había dejado en sus alforjas, bebí en el hueco de la mano en un manantial que había encontrado cuando guardaba cabras y esperé, rogando á Dios y pensando en la casa, á que la noche, bastante oscura, envolviese los abetos. Puse los zuecos del idiota en el sendero á fin de que pudiera encontrarlos á su vuelta y me adelanté descalzo y sin ruido hacia las Huttes.

## XV

La casualidad hizo que acercándome á la casa donde veía brillar una lucecita, encontrase al perro que acababa de cazar por sí solo una liebre ó un conejo entre las rocas. Dió dos ó tres ladridos y se lanzó sobre los harapos del inocente para morderle; pero yo le dejé la alforja entre los dientes, y habiéndole llamado á media voz por su nombre, la soltó, se acercó poco á poco, gruñendo cada vez menos como si no estuviera segura de si debiera tomarme por amigo ó enemigo y luego, habiéndome olfateado más de cerca, me conoció á su vez, me cubrió de caricias y ya no quiso separarse de mí. Esto hizo que nadie en la cabaña tuviera aviso de mi proximidad.

## XVI

Podían ser como las diez de la noche. No había ni luna, ni estrellas en el cielo, cubierto todo de negras nubes. No se veía sino una pequeña chispa de luz que atravesaba el vidrio de una ventanilla baja abierta en la pared del fondo de la casa hacia

el lado de la roca que domina el barranco. No se oía sino el ruido de alguna ráfaga de viento entre los brezos, el precavido trabajo de los topos bajo los arbustos, y el murmullo del agua corriente en el fondo del gran *abismo*, donde estaba yo hacia poco. Caminaba silenciosamente cuidando de no hacer rodar ninguna piedra ni hacer ruido con mis descalzos pies en la hierba. Á medida que me acercaba sentía más deseos de volverme atrás de miedo de saber lo que no quisiera. « Dios mío, me decía, si no veré á mi madre y á mi hermana, ni á Dionisia alrededor del hogar, sino rostros de hombres y mujeres y de niños extraños que hubieran entrado como las hormigas que usted ve allí en la casa vacía de un caracol ¿qué sería de mí? Sí, sí, vale más volverse, vale más contentarse con haber vuelto á ver la pared, el humo y el resplandor del hogar, y creer que todo está aún como en mi tiempo. »

## XVII

Dos á tres veces me detuve y di pasos para volverme. No lo creería usted, señor, pero la verdad es que el perro fué quien me detuvo y me obligó á subir. Gruñía, me lamía los pies, me

mordía el extremo de mis andrajos como para obligarme á ir con él. Temía el ruido que iba hacer, y continué siguiéndole. Pero á decir verdad, no sabía ya lo que hacía ni lo que no hacía. Era como uno de esos hombres que dicen, andan y piensan durmiendo.

Sin embargo, no me atrevía, á pesar del perro, á dirigirme hacia el patio ni al establo, ni hacia la puerta de la casa. Bajé al barranco, subí por la otra pendiente apoyando los pies en las raíces y las manos en la hierba. Al llegar á la cima, trepé sobre la roca que ha visto usted que le servía de base á la cabaña, y me encontré junto al muro, del lado de la ventanilla iluminada, que estaba todavía enrejada al exterior por las ramas y racimos de nuestra hiedra.

## XVIII

Estuve escuchando un poco, pero no oía sino los golpes y los latidos sordos de mi corazón, como el torno de un molino descompuesto. Aparté poco á poco la hiedra y conseguí sin que me sintieran poner la cabeza en la estrecha abertura, desde la cual podía ver al través del vidrio lo que pasaba en la casa. En el primer momento, por

más que miré, no vi sino una niebla de fuego; tanto me cegaba la turbación y la impaciencia de mi espíritu. Poco á poco se fué desvaneciendo y comencé á ver sombras en el hogar y figuras que iban y venían alrededor de la llama, haciendo resonar sus zuecos en las losas de piedra del piso. No sabía todavía si eran hombres ó mujeres, viejos ó niños. « ¡Dios mío! pensaba, si al menos viera el justillo de Dionisia, me consolaría y podría mirar mejor á los demás. » Después sentí frío en todos los miembros. « ¡Ah, si ya no existiese! » ¡Qué momento! señor, ¡qué momento! una eternidad no dura más que un minuto de aquéllos.

## XIX

Al fin mis ojos ó los vidrios se aclararon; un haz de retama arrojó una gran llama en el hogar é iluminó toda la habitación... « ¡Dionisia! ¡Dionisia! » Exclamé interiormente. Era ella, señor, la había visto pasar al resplandor del fuego; llevaba una cosa en la mano, como una taza que había ido á tomar del fuego, y la llevaba del lado de la sombra hacia una cama que estaba en el fondo de la cabaña. Caí por un instante sobre

unos haces que había en la roca y necesité un esfuerzo y tiempo para ponerme otra vez en pie y tomar mi sitio á la ventanilla. Entonces, no solamente vi, sino que oí distintamente una voz cascada y cariñosa, la voz de mi madre que decía desde la cama : « ¡Gracias! mi pobre Dionisia, te doy mucho que hacer y te hago acostar muy tarde y levantar muy temprano; pero gracias á Dios, no tendrás mucho tiempo esta tarea; Dios no tardará en hacerme descansar. »

¡Ah, señor! comprendí que mi madre estaba muy enferma, pero que á lo menos podría decirle adiós y recibir su bendición antes de morir. El corazón se me partió y me eché á llorar.

## XX

Pasé la mano por el vidrio para quitar el vaho de mi aliento que me impedía de nuevo ver lo que pasaba en la habitación, y he aquí lo que observé :

Primeramente, el escabel de mi madre, cerca del fuego, no sostenía á nadie; tenía encima el cajoncito de la sal y el saco de la harina. Comprendí que mi madre no salía ya de la cama desde hacia largo tiempo, y que su sitio estaba

vacante para siempre en el rincón del hogar.

En seguida vi la banqueta de nogal sobre la cual se sentaba todas las noches mi hermano á rastrillar el cáñamo, derribada con las patas al aire y en un rincón del cuarto; su báculo de ciego que tenía siempre entre las manos, hasta en la casa, para tocar de lejos una cosa ú otra, se hallaba confundido entre los mangos de azadón y de rastrillos contra la pared á lo largo de la piedra de la chimenea, cubierto de polvo y telas de araña. Sospeché que mi pobre hermano había muerto y por eso no tenía necesidad de báculo. ¡Dios mio! ya dos sitios vacíos y en tan poco tiempo. Volví á llorar, y me aparté un momento de la ventanilla temiendo que se oyeran en la cabaña mis sollozos.

Lo que somos, señor. Haga usted la prueba de ausentarse ocho años de su castillo, que dicen tan lleno de gente, de ternura y de riqueza; ¡ya verá usted cuando vuelva! ¡Ah! no señor, no le deseo un cuarto de hora como el que yo pasé allí.

Volví á la ventanilla después de haber llorado. Dionisia acababa de sentarse delante del fuego

para desnudar á los niños, pues habían dos niños de cuatro ó seis años que iban y venían por la casa asidos de su delantal: había olvidado decirlo á usted.

Así, pues, pude ver á Dionisia á mi sabor, porque estaba de espaldas á la puerta y el rostro bien iluminado por la llama y vuelto hacia la ventanilla. ¡Ah! señor, no era ya la misma Dionisia que yo había dejado. Era otra, pero bien se reconocía la bella joven de diez y ocho años en la joven viuda de veinte y seis. Parecía que no había que hacer sino pasar la mano por la sombra de su rostro para volverla á encontrar como había sido antes de mi viaje. Tenía su vestido de lana adornado de negro, sus mejillas eran más blancas; las comisuras de los labios algo más bajas y las ojeras más oscuras como si hubiera recibido algún golpe bajo los párpados. El justillo un poco más bajo, los brazos aun más blancos y un poco más delgados.

Era, en fin, como una persona que no ha envejecido, pero que ha padecido ó llorado mucho. Yo no podía apartar de ella mis ojos y me decía: « ¡Pobre Dionisia, pobre Dionisia! qué no estuviera yo ahí para ahorrarte penas y trabajos. Te amo más aún que cuando no había una lágrima en tus ojos, ni el pesar había dejado su pálida

huella en tus mejillas. Me agradas así más que cuando eras más joven y agraciada. ¡Ah! ya no podré ser como antes tu novio, pero quisiera ser tu apoyo, tu servidor, sin más jornal que verte y tener tus huérfanos niños sobre mis rodillas.

## XXII

Así que hubo desnudado á medias á sus dos niños, es decir, un niño de seis á siete años y una niña de cuatro á cinco, dejando ver sus lindos hombros rosados las entreabiertas camisas de limpio lienzo, les hizo poner de rodillas delante de ella y la oi que murmuraba á media voz el *Padre nuestro*, cuyas palabras les hacia repetir con las manos juntas y casi dormidos como estaban. Era un encanto ver aquella joven con sus hijos, cuyo padre se habia llevado Dios, sola, abandonada en medio de la montaña, de noche, al lado de una anciana madre moribunda, haciendo hablar á sus dos niños del padre á quien no veían en el cielo, como si le hubieran visto y les besase después en la frente ó en la boca para recompensarles de haber repetido bien su nombre.

Cuando concluyeron de rezar, les dijo: « Ahora

que habéis dicho vuestra oración por nosotros, hijos míos, es preciso que la digáis también por los demás. » Y como para fijar mejor su atención con alguna cosa visible, tendió el brazo izquierdo hacia la pared y descolgó una cosa que pendia de un clavo al lado de la chimenea. Era mi saco de picapedrero que habia dejado en la cabaña por olvido el día que habia desaparecido, sin decir adiós á mi hermano, y que habia quedado allí como recuerdo, precisamente en el sitio en que yo le habia puesto. Cogiólo pues y le puso sobre las rodillas, delante de las manos juntas de los dos niños. Vi brillar una cosa sobre el saco: era la cruz de latón de su antiguo collar que me habia querido dar al partir, y que yo no habia querido tomar. Parece que desde aquel día no habia querido volverse á poner el collar ni la cruz, y los habia dejado fijos con un alfiler sobre mi saco de cuero.

« Vamos, hijos míos, dijo, ahora rezad una oración ante este crucifijo para que Dios lleve al paraíso el alma de vuestro padre. »

Los niños bajaron la cabeza como ella.

« Otra oración para que Dios consuele y cure á vuestra abuelita, que está enferma, y para que nos la conserve, á lo menos, hasta que seáis grandes. »

Y los niños volvieron á bajar la cabeza como ella.

« Rezad también por vuestro tío Claudio, de quien hablamos todos los días, y cuyo saco está bajo este crucifijo, á fin de que si ha muerto, Dios le perdone y le coloque entre sus ángeles, y si está vivo, tenga cuidado de él en los países lejanos por donde viaja, y le haga encontrar una buena mujer é hijos como vosotros, que le amen y le alivien en su trabajo. »

Volvieron los niños á bajar la cabeza como ella; pero ella la tuvo bajada por más tiempo que por los demás, y al acercar el crucifijo y el saco á sus labios para besar la cruz, tocó el saco con los labios antes de volverle á colgar del clavo.

Y así conocí que Dionisia me conservaba su afecto : no quise ver más.

## CAPÍTULO XII

### I

Pronto se extinguió el fuego y reinó el silencio en la cabaña. Yo solo vagaba al exterior á tientas y á la débil claridad de la luna creciente, que acababa de levantarse detrás de los castaños. No sabía lo que quería hacer, pero me era imposible apartarme de aquel sitio. Parecía que una cuerda me tiraba del corazón. Di algunos pasos hacia un lado y á otro; recorrí todos los sitios en que había estado cuando niño con mi madre y mi hermano, cuando joven con Dionisia; el pozo, el manantial, los ciruelos, el huerto, el prado, los montones de paja. Me parecía que todo me decía : « Felices, Claudio, hace mucho tiempo que no te hemos visto; pero te hemos conocido desde luego como la castaña conoce la cáscara donde se ha formado ». La claridad suave de la luna cayendo sobre las hojas, era como una iluminación que los espíritus de la montaña enviaban para festejar en secreto la vuelta del hijo de la cumbre. Yo

estaba tranquilo, y sin embargo no me podía dormir.

## II

Después de haberlo recorrido y reconocido todo, y (debo confesar á usted hasta donde llegó mi tontería), después de haber abrazado muchos ciruelos, cerezos y saucos como si hubieran tenido corazón bajo la corteza para devolverme mis abrazos, me acerqué de nuevo á la casa y di la vuelta en derredor. Luego, cansado de vagar de un lado á otro, me senté sobre un montón de paja que habían dejado por la noche entre la puerta del establo de las cabras y la escalera de la casa, en el sitio, poco más ó menos, donde suele estar echado mi perro cuando usted viene á mi cueva. Tendido allí, no sabré decir á usted cuántos pensamientos me ocurrieron mientras la luna pasaba de una colina á otra á mi vista. El lecho del *abismo* que oía murmurar abajo en la oscuridad, no llevaba más gotas de agua aquella noche. ¡Era aquello para mi tan triste y tan dulce á la vez!

Al pensar que mi pobre hermano ciego no existía ya, que mi madre estaba quizá en su lecho

de muerte, desconsolada de no ver á lo menos uno de sus dos hijos á la cabecera, se me partía el corazón; pero después, cuando pensaba que Dionisia estaba allí, siempre tan amable y cariñosa, velando al lado de mi madre ó durmiendo junto á la cuna de sus dos niños, y que aun me tenía bastante afecto para haber enseñado mi nombre á sus hijos y hacerles rezar por mi delante del crucifijo y sobre una cosa que había sido mía, me encontraba el hombre más feliz de la tierra. En aquel combate tan largo y tan indeciso del dolor y del contento, mis ideas se embrollaron, mis ojos se cerraron, echéme la capa del idiota sobre la cabeza como hacemos con nuestras chaquetas cuando queremos dormir, volvi la vista al lado de la pared, y me dije al dormirme: « Te despertarás antes del día é irás á ocultarte bajo los castaños para no entrar en la casa hasta después que el sol esté bien alto y tu pobre madre se haya despertado. »

## III

Creía descansar solamente algunas horas y no dejar de oír el canto del gallo.

Pero el cansancio del cuerpo, y todavía más

el del ánimo y el del corazón á consecuencia de las ideas que me habian agitado desde hacia dos largos dias, engañaron mi esperanza y dormime tanto y tan bien, que ni el canto de la alondra, ni el *quiquiriquí* del gallo, ni el mugido de cien bueyes que llamaran al boyero en el establo, pudieran haberme despertado. Dios lo queria así. Yo estaba tan muerto y tan sordo como las piedras de la escalera que habia labrado.

¡Ah! tal vez fué esto también una gran desgracia. ¡Más hubiera valido para todos que hubiese estado bajo los castaños y hubiese renunciado á entrar en la casa aun para recibir la última bendición de mi madre!

## IV

Ignoro el tiempo que estuve dormido; pero de repente oi un ruido ligero de zuecos en los escalones de la casa, precisamente encima de mi cabeza; después el de otros zuecos más pequeños que bajaban, y al abrir los ojos vi que era muy de día por entre los agujeros de mi capa, y oi dos vocecitas de niños asustados que decían: « ¡madre,

mira, aquí está el inocente echado contra la pared; no nos atrevemos á pasar!

— ¡Pasad, pasad, hijos! respondió una voz dulce de mujer; era la de Dionisia. El inocente no hace mal á nadie; está durmiendo el pobre hombre porque no habrá encontrado ninguna granja abierta esta noche. No le molestéis, le traeréis una escudilla de leche y pan cuando yo haya ordeñado los cabras. »

Y entró en el establo que estaba al lado para ordeñar el ganado, pasando tan cerca de mi, que sentí el aire agitado por su delantal al pasar sobre mi rostro.

## V

Ya pensará usted, señor, lo que pasaba por mí en aquel momento. Hubiera querido estar á cien estados de bajo de tierra, y escaparme lejos, muy lejos, por miedo de ser visto por Dionisia en aquel traje de mendigo. ¿Qué iba á pensar de mí? Pero los dos niños se habían quedado allí á mi lado, no haciendo casi ruido por respetos á su madre, y metiendo sus deditos en la boca mirándome dormir por temor de mí y de desobedecer á Dionisia. No me atreví á moverme y me decia :

« Cuando haya vuelto à pasar con el cubo en la mano para subir à la casa à buscar la escudilla y el pan, y cuando sus niños la hayan seguido arriba, me escaparé; así no sabrán lo que ha sido de mí cuando vuelvan para despertarme. »

## VI

Pero desgraciadamente había una escudilla en el establo y un pedazo de pan del pastorcito sobre la tabla que estaba encima de mi cabeza al lado de la puerta. Por tanto, al salir Dionisia del establo de ordeñar las cabras, tan compasiva como siempre con los pobres, llevaba en la mano una escudilla llena de leche, y desmenuzando en ella el pan que había encontrado sobre la tabla, acercóse à mí, se inclinó con bondad, y hablándome con su dulce voz dijo: « Despiértese usted, pobre Benito, el sol está ya muy alto y hace mucho tiempo que está usted durmiendo. Debe usted tener necesidad de almorzar; aquí le traigo una escudilla de sopas de leche; tome usted y ruegue à Dios por toda la casa... y por Claudio, añadió con voz aun más tierna. »

¡Ah señor! ¡Mi nombre en sus labios y no

atreverme à besar el extremo de sus zuecos! ¿Se lo figura usted?

Sentíme como herido por no se qué en la frente, en el corazón, en todos mis miembros. Creo que aunque el mismo Dios me hubiera mandado moverme, no hubiera podido hacerlo.

Esperaba que se alejase sin reconocirme.

## VII

Pero Dionisia, inquieta al ver que no la respondía y que detenía hasta el aliento para no moverme, creyó sin duda que había caído enfermo ó extenuado por falta de alimento, me llamó más alto, y no recibiendo respuesta tomó la escudilla en la mano izquierda, y con la derecha tiró de la capa y me descubrió el rostro para que me diera el sol en los ojos y me despertara.

Ya puede usted figurarse lo que pasó por mí, señor, y lo que pasó por ella cuando separada la capa por su mano vió mi cara à la luz del sol en vez de la del idiota que creía encontrar: ¡à su prometido Claudio cubierto con los andrajos de un pordiosero!

## VIII

Lanzó un grito que hizo huir á los niños y á las gallinas por todo el patio, dejó caer de sus dedos la escudilla sobre la hierba, y ella misma cayó, con la mano derecha sosteniendo apenas su pobre cuerpo, sobre el primer peldaño de la escalera.

Levantéme para correr á su auxilio.

Los niños volvieron llorando á gritos.

Mi anciana madre salió al ruido medio vestida, asomándose á la galería para ver qué desgracia había pasado á Dionisia.

Conocióme, lanzó un grito, y me tendió sus brazos. Corrí á recibirla en los míos y la llevé á su lecho. Después fuí á levantar y consolar á Dionisia medio desmayada y la sostuve en mis brazos para llevarla tambaleando á la casa y hacerla sentar sobre el banco de madera cerca de la mesa.

## IX

« ¿Pero es verdaderamente usted, Claudio, en ese pobre traje? me dijo.

— ¿Eres tú, mi pobre hijo? exclamó mi madre. ¿Es acaso nuestra casa tan desgraciada, que un hijo de las Huttes, tan bueno para el trabajo y tan servicial para todos, tenga que buscar su alimento de puerta en puerta? ¡Ah, Dios mío!... »

Yo las tranquilicé pronto, confesándoles por qué había cambiado de traje con el idiota en la cuesta de Milly, á fin de no ser conocido de los pastores, y de saber noticias de la casa sin entrar en ella si... No me atreví á descubrir todo mi pensamiento, temiendo recordar lo pasado á Dionisia; pero saqué del bolsillo de mi chaleco un puñado de monedas de á treinta sueldos que había ganado y ahorrado esta vez en Lyon y en Macón, por si la familia tenía necesidad de dinero, y enseñé á mi madre y á Dionisia las mangas de mi camisa, que eran de hermosa tela de algodón rayado, como hubieran querido tener las más orgullosas muchachas del país para hacerse gorgueras ó delanteas.

À estas señales las dos mujeres quedaron convencidas que yo no me había pervertido ni me había hecho mendigo, ni menos había vuelto para deshorrar á la familia.

## X

Hiciéronme comer y beber con los niños, que se acostumbraron á mi y que se reían poniéndose los andrajos del mendigo. Les conté en pocas palabras mis viajes por Francia: « ¡Dios mío! ¡qué grande es el mundo! » decían al oirme. Dionisia se puso pálida cuando mi madre me preguntó si no había encontrado ninguna muchacha que me agradase, y si no estaba comprometido con ninguna. Luego que hube respondido que no, y que no había pensado nunca en casarme, se puso colorada y salió con el pretexto de ir á dar hierba á los cabritos.

Cuando quedé sólo con mi madre, ésta se aprovechó de la ocasión y me contó lo que había pasado durante mi ausencia en la casa, hablando bajo y de prisa para no hacer llorar á Dionisia.

## XI

— « ¡Ah, mi pobre Claudio! comenzó por decirme, ¡qué mal hice, y cuánto necesito que me perdones! Nunca se debe hacer sino lo que Dios

quiere, hijo mío, porque de otro modo, pronto ó tarde nuestra voluntad tiene que ceder á la suya. Tú amabas á Dionisia y Dionisia te amaba á ti; yo no quise que os unieseis; he amado demasiado á mi pobre Graciano. Era muy natural por ser el más desgraciado de mis hijos; pensé que sólo Dionisia podía consolarle en su triste vida. La excelente muchacha me obedeció por sacrificio y me dijo: « Tía, me casaré con el que usted quiera, pues que se lo debo todo, y es usted como mi madre. » Te hice marchar, pensando que tú, que eras un muchacho fuerte, y tenias tus brazos y tus ojos sanos, encontrarías otras muchachas, mientras que no había más que una para el pobre ciego. ¿Y qué ha sucedido? ya lo ves, hijo mío.

## XII

« El pesar ha entrado por las puertas de esta casa antes que tú la hubieses cerrado. Dionisia, al principio, tuvo una enfermedad que le duró seis meses y que le quitó las fuerzas y los colores; se puso pálida como las violetas á la sombra de los avellanos.

« El ciego no podía sospechar lo que pasaba, pues que nada se le decía, y la creía al día

siguiente como había estado la vispera. Su complacencia y su dulzura eran siempre las mismas, y el sonido de su voz había tomado un timbre más tierno que en otro tiempo. Hubiérase dicho que era el sonido de una campana rajada por el martillo. Él creía que era una señal de mayor cariño hacia él; ¡pobre inocente! esperaba con impaciencia el día en que yo le dijese: «Puedes hablar á Dionisia.»

## XIII

«Al fin se lo dije. Dionisia consintió sin murmurar en lo que yo deseaba. Nada tenía contra Graciano; al contrario, le quería como un hermano desdichado.

«Le consagraba su corazón toda su vida, como el perro que le habías dado cuando era niño se había consagrado á él y no le perdía de vista. Un año después de tu partida, se dieron mutua palabra, y no esperaron sino á que pasara el día de San Juan para casarse. Esto se verificó sin ruido ni algazara, ni cambio en la casa; lo mismo que si hubiera entrado una nueva criada. Graciano era feliz y Dionisia no manifestaba sus pensamientos. Solamente si tu saco venia á caer del

clavo á tierra, ó si algún pariente pasando por las Huttes pedía noticias tuyas y pronunciaba tu nombre, Dionisia se levantaba para llamar á las gallinas ó barrer la escalera; pero jamás hubo una palabra más alta que otra entre nosotros tres.

## XIV

«Pasaron así tres años; Dionisia tuvo primero un niño y después una niña. Parecía que esto debía atraer la dicha á la casa. Pues bien, no, no sucedió como yo creía.

«He aquí que una noche se habló de ti en el país; un muchacho de Saint-Point, que volvía del ejército, pasó por las Huttes, encontró al ciego junto á la puerta, y le dijo: «Vengo de Tolón-sur-Mer; tu hermano Claudio trabaja en las canteras del fuerte, pero no trabajará largo tiempo el desdichado; sus camaradas dicen que tiene enfermo el corazón y no quiere divertirse, ni beber, ni reír con ellos, que es más seco que su martillo, que está más delgado que su sierra, y que no pasará el invierno en vida. Acababa de marcharse, no se sabe á dónde. Siento no haberle visto, como deseaba, por si quería algo para vosotros.»

« Aquel pobre soldado no sabía el mal que hacia. Su relación fué un golpe de muerte para el ciego. Dionisia, que estaba dentro de la casa dando el pecho á la niña, lo había oído también todo; no pareció haberse conmovido, pero de tal manera se la alteró la leche, que nos vimos obligados á criar á la niña con una cabra.

« En cuanto al ciego, lanzó un grito, y se dió en la frente con las dos manos, como si hubiera visto por la primera vez una chispa de luz del Señor, y por la noche me dijo en voz baja: « ¡Ah! he muerto á mi hermano, mi felicidad le cuesta la vida, yo no puedo vivir más. »

« Desde aquel día no tuvimos un momento de paz; Dionisia misma no podía obtener una palabra de consuelo. Hasta su voz, en otro tiempo tan necesaria para el oído del ciego, parecía hacerle mal. Éste no dormía, perdió las ganas de comer y no quería ya que los niños ni Dionisia estuviesen á su lado en el patio ó en la casa. Iba á acostarse solo entre los carneros en el establo. No quería siquiera que yo le consolase, y me decía: « Usted es quien los ha sacrificado á mi felicidad; ha hecho usted mal, y yo he sido un Caín. Dios nos perdone á todos, y me lleve pronto de este mundo. Quiero ir al cielo á pedir perdón á mi hermano. » Llamé al médico, y me

dijo: « Este hombre no tiene ningún mal, es preciso dejar al tiempo el cuidado de curarle. »

« Al cabo de seis meses murió sin enfermedad, pidiéndote perdón, como si hubieses estado allí, y diciendo: « Dionisia, Dionisia, no me reconvengas en la eternidad por haberte amado y haber usurpado el sitio de otro. He robado la dicha de otro á tu corazón. Muero contento, porque es el castigo de mi desgracia. Y otra muchas cosas como éstas, mi pobre Claudio.

« Dionisia, los niños y yo le lloramos mucho. Era tan bueno... Su bondad le quitó la vida. »

## XV

« Hace de esto cerca de dos años, pobre hijo mío. Desde aquel momento, los tiempos han sido duros para nosotros. El remordimiento de haber causado tu desgracia, la de Dionisia y el dolor de la muerte de tu hermano, me ha hecho enfermar. Mis brazos perdieron su fuerza, lo mismo que mi corazón; mis piernas ya no me sostenían para ir al campo; apenas mi trabajo comenzado, tenía necesidad de apoyarme en el mango del rastrillo; ya no servía sino para hilar mi copo, sentada en las breñas, guardando el ganado.

« Dionisia, ya bastante ocupada con sus dos niños, se veía por tanto obligada á levantarse antes del día y acostarse después de media noche, para hacerlo todo y cuidar de las cebadas, y los henos y las castañas; cavar, escardar, segar, hacinar los haces y varear los castaños, en fin, todo. La pobre muchacha no podía con tanto trabajo, y el pan comenzaba á escasear en nuestra mesa. Después yo me he visto obligada hace tres semanas á meterme en la cama, y ha sido necesario que el ganado se guarde por sí solo con el perro. Dionisia pasa los días á mi cabecera para cuidarme, y la miseria estaba á la puerta, lo mismo que el pesar y la muerte, cuando Dios te ha enviado. Él te bendiga como yo te bendigo, mi pobre Claudio. Quizá habrá remedio á todo, si puedes quedarte con nosotros ahora, ser obrero de tu madre, padre de los niños y quien sabe, añadió llorando, si serás también por segunda vez novio de Dionisia. »

— ¡Ah! sí, madre mía; si Dionisia no me desprecia ahora que me ha visto en traje de mendigo, yo permaneceré aquí y no me marcharé nunca; querré á los niños como hijos de mi hermano y como querría á los míos; y amaré á Dionisia como la he amado siempre, si ella lo permite.

## CAPÍTULO XIII

### I

Dicho esto me partí á Macón para comprar una chaqueta y ropa con que reemplazar los andrajos del idiota.

Al volver al día siguiente, mi madre se lo había dicho todo á Dionisia; ésta me recibió bien al entrar y me sirvió la comida al extremo de la mesa, en el sitio mismo en que lo hacía cuando era joven y cuando yo era su novio. Tomé al niño y á la niña en mis rodillas y los besé fuertemente, á fin de que comprendiese que los quería tanto por ella. En efecto, la niña se le parecía mucho, y al besarla me parecía besar á dos.

Pero no nos hablamos, porque mi madre decía que era preciso, primeramente, un permiso del alcalde y una dispensa del cura para casarse con un hijo de su cuñada.

Entonces fué cuando bajé al castillo, y su madre de usted, que era tan servicial y tan querida en toda la montaña, me recibió con mucho agrado

y me proporcionó los papeles. Allí le vi á usted, muy joven, en el jardín con sus hermanas. Lejos estaba de que llegaría un día en que con tanta frecuencia viniese usted á estas rocas á hablar con un pobre hombre como yo.

## II

Quando tuve los papeles, nos hablamos como nos habíamos hablado en otro tiempo á la sombra de los avellanos y en los breñales. Solamente los niños cogían amapolas ó nidos de ruiseñores alrededor nuestro, volviendo á cada instante á enseñarnoslos á mí y á su madre. Dionisia se sonreía llorando, y lloraba sonriéndose como una nube de abril. Estaba todavía más linda que á los diez y ocho años, desde que dormía toda la noche, y desde que el pan y la leche abundaban sobre la mesa, gracias á mi economía; desde que me tenía á su lado, sin que nadie pudiese poner obstáculo ni separarnos. La había comprado vestidos de lana azul adornados de encarnado, delantales de algodón rayado; y zapatos con hebillas de latón, tan relucientes como su crucifijo. Sus mejillas se habían puesto sonrosadas como manzanas. Corría por las cuestas de los prados, con su niña, tan

ligera como si ésta hubiera sido su hermana. Éramos todavía jóvenes; estábamos locos; éramos felices. Se acercaba el día en que debíamos bajar á la aldea con toda la familia, para casarnos. Mi madre también se había rejuvenecido, y comenzaba á ver el sol en el patio. Aquellos nueve años eran un sueño que parecía haber durado sólo una noche.

## III

Entre tanto había vuelto á mi oficio para mantener con más holgura la familia, y comprar los muebles y la ropa necesarios. Como había estado por tanto tiempo ausente del valle de Saint-Point, y los demás picapedreros no trabajaban tan barato para los desgraciados, los pobres de las cabañas y de la montaña tenían bastante trabajo que encargarme. El uno había casado á su hija y quería construir un cuarto más para su yerno; al otro se le había hundido la granja, el canalón ó el palomar; las mujeres me pedían morteros, los hombres muelas, los pastores pilones para sus bueyes, los labradores piedras para sus puertas. Yo ganaba un mucho en muchos pocos, y más de lo necesario para establecer mi casa.

Habia limpiado mi antigua cantera entre las Huttas y el valle, de todos los escombros que los hundimientos y las lluvias habían acumulado hacia nueve años, y de todas las raíces que habían penetrado. Bajo los hermosos abetos á donde Dionisia iba en otro tiempo á llevarme mi *merienda*, había hecho una bóveda como una caverna, de donde sacaba grandes bloques cuadrados, sanos y amarillos como manteca, que hubieran bastado á construir un pilar de catedral. Había vuelto á encontrar mis brazos de diez y ocho años, y á cada golpe de pico me decía viendo caer las gotas de mi sudor sobre la piedra: « Es por ella, » y me sentía más vigoroso por la noche que por la mañana. ¡Es un buen descanso el amor tranquilo en el corazón!

Y en la casa todo el mundo estaba contento, hasta los pequeños.

## IV

Mi madre había hecho buñuelos y pasteles para el día de la boda, que debía ser el martes después del día de San Juan. Había invitado á los parientes que estaban en la aldea, ó esparcidos acá y allá por las chozas. Había una docena de

ellos entre chicos y grandes, comprendiendo los muchachos y muchachas del recovero. Las costureras habían venido á hacer la ropa de boda de Dionisia, y le probaban ya un vestido ya otro: desde la mañana hasta la noche se oía charlar y reír en la cabaña.

## V

Yo también reía un momento con ellas y después volvía al trabajo; pero no trabajé mucho los últimos días, porque mi corazón estaba demasiado al lado de Dionisia. Sin embargo, había preparado sorpresas para la boda; un ramillete, como llaman, de fuegos artificiales para el día de San Juan, que se tiene costumbre de quemar en nuestras montañas la víspera de esta fiesta, y una bomba más fuerte que las que se tiran entre nosotros en las bodas en señal de regocijo. Trabajaba desde hacía ocho días en abrir un barreno como había visto abrir en las canteras de Tolón, capaz de hacer saltar toda la bóveda bajo los abetos de mi cantera y de darme, sin trabajo material, para tener piedra que labrar durante más de seis meses.

No había dicho nada á nadie, ni siquiera á

Dionisia, para que la mina estallase al fin de la comida de boda, y todo el mundo, á una legua de allí, en las montañas y en el valle, al oír el ruido dijese : « Ese es el trueno de la boda del picapedrero. » La había llenado de medio quintal de pólvora bien atacada, con piedra molida encima. Por miedo de una desgracia, había puesto una mecha que se quemaba lentamente y que cubri con guijarros y hierba seca, para que las patas de los animales no la moviesen de su sitio. Nadie más que yo conocía el montón de hortigas donde estaba arrollado el extremo de la mecha saliendo de la tierra, cerca de la cantera y á la orilla del camino.

## VI

En la vispera de la boda, por la mañana fui aún á la cantera para trabajar poco, porque, como suele decirse, no quería cansarme los brazos. Di algunos golpes de pico entre mis piedras; visité la mecha, preparé la yesca con un rastro de pólvora que llegaba hasta el camino, y me dije al subir : « Echaré yescas, la pólvora tomará fuego, la yesca se encenderá y comunicará lentamente el fuego á la mecha : tendrás tiempo, sin apresu-

arte, de subir hasta las Huttés, tomarás un vaso para beber á la salud de los parientes abrazando á Dionisia, y la mina estallará. » Ésta era mi idea.

## VII

Hecho esto, bajé corriendo á la aldea de Saint-Point para comprar seis botellas de vino blanco para dar de beber á los convidados á la boda. Estuve entretenido un poco con unos y con otros, con el tabernero, con el campanero, con el cura y su criada. Todos me detenían, complimentándome por la dicha que tenía de casarme con una viuda tan joven y tan buena; porque era muy querida y conocida, aunque no la veían sino por casualidad en la iglesia en las grandes fiestas y nunca en los bailes. La llamaban, como he dicho á usted, la *salvaje de las Huttés*, pero no la estimaban menos por eso. En todas partes me ofrecían un vaso de vino y yo no podía negarme á admitirlo sin pasar por desatento y bebí algunos vasos de más, y la prueba es que yo, que no hacía sino silbar trabajando en mi cantera, subí á las Huttés casi de noche, cantando tan alto que mi voz asustaba los pajarillos ya acostados entre los chaparrales y sobre los árboles.

## VIII

No pensaba sino en la felicidad de ser al día siguiente marido de Dionisia y de volver allí con ella llevando un grueso ramillete en el pecho y otro de claveles encarnados en su peinado. Ya la veía yo asida á mi brazo con sus hermosos zapatos en los pies, ó en las manos para no romperlos en los guijarros. Había olvidado completamente que en la vispera de San Juan hay la costumbre de pasar la noche por las montañas con antorchas de paja ó teas encendidas.

Al acercarme á mi cantera en la oscuridad, oí algún ruido entre las hojas y como un murmullo de voces de mujeres y de niños al otro lado de la cantera, en lo alto, bajo el abeto grande. Me detuve y me dije: « Serán Dionisia, las costureras y los niños que han salido á recibirme para darme una sorpresa de broma viéndome venir tan tarde. » Era demasiado cierto, porque en el momento en que yo pensaba en esto, oí la voz clara y temblorosa de Dionisia que me llamaba riendo desde un extremo del monte. Los niños gritaron también: « Claudio, Claudio con sus débiles vocitas. »

Yo respondí del mismo modo « Dionisia, Dionisia, ¿eres tú? soy yo, » y di algunos pasos corriendo para abrazarla dando vuelta á los bordes escarpados de mi cantera.

Pero en aquel momento un gran resplandor me dió en los ojos y una docena de voces de muchachos, muchachas y niños se pusieron á llamarme desde el lado opuesto al sitio en que yo había oído á Dionisia. Eran los de la boda que habían llegado para festejarme y sorprenderme; y pensaban pasar la noche en las Huttes y pasear, en señal de regocijo, sus antorchas de paja y tea alrededor de Dionisia y de mí. Acababan de encender las antorchas al oírme responder á Dionisia y se adelantaban dando gritos de júbilo y sacudiendo las llamas que despedían chispas en la oscuridad por encima de sus cabezas.

## IX

Á la reverberación de aquellas antorchas encendidas, vi claramente á Dionisia en la cima de la cantera, precisamente sobre la bóveda, enfrente de mí. Tenía á la niña de la mano y al niño en brazos como se representa á la santa Virgen con el niño Jesús. Miraba hacia mí con su rostro de

dicha y de amor, enrojecido por el resplandor de las antorchas. La tendi los brazos y después, de repente, lancé un gran grito y la hice señas de que echase á correr y se alejase de aquel sitio.

Acababa de ocurrírseme una idea como si un martillo me hubiera dado en la cabeza. Los muchachos y las jóvenes se acercaban á la orilla del camino donde yo había puesto la yesca y la mecha por la mañana. Una chispa llevada por el viento bastaba para encender la mecha y hacer saltar la roca sobre la cual estaba Dionisia.

¡Ah! señor, lo pensé demasiado tarde. No había tenido tiempo todavía de despegar la lengua de mi paladar y de extender la mano hacia Dionisia, cuando un trueno subterráneo estalló bajo sus pies, y la vi lanzada con sus dos niños á la altura de la copa del abeto, cayendo después encima de una nube de humo como una santa que descende del cielo, hundiéndose en la cavidad que acababa de entreabrirse y cerrarse sobre ella con un ruido como si se desplomase el mundo...  
¡Gran Dios, por qué no se cerró también sobre mi cuerpo! . . . . .

No pude contener un grito de horror, y una lágrima de piedad. . . . .

## X

Vi que el pobre hombre no podía proseguir. Tuve compasión de su pena y me apresure á llevarle hacia otro lado, y á distraer su pensamiento de aquel horrible desenlace de su amor, dejando para otro día los pormenores del acontecimiento, de que se hablaba todavía en las montañas. Me comprendió, se levantó temblando, llorando y rezando. « ¡Era la voluntad de Dios, señor! » Se inclinó como si sintiese la mano divina sobre su cabeza.

Volvímos á tomar en silencio el camino del valle, y al pasar al extremo de la cantera abandonada volvió la cabeza. Vi una cruz de piedra junto á un viejo tronco de abeto, que todavía no había observado, por cima de un grande hundimiento del terreno. Era sin duda aquel el sitio donde después de la explosión había visto á Dionisia levantada hacia el cielo como una santa por cima de la nube.

Me acompañó esta vez hasta el extremo de los prados. Parecía que me estimaba más desde que había llorado con él á Dionisia.

## CAPÍTULO XIV

Quando volví al domingo siguiente me dijo :  
« ¡Ah, señor! ¿Qué viene usted á buscar? nada más tengo que decirle. Dionisia fué encontrada muerta con sus dos hijos entre los escombros de la caverna. El médico dijo que habian muerto asfixiados, y como heridos del rayo por el humo y el fuego de la mina, antes de caer en el sepulcro que yo había abierto para ellos. Lleváronles al sitio donde usted está, al lado de mi madre que no pudo sobrevivir un solo día á nuestra desgracia.

Si separa usted esta cubierta de césped sobre este lecho de tierra, encontrará debajo toda una familia. Me guardan el sitio donde usted ve, señor; este es mi lecho de boda al lado de Dionisia.

Vi en efecto un vacío entre dos tumbas.

« ¿Y vive usted aquí, le dije conmovido, siempre frente á frente de su amor ya perdido para siempre? »

— No podría vivir en otra parte, me contestó; mi corazón ha echado aquí raíces como ese boj que toma su savia entre los muertos.

— ¿Y no murmura usted nunca, Claudio, consigo mismo, contra esa Providencia que dos veces le ha mostrado la dicha tan cerca, para arrebatársela cuando creía usted tenerla entre los brazos?

— ¿Yo murmurar contra Dios, señor? exclamó; ¡oh no! Él sabe lo que hace, y nosotros no sabemos más sino lo que padecemos. Pero siempre he pensado que los padecimientos eran los deseos del alma del hombre, reducidos en su corazón hasta que produzcan la resignación, es decir, la oración perfecta, la voluntad humana plegada bajo la mano del Altísimo.

— Pero ese deseo plegado bajo la mano del Altísimo ¿no se levantará jamás, Claudio, como el resorte comprimido cuando le quitan el peso que le encorva?

— Sí, señor, pero cuando se levanta en este mundo es la revelión; cuando se levanta allá arriba es el paraíso.

— ¿Y qué es el paraíso, según usted, Claudio?

— La voluntad de Dios en el cielo como en la tierra, señor.

— ¿Pero y si esa voluntad fuese contraria á la de usted allá arriba también, y le separase de nuevo de su amada?

— Esperaría, señor, si, esperaría una eternidad sin murmurar hasta que Dios me dijera: *ahí tienes lo que buscas.*

— ¿Usted cree, pues, firmemente, volver á encontrar á Dionisia?

— Sí señor.

— ¿Y cuándo?

— Cuando Dios quiera.

— ¿Y entre tanto padece usted?

— No padezco ya señor, amo y espero.

— ¿Y cree usted también, no es verdad?

— No señor, no tengo el trabajo de creer.

Vivo de dos amores: el amor ¿no es la fe? tengo para dos.

— ¿Según eso, no es usted muy desgraciado?

— De ninguna manera, señor. Dios me ha hecho la gracia de verle en todas partes aun en mis dolores. ¿Puede uno ser desgraciado en la compañía de Dios?

## II

Durante aquel verano volví á menudo á visitar á Claudio, y á hablar con él de unas cosas y

otras, pero sobre todo de las cosas de lo alto, y hallé siempre la misma satisfacción en su sencillez y en la unción de sus palabras. Era para mí como uno de esos troncos de árbol, donde las abejas han dejado un panal bajo la ruda corteza, y á donde va el que le descubre á la orilla de un bosque, á saborear la miel después de una larga marcha al sol.

Pasó algún tiempo sin que yo volviese á Saint-Point. En 18... subí á las Huttes, y no encontré sino un cabritillo silvestre que ramoneaba la hierba que crecía sobre el umbral de la cabaña vacía y abandonada. Un montículo más se levantaba en el cercado, al lado de aquél en que dormía Dionisia el sueño eterno.

Al bajar encontré al hijo del recovero que iba á recoger las ciruelas tiradas por el viento en la huerta de las Huttes, para llenar las canastas de su asno.

« ¿Ha muerto Claudio? » le pregunté.

— Si señor, hace dos años, por San Martín, me respondió el pobre cojo.

— ¿Y de qué ha muerto?

— ¡Oh! Ha muerto de amor de Dios, según dice el señor cura.

— ¿Cómo de amor de Dios, Benito? De amor

de Dios se vive pero no se muere, será quizá también del amor de Dionisia.

— ¡Ah señor! Amaba tanto á Dios que no pensaba más que en él. Le sucedía lo mismo que á una golondrina que acaba de salir del cascarón, y que no puede comer si su madre no la trae una moseca al nido. Nada había recogido para los años de enfermedad; trabajaba por amor de Dios en todas las cabañas y solamente decía á los que se aprovechaban de su trabajo: « si llego á verme impedido ó á caer enfermo me cuidaréis, ¿no es verdad? » Y en efecto señor, se rompió una pierna y se dislocó el hombro al levantar el techo de la cabaña de la viuda Baptistine, que se había hundido una noche sobre ella y sus hijos, y al salvarles la vida perdió la suya.

— Pero todo el mundo tendría cuidado de él en su última enfermedad ¿no es verdad? porque en el país son caritativos, sobre todo cuando no hay que desembolsar un sueldo.

— ¡ Oh! si señor, le llevaron en parihuelas á su cabaña, y un día unos y otro día otros, subían todos para llevarle su pan y volverle sobre la paja en que estaba echado. No habria carecido de nada si hubiera querido, pero tenia tanto miedo de incomodar y de tomar algo que no se le debiera, que no recibia ab-

solutamente más que el pan necesario para él y para su perro, y cuando querian hacerle aceptar otra cosa, como un poco de carne ó de caldo ó una gota de vino, decía: « No, no he ganado eso á ustedes, no lo quiero, perjudicaria á vuestros hijos. » En fin no habia razón ni súplica que pudiese con él.

Un día que parecia más débil que de costumbre, fuimos allá mi mujer y yo, le llevamos una escudilla de caldo de gallina que habiamos muerto para él, y yo le dije: « Toma Claudio, hemos muerto un pollo y hemos hecho una sopa.

— « ¡ Oh! no, nos dijo mirando la escudilla, esto no es caldo de pollo, habéis matado una gallina para regalarme; pero yo no quiero porque no podré devolveros el regalo. »

« Por más que hicimos, señor, no quiso aceptarlo; no tomó sino el pan y no quiso beber el caldo, que le hubiera fortificado. Mi mujer dejó la escudilla llena sobre la tabla de su cama y nos marchamos. Al día siguiente cuando volví para hacerle compañía el domingo, la escudilla llena estaba todavía donde la habiamos dejado y él habia muerto de debilidad con su perro negro á los pies. ¡ Ah! Aquel hombre era un santo de Dios, créalo usted. »

## III

Al presente cuando por el otoño voy á Saint-Point, subo una vez á las Huttes en el momento en que caen las hojas de los castaños. La tumba del pobre Claudio me inspira la oración, la resignación y la paz. Me agrada sentarme allí á la puesta del sol, y pensar en él y en Dionisia, reunidos bajo los rayos de un sol que jamás se pone.

## IV

Y noto la falta de aquel hombre en el valle. La pequeña lámpara que veía brillar por la noche desde mi ventana al través de las brumas de las montañas, era como una estrella que se hubiera apagado en el firmamento, ó como un gusano de luz que tuviera la costumbre de ver entre la hierba, bajo el chaparral, y que de repente se oscureciese bajo mis pies. No era sino un gusano de tierra, pero este gusano de tierra contenía una partícula del fuego de los soles. Y así era el pobre Claudio.

En ocasiones en medio de los campos, en el silencio del valle, bajo la ardiente atmósfera del medio día, de uno de verano, me pongo á escuchar involuntariamente, inclinando el oído hacia la montaña, y creo oír su martillo á lo lejos caer á intervalos regulares, sobre la piedra sonora, como volante rústico del reloj de la eternidad

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE

	Página
Capítulo primero. . . . .	1
— II. . . . .	27
— III. . . . .	38
— IV. . . . .	59
— V. . . . .	95
— VI. . . . .	103
— VII. . . . .	130
— VIII. . . . .	158
— IX. . . . .	181
— X. . . . .	187
— XI. . . . .	213
— XII. . . . .	241
— XIII. . . . .	257
— XIV. . . . .	269





U A N L

Paris. — Tip. Garnier Hermanos, 6, calle des Saints-Pères.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

